

HECHOS e IDEAS

REVISTA RADICAL

Director: ENRIQUE EDUARDO GARCIA

S U M A R I O

Dirección: GLOSAS POLITICAS

LA MUERTE SE LLAMA FASCISMO

Por SINCERO

NO REVIVIRA LA ARGENTINA DE LOS OLIGARCAS.

Por Alfredo ACOSTA

ACTIVIDADES PARTIDARIAS

ACOTACIONES AL DECRETO DE INTERVENCION A SANTA FE
Y

5 DISCURSOS DEL Dr. ALVEAR

Discurso del Dr. HONORIO PUEYRREDON

Discurso programa del Dr. AMADEO SABATTINI

ESPAÑA Y LA LIBERTAD DE LOS PUEBLOS
DE AMERICA INDOLATINA

Por Luciano B. CATALANO

HIPOLITO YRIGOYEN Y LA INSTRUCCION PUBLICA

Por Ricardo MACHADO

DEL PROTECCIONISMO A LA DICTADURA
A TRAVES DE LA ECONOMIA DIRIGIDA

Por Gustav CASSEL

AÑO I

PUBLICACION MENSUAL

Nº 5

BUENOS AIRES

NOVIEMBRE 1935

EDICION ESPECIAL
FUERA DE CIRCULACION

CASA DE LA SUERTE

ADQUIERA SUS BILLETES DE LA LOTERIA NACIONAL.
EN LAS CASAS DE

Juan Mayoral

Venta de lotería nacional por mayor y menor.

JUAN MAYORAL Pte. R. Saenz Peña 864

JUAN MAYORAL Sarmiento 1091

JUAN MAYORAL Callao 378

JUAN MAYORAL Sarmiento 893

SE ATIENDEN PEDIDOS

:::: DEL INTERIOR ::::

Casa Central: SARMIENTO 1091 — U. T. 35 - 2202

BUENOS AIRES

HECHOS e IDEAS

REVISTA RADICAL

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR: ENRIQUE EDUARDO GARCIA

Nº 5

BUENOS AIRES

NOVIEMBRE 1935

Glosas Políticas

El Radicalismo Frente al Derrumbe Institucional

I

Aún perduran en el espíritu público las expresiones paternalistas y las agrias admoniciones con que el primer mandatario ha querido, con una autoridad muy discutible, juzgar la realidad política argentina. Creemos interpretar el sentimiento popular si afirmamos que las banales exclamaciones oficiales, de respeto por las instituciones democráticas, nunca merecieron de la opinión pública una seria acogida, precisamente, por la ausencia de sinceridad y por el profundo e insanable divorcio existente entre las palabras y sus actos de gobierno. Los hechos, con su aterradora elocuencia, se han encargado, siempre, de desmentir rotundamente los socorridos lugares comunes a que nos tenía acostumbrados la retórica oficial, haciendo que la incredulidad pública se viera hartamente justificada.

Sin embargo, nunca como en esta emergencia las expresiones presidenciales han cobrado un significado histórico tan particular por sus repercusiones inmediatas e inmediatas para el desenvolvimiento futuro del país. En efecto, a partir del día en que aquéllas fueron pronunciadas, un solo pensamiento, inspirado en un propósito común, impulsó a los grupos políticos que sustentan al actual gobierno, a lanzarse en alocada carrera a liquidar los últimos vestigios de un régimen de ficción institucional que subsistía en el país desde el 1930. De ahí que la palabra presidencial deba ser juzgada como un "bill de indemnidad" otorgado a los núcleos gubernistas para ejercer una presión oficial, concebida en gran escala, con miras a radiar de la vida política a la Unión Cívica Radical. Estos designios, largamente acariciados en la oblicua penumbra de los ministerios, surgen ahora inconfundibles de las medidas legislativas, sorpresivamente adoptadas, y aún de las mismas palabras presidenciales.

La superchería oficial, pues, aparece una vez en toda su desnudez, máxime si se recuerda la insistencia con que fué instado el radicalismo a abandonar su forzado extrañamiento de la vida cívica, para reintegrarse a ella, donde todas las garantías le serían acordadas. Sin asignarle mayor fe a las incitaciones oficiales, el radicalismo, apremiado por un anhelado sincero de contribuir a la

HECHOS E IDEAS

pacificación nacional, afianzando una "normalidad constitucional" que siempre juzgó precaria y ficticia, orientó su acción ajustándose a la legalidad. Pero bastó la movilización de sus fuerzas, bajo una dirección prestigiosa y responsable, asentada sobre bases democráticas amplísimas, para que no tardaran en asomarse tímidos amagos de reacción, que colmaron con el desborde de arbitrariedades y atropellos, al que el país asiste hoy entre indignado y azorado.

Sin advertirlo, el Poder Ejecutivo ha provocado, así, una honda polarización de fuerzas políticas y sociales que solamente una elevada visión patriótica y una exacta comprensión de sus deberes podrá evitarle al país alternativas dolorosas. Sin medir las funestas consecuencias que representa para la estabilidad institucional de la Nación, el Poder Ejecutivo, más atento al cuidado de sus intereses políticos que los intereses del país, obra como si fuera un factor ciego de descomposición social al enfrentar al pueblo de la República con una actitud de abierta beligerancia. Como tal debe considerarse el desconocimiento de los más elementales derechos cívicos.

Más que una jactanciosa y risible pretensión de orientar a la opinión pública, la palabra oficial, debemos juzgarla como la clarinada anunciadora de que el oficialismo, respaldado por toda su fuerza burocrática y policial, no entiende respetar ninguna de las garantías establecidas por la ley y la Constitución. Para ello no vacilará en hacer tabla rasa, siempre con la anuencia presidencial, con todas las bases de nuestra organización jurídica, si así conviene a sus intereses menguados. Y, además, como un agravio para nuestra cultura política, se intenta conciliar propósitos liberticidas, sibilamente prohibidos en las esferas gubernativas, con un respeto formal y aparente de nuestra organización democrática.

Mientras tanto, frente al caos institucional en que se debate el país, no faltan quienes pretenden disociar los atropellos que se vienen consumando, de las palabras presidenciales, como si los grupos facciosos que apuntalan al actual gobierno estuvieran dotados de un carácter y de una independencia capaz de inmunizarlos o substraerlos a toda influencia presidencial. La misma prensa nacional, sin distinción de matices, al exhortar al primer magistrado, llamándolo a cordura y serenidad, incurre en actitudes no muy honrosas. ¿Cómo responde el Poder Ejecutivo a ese clamor de la opinión pública? Decretando la intervención a la provincia de Santa Fe, sin mediar ninguna causa constitucional que la justifique; amparar con su complaciente tolerancia que en Buenos Aires la piratería oficial legitime el fraude y la violencia; justificar por boca de sus propios allegados en el Congreso Nacional, la parodia electoral de Corrientes. Mientras todo esto ocurre en medio del estupor general, esa misma prensa, tan sensible otrora para magnificar las proporciones de episodios nimios, insiste en absolver de toda responsabilidad al directo gestor y derivarla, en cambio, hacia los grupos oficialistas que actúan en el Congreso.

II

¿Tienen algún asidero en la realidad política e institucional argentina las protestas de adhesión a los principios democráticos proclamados con regocijante desenvoltura por el primer magistrado? ¿Puede éste jactarse de estar gobernando "patrióticamente" el país cuando pretende condicionar el futuro político de la Nación al previo sometimiento de la mayoría del pueblo argentino a los designios

HECHOS E IDEAS

de conglomerados que nada son ni nada representan política ni moralmente?

Contrariamente a las pomposas declamaciones presidenciales, ningún gobierno argentino ha dado muestras de mayor menosprecio por nuestro estatuto constitucional como el que actualmente nos rige. Su gestión gubernativa, en sus múltiples aspectos, ha sido una sucesión ininterrumpida de trasgresiones irritantes a las normas más elementales de nuestra vida civil. Como si quisiera justificar su origen espúreo y fraudulento, hemos visto cómo el poder central, esgrimiendo argumentos deleznable, ha pretendido legitimar cuanto alzamiento y atropello se ha venido consumando.

En poco más de tres años el actual gobierno tiene en su haber el avasallamiento de la autonomía de Tucumán, producido por aparentes razones institucionales, si bien la realidad demostró en su tiempo que aquella estaba, destinada a deponer a un gobernante no muy obsecuente a la plutocracia industrial allí dominante; en San Juan, violentamente depuesto su gobernante, después de un acto sedicioso dirigido y preparado en las altas esferas, en quien se veía un obstáculo para realizar el sometimiento de la industria vitivinícola local a la oligarquía política e industrial mendocina; La Rioja, defraudada la voluntad popular con la exaltación a la gobernación de un ciudadano impuesto desde la Casa Rosada; Catamarca, perturbada por la ingerencia del gobierno central, tenazmente empeñado en obtener la designación para el cargo de senador nacional a uno de sus fieles allegados; Buenos Aires, avasalladas sus instituciones con una sedición, igualmente dirigida y preparada en los círculos oficiales de la Casa Rosada, para "dejar expedito todos los medios a los hábiles manipuladores de las próximas elecciones"; Santa Fe, arrasada su autonomía después de una aparatosa ocupación militar, por el mero cálculo electoral; fraudes electorales en Santiago del Estero y Corrientes; anarquía oficialista en Mendoza y San Juan; estados de sitios; crimen político y restricciones a la libertad de prensa, de asociación y de palabra, etc.

Y como corolario de todo este proceso de descomposición institucional, se llega a las reformas electorales de Buenos Aires y Corrientes, a la postergación de los comicios generales, seducidos por el falso espejismo de una posible especulación electoral; todo esto para terminar, sin duda alguna, en la instauración de un "gobierno fuerte" que oscilaría entre la legalidad y la ilegalidad, pero que sólo servirá para disimular una orfandad y descrédito público, definitiva y lapidariamente consagrados. He ahí el verdadero saldo negativo de este gobierno en el corto espacio de tres años y medio. Sin embargo, el primer mandatario continúa pregonando su "respeto" por las leyes e instituciones democráticas, suscitando, como es natural, una burlona sonrisa de indiferencia popular.

III

Sería ingenuo suponer que los alzamientos oficiales consumados fría y calculadamente contra la estructura institucional del país puedan ser únicamente el producto de la apasionada ceguera de la minoría gobernante, ante la inestabilidad y precariedad de sus fuerzas. No es posible llamarse a engaño acerca de los móviles y fines que se persiguen. Su plan responde a propósitos bien definidos. Por un lado impedir que en la dirección del Estado graviten las fuerzas populares, para lo cual se obstruyen todos los caminos legales, mediante la violencia y el fraude, y, por el otro, sojuzgar a los grandes sectores de la produc-

HECHOS E IDEAS

ción nacional cuya capacidad económica se ve cada día debilitada como consecuencia de una política oficial enderezada a la protección de los grandes intereses y de los sindicatos financieros. Este plan liberticida, pacientemente madurado en las trastiendas del Ministerio de Hacienda, tiende a restringir todas las manifestaciones de la vida regular para acometer impunemente una política fiscal y financiera concordante con los intereses de la minoría gobernante. Con la usurpación violenta de todos los poderes que integran el Estado se intenta conservar y mantener a buen recaudo los gravosos privilegios acordados a una plutocracia adueñada de todas las fuentes de la producción nacional. Se llega así a reproducir en nuestro medio una dictadura económica que, remedando caricaturescamente al dictador alemán, Schacht, su émulo criollo no sólo aspira a monopolizar en sus manos los recursos vitales de la economía argentina, como está aconteciendo, sino también los resortes políticos del Estado y sus instrumentos coercitivos. Además cuenta con elementos eficaces para corromper conciencias y doblegar rebeldías. Con una economía sojuzgada por el Estado es ilusorio pretender la existencia de un régimen político de libertad.

Como una consecuencia ineludible de esta ingerencia arbitraria en la marcha regular de nuestra economía que sacrifica los intereses vitales de la Nación al de los grupos plutocráticos, el Estado, detentado por estos últimos, se ve constreñido a allanar las autonomías provinciales, relegar las instituciones representativas a simples organismos auxiliares del poder central y anular la soberanía popular como una exigencia cada vez más creciente e incesante de las oligarquías que actúan de consuno con los monopolios.

Vivimos bajo una dictadura económica; dictadura que empezó manifestándose con los decretos - leyes de noviembre de 1933, que continuó, como respondiendo a un plan preestablecido, con la creación del Banco Central, encargado de "dirigir" la devaluación de nuestras reservas metálicas en exclusivo provecho del fisco y de las entidades vinculadas estrechamente a la oligarquía política dominante; con la unificación de los impuestos internos, que lesiona el principio autonómico de los Estados federales; con la ley orgánica del petróleo, que consolidó los intereses del trust extranjero; con la protección y amparo a los monopolios del comercio exterior de los cereales, de las carnes y el que se proyecta sobre los transportes urbanos y nacionales. Dictadura ejercida en beneficio de los intereses extraños al país y del fiscalismo voraz; dictadura mucho más peligrosa que cualquier otra porque, como muy bien lo afirma Cassel, "los poderes que representan a la libertad habrán perdido tanto de su fuerza que no podrá ofrecer ninguna resistencia eficaz cuando se quiere extender esta destrucción a la vida de la Constitución y a la vida pública en general". Dictadura económica que para sostenerse necesita arrasar con todos los restos maltrechos del régimen constitucional, porque solamente así le será posible a la minoría gobernante hipotecar impunemente el país al capital monopolista extranjero; crear juntas reguladoras que atentan contra el poder económico de los pequeños productores y consumidores, únicos depositarios de nuestras tradiciones democráticas; realizar exacciones fiscales con el fútil pretexto de una ayuda hipotética a la agricultura; conceder franquicias ilimitadas al monopolio frigorífico; desvalorizar nuestro signo monetario en beneficio del fisco y de entidades en bancarota; provocar la degradación social de miles de pequeños propietarios a la condición de asalariados en provecho de un voraz monopolio extranjero; privar a las provincias del derecho de administrar sus propios recursos, etc. Para asegurar la efectividad de estos privilegios (gran parte de ellos ejecutados), la minoría que gobierna reclama un poder fuerte-

HECHOS E IDEAS

mente centralizado donde, lógica y naturalmente, el director de las finanzas nacionales desempeñaría el rol decisivo y para quien los postulados civiles de la democracia, las libertades públicas y la soberanía popular constituyen obstáculos que deben ser derribados. Se llega a tales situaciones como resultado de una poderosa exigencia de esa oligarquía, carente de un sano y fecundo sentimiento nacionalista, que se presenta como gente de "orden" a través de ficticias exaltaciones patrióticas e insinceras invocaciones celestiales, y para la cual los escrúpulos constitucionales, las doctrinas jurídicas, que en otrora sirvieron para cimentar falsas reputaciones, deben ser arrojadas por la borda para dar lugar preferente en los negocios del Estado, a las consideraciones inmediatas de intereses espúreos de un conglomerado de aventureros que ni siquiera actúan por cuenta propia sino por cuenta de terceros, extraños al país. Como una razón perentoria de existencia esta oligarquía necesita, pues, para poder subsistir sobre los hombros del pueblo de la República, un poder político que la respalde, y nada más adecuado para ello que ese monstruo burocrático y policial que ha dado en llamarse "Estado totalitario", hacia el cual marchamos con ritmo acelerado.

Derivar nuestra atención hacia otros aspectos secundarios de este mismo problema es alejarnos de una exacta compenetración del origen y motivos reales que determinan estos ignominiosos atentados contra la estabilidad social y política de la Nación.

IV

El desembozado pronunciamiento antidemocrático que como consecuencia de las palabras presidenciales se producen en el país, si bien como argentinos nos apena por el trágico destino que le esperan a las instituciones libres de la Nación, en cambio, nos sugiere una reflexión de orden partidario que debe ser destacada: el equívoco en torno del cual se tejieron las más absurdas fantasías en el seno del radicalismo sobre imaginarios pactos y compromisos y, sobre los que en su hora, se especulara con innoble deshonestidad. Los que con tales falacias pretendieron construir un pseudo movimiento de intransigencia convendrán que su posición era absurda y su prédica falsa.

Frente a los desbordes irrefrenables de los oficialismos provinciales y de los atentados que se vienen cometiendo contra la estabilidad institucional del país, la Unión Cívica Radical se ha trazado su derrotero sin que la coacción moral ni la violencia física logren alejarla de él. Los motivos esenciales de su acción —la defensa de la Democracia— se extiende y se arraiga cada vez más en la conciencia popular, a medida que mayores peligros y riesgos se ciernen sobre ella. Allí radica el vigor y la fuerza incontrastable del radicalismo. Pocas veces en la historia política argentina se ha dado el caso, como en las circunstancias presentes, que la lucha por el goce efectivo de las garantías constitucionales adquiera para las conciencias libres un contenido netamente revolucionario; nunca la defensa de la legalidad y la integridad de los fundamentos de nuestra estructura institucional ha asumido, frente al desorden imperante y la acción disolvente de las fuerzas que ocasionalmente detentan el poder, una característica de lucha decisiva, donde se juega el destino de nuestras mejores tradiciones.

Como si la Nación estuviera trabajada por hondas conmociones internas que ponen en peligro los cimientos de la sociedad argentina, la minoría gobernante, para perdurar en el usufructo ilimitado del poder, apela, con la grotesca asimilación del tecnicismo dictatorial, a recursos defensivos impropios y suicidas.

HECHOS E IDEAS

Se llega así a la paradójica situación de que el Estado, desnaturalizado en sus atributos esenciales, lejos de constituir una garantía de orden y de seguridad colectiva, se convierte en manos de esas minorías audaces e irresponsables en un instrumento de subversión que amenaza destruir la obra civilizadora de varias generaciones de argentinos. Solamente la desesperada defensa de privilegios mal habidos y atentatorios al patrimonio nacional y la de posiciones ilegítimamente adquiridas, explica los propósitos disolventes y anarquizantes que abraza nuestra improvisada "clase dirigente".

Ante el colapso institucional iniciado, el radicalismo, consciente de su responsabilidad y de su rol histórico, no ignora que le compete la tarea reconstructiva del mañana; tampoco ignora que para la realización de este anhelo nacional le esperan horas amargas. No se destruyen privilegios ni se ahuyenta a los aventureros enquistados en los organismos de la Nación sino con el ejercicio permanente y constante de los derechos cívicos, que conducen a las crisis irremediables y decisivas. Hacia estas situaciones marchamos a pasos agigantados.

Como en los albores de sus históricas jornadas, la U. C. R. agita la consigna inalterable de VOLVER A LA CONSTITUCION: su sola enunciación constituye un amplísimo programa, que, pese al descreimiento de los técnicos burocratizados, implica la concreta aspiración de reconstruir sobre las bases puras del sufragio el imperio de la soberanía popular; asegurar el juego regular y armónico de los poderes; consagrar la efectividad del federalismo argentino; eliminar la influencia plutocrática en la dirección del Estado; asegurar el efectivo ejercicio de la libertad de pensar, de asociación, de producir y de comerciar. Es innegable que para la oligarquía gobernante, ebria de un confuso doctrinarismo extranjerizante, animada de un propósito de subversión de toda la organización jurídica e institucional de la Nación, como un medio de sobrevivir con la confusión y el desorden, la invocación de los postulados estatuidos en nuestra Carta Magna constituye un serio obstáculo que es necesario eliminar. Nada improbable, pues, que sus fundamentos lleguen a ser alterados para condicionarla a los intereses políticos y económicos que prevalecen en las esferas oficiales. Por ello ninguna acción será tan revolucionaria, ni tan saturada de un hondo idealismo democrático como auspiciar hoy el imperio de la Constitución. El radicalismo vuelve a invocarla como suprema aspiración pública, como consigna de su acción inmediata y futura; en estas horas encarna el principio del orden frente al desorden; de la libertad frente al despotismo; de la democracia frente a la dictadura.

Con esta fe patriótica, con esta arraigada convicción, el radicalismo acude a las urnas, seguro de hallar a su paso a todo el detritus social convertido, por extraña paradoja, en los puntales más firmes de la actual oligarquía. Esto, sin embargo, no podrá ni amilanarnos ni hacernos renunciar al mandato histórico de restaurar el principio de la libertad.

PARA REGULARIZAR LA PUBLICACION MENSUAL DE "HECHOS E IDEAS", QUE EN LO SUCESIVO APARECERA DEL 1 AL 5 DE CADA MES, ESTE NUMERO SALE CON FECHA DE NOVIEMBRE. — LA DIRECCION.

LA MUERTE SE LLAMA FASCISMO

Por SINCERO

El autor del presente estudio —un prestigioso intelectual italiano— que se escuda tras el seudónimo de “Sincero”, pertenece al grupo liberal democrático “Giustizia e Libertá”, cuyo elenco director, integrado por prestigiosos intelectuales italianos, exilados en Francia, realiza desde hace años una intensa e inteligente campaña antifascista.

En “La muerte se llama fascismo”, Sincero realiza uno de los estudios más profundos que se hayan efectuado hasta el presente, acerca del fascismo y de los hombres que actualmente lo representan, que poseídos de un prurito psíquico los obliga a avasallar todas las libertades y todos los derechos de los pueblos.

El desconcierto producido por la Marcha sobre Roma surgía no sólo de la naturaleza íntimamente confusa del fenómeno, sino del hecho que éste no respondía para nada a ninguna expectativa sensata. Desde más de veinte años, el dilema de una reforma radical o de una radical subversión era familiar en Europa a muchos espíritus. Algunos grandes problemas parecían llegados a su madurez: además de las deficiencias ideológicas y de las inconciliables inadaptaciones prácticas del Estado liberal - democrático, existían dos gravísimas cuestiones; la social y la del reajuste económico. A todo esto se agregó la convicción que los Tratados de 1919 no habían fundado ningún equilibrio posible y menos todavía, la paz.

Respondiendo a ciertos hábitos de la cultura europea y, a pesar de los decaimientos sufridos por las personas y los cerebros a consecuencia de la guerra, se esperaba algo que tuviera un mínimo de seriedad, de orgánico, de generoso, sobre todo, un mínimo de inteligencia. Y, ahora, en un derroche de pintoresco dinamismo, he aquí que aparece un jefe de bandas armadas para anunciar el fin del “viejo mundo”. Con ello se quería comprender, por cierto, la libertad, la democracia, la lucha de clases, el Parlamento, la idea societaria; pero no la monarquía, la iglesia católica y el Vaticano en particular, no a los amos de los sindicatos industriales y financieros y, tampoco, los títulos de nobleza y los restos de una aristocracia que nada más tenía que ofrecer al vencedor que el carnet del “círculo de la caza” y sí tenía que pedir unos cuantos puntales para su sostén. Por ello la primer aparición de Mussolini, a la igual que la de Hitler

HECHOS E IDEAS

en 1923, pareció una franca bufonada, y en muchos países, aún todavía, la imagen del duce italiano en la pantalla suscita regularmente sanas explosiones de buen humor. En la discusión, a unos, el golpe de Estado fascista pareció una manera más o menos discutible de restablecer el orden y una gran parte de la opinión pública europea pensó se trataría de una medida preventiva contra el peligro bolchevique. Los políticos militantes vieron en todo eso una reacción contra la ola extremista y el sistema fundado en los "derechos del hombre". En substancia, apareció como un incidente muy grave.

En Italia la sorpresa, ante aquel brusco episodio, fué desviada por la sensación general de incertidumbre en cuanto a su valor y a su probable duración. Tan solo una minoría de jóvenes que intentaban encarar seriamente los problemas sociales, políticos, morales, dejados languidecer por la sociedad italiana desde el año 1860 en adelante, vió inmediatamente en el fascismo lo peor que pudiese acaecer.

La nueva clase dominante se presentaba de calidad abiertamente dudosa: había un jefe tan genial, en cuanto a dinámica política, al juego de la oportunidad y al manejo de las masas, como cerrado a toda consideración superior de la vida social, obsesionado por un espejismo de potencia elemental que en medio de la ampulosidad de las frases y de los designios, le impedía elevarse lo más mínimo por encima de la esfera de la ventaja inmediata y del "pequeño juego" local. Tras de él siguió una cola de elementos irresponsables, al margen de toda cultura, surgidos de las escorias de la guerra por motivos ajenos completamente a toda razón ideal y al manejo de la cosa pública, por razones más bien personales y que en tiempos normales habrían hecho en ellos pura y simplemente unos desplazados.

Si era fácil percibir todo lo que el fascismo destruía brutalmente, no tan fácil era entender qué es lo que quería construir, fuera de cierta "potencia de la Nación" o "Imperio" no mejor identificados. Una vez más tenía que confirmarse aquello de que en este mundo, el éxito, a pesar de ser la medida más burda y fácil, sin embargo, termina por ser la fundamental. Desde la toma del poder en adelante no podría afirmarse que el fascismo haya modificado sus caracteres o su relación con las distintas instituciones y con los varios grupos de intereses. Lo único que puede comprobarse es que ha triunfado y se ha robustecido, dándose la única organización que le convenía: un formidable sistema de organismos de contralor, desde el partido único hasta los "podestá", de las múltiples policías hasta la vigilancia corporativa, desde la oficina de prensa hasta los niños acuartelados.

Sin embargo, a pesar de sus infinitas disertaciones y las perentorias síntesis doctrinarias oficiales, no aportaron ninguna efectiva aclaración de sus razones positivas. No obstante, la miseria europea hizo del fascismo una fórmula de salvación.

Frente a este hecho, y a sus caracteres más de psicosis que de razón razonada, sería ligereza y grave error sub-estimar la fuerza elemental, los motivos y los problemas gravísimos que el fenómeno fascista saca a luz, si se quisiera tan solo tener en cuenta la superficialidad de las ideas que pretende ventilar y el saldo, sin duda, negativo de su predominio en todo lo que atañe a las cuestiones verdaderamente serias de la vida de un pueblo. Actualmente no es exageración afirmar que el fascismo, no tanto por los aspectos y las formas que puede asumir en este u otro país, cuanto por su naturaleza originaria de hecho moral, es un colapso de resistencias y de principios bajo el peso cada vez más

HECHOS E IDEAS

grave de las miserias y las ruinas, que hoy el fascismo es un peligro de muerte para Europa.

* * *

El hecho que la forma mussoliniana es la más típica del fenómeno que por casualidad ha venido a llamarse fascismo, no quiere decir que desde un punto de vista general sea la forma más penetrante y decisiva de dicho fenómeno. Pues con la aparición en el mercado del competidor teutón ofreciendo la misma droga en dosis para caballo, el estrépito de su charlatanismo se ha convertido en un melífluo discurso académico para los oídos de los conservadores y de los asustados de todos los países. En una Europa enteramente fascitizada, Mussolini ante semejante complejo de fuerzas desencadenadas aparecería lo que verdaderamente es, y, que la política reticente e insegura de las dos principales potencias europeas, Francia e Inglaterra, ha impedido que apercibiera: la quinta rueda del carro. Su lenguaje detonante y sus poses de perdonavidas, no tendría más el fondo neutro de la prudencia y de la cordura de los demás. En un mundo que razonara sobre la desnuda base de los cañones y del dinero, en términos de potencia brutal, aparecería en plena evidencia su estatura de jactancioso pigmeo que simula una conducta en una tierra de gigantes.

La postura de Mussolini, en maestro de los pueblos, tiene de grotesco que, cuando más fascismos hay en el mundo, (más en ese fenómeno que él mismo bautizó), su papel es el del tábano. Y no le queda sino reclamar la patente de invención del "verdadero" fascismo y envolverse en la toga de maestro de arte político. El fascismo ha aparecido en Italia como en un lugar de no grande resistencia de la sociedad y del Estado y fué considerado fenómeno tan anormal como singular. Mientras estuvo solo, unos, lo creyeron la invención de un maligno genio oscurantista y, para otros, talvez fué la última creación de la moda política. Pero a medida que se va manifestando como una tendencia general, quien tiene ojos para ver habrá advertido que se trata de algo más complejo que aun no pudiéndose reducir a la fórmula pura y simple de la reacción capitalista, menos todavía, se deja definir por las charlas descoídas de las oficinas de prensa de los países interesados. Resulta algo muy distinto de la destrucción del "marxismo", muy distinto de la substitución del dinamismo creador a la impotencia demo-liberal y de la substitución de la autoridad salvadora a la libertad "podrida"; operación quirúrgica después de la cual todo se aclara, se ordena y se cura.

* * *

Prácticamente, los dos fascismos principales, la multitud de los pseudos fascismos y los fascismos que nos amenazan, no significan sino la expresión progresiva y la cristalización en el plano de la política, de un pavoroso fenómeno que muchos signos habían anunciado: la disgregación moral, social, política y económica de Europa desde 1914 en adelante.

* * *

Cerca del año 1900 el horizonte de la sociedad europea era demasiado amplio y acogedor para que los núcleos de la exasperación desembocaran en el desorden: la sensación dominante era que había lugar para todo, para la religión y para el ateísmo, para la ortodoxia católica y para el modernismo, para

HECHOS E IDEAS

el tradicionalismo político y para los extremismos más revolucionarios, para el enriquecimiento sin límite y, simultáneamente, para la atenuación del pauperismo; había libre expansión para el progreso de la ciencia y para cualquier manifestación artística o de cualquier otra forma de vida. Esto fué, substancialmente, la era liberal. La confianza, no tanto en el Progreso cuanto en la concreta actividad humana, hacía pensar que las contradicciones se resolverían en una armonía cualquiera por el solo hecho que todas las más diversas corrientes coexistían en un mismo medio y, por el hecho de que se creía advertir en todo cierta orientación general común. Era una especie de crédito de buena fe hecho al hombre. Ingenuidad se dirá, pero el hombre tenía un espacio en donde poder moverse que no era ni la celda ni el campo de concentración.

Por cierto semejante sociedad tan rica de formas no tenía una forma: era un ambiente de civilización, no era todavía una civilización; era un mundo exhuberante, no era un mundo armonioso. El empuje caótico del capitalismo y de la técnica inyectaba un enorme factor de conmoción política, económica y de las costumbres. La verdad es que este mundo no tenía otras alternativas: o realizar una grande sistematización —esto es, de una manera cualquiera una verdadera revolución—siguiendo los genuinos impulsos creadores que llevaba en sus entrañas o caer esclavo de sus mismas complejidades mecánicas y de su relativismo. La quietud superficial de esta sociedad y su aparente inmovilidad estaban condicionadas por la existencia, en el centro, de un subsuelo y en la periferia de válvulas de desemboque: la miseria, las desgracias, el abandono a sí mismos de las aglomeraciones urbanas e industriales por un lado, y, la feroz explotación de las colonias, por el otro.

Nada de eficaz se hacía para rescatar el subsuelo: y las válvulas coloniales estaban abiertas a la aventura, a la vida sin ley y a los más expeditivos sistemas de administración: de manera que mucho antes que el fascismo lo aplicara a la raza blanca en nombre de la Nación y del Estado, los gobernadores de colonias, en nombre de la civilización, habían inventado ya un excelente orden totalitario para los desgraciados pueblos de color confiados a sus imperiales cuidados.

* * *

La guerra ha lanzado al aire libre el subsuelo dándole una configuración y una importancia ni siquiera sospechada antes: imposible ahora hacer volver a la vida tranquila de antes a las masas una vez congregadas. Ellas han quedado ocupando los caminos del centro. Este es el fenómeno a que se quiere aludir cuando se dice "las masas han hecho irrupción en la vida política". Por lo demás, la aventura colonial ha sufrido un doble cambio: primero se ha vuelto mucho más difícil en las colonias por razones tanto económicas como sociales, lo que ha llevado a un recrudescimiento de los sistemas de gobierno locales y a la instauración de verdaderos fascismos coloniales. Segundo, el colonialismo se ha hecho en la metrópoli: multitudes de seres inferiorizados que pueden ser tratados colonialmente sin peligro alguno, desde los negros y emigrados de América —los que ofrecían al mismo tiempo el material— mano de obra a bajo precio —y los instrumentos — masa de maniobra para tener bajos los salarios, para romper huelgas, etcétera —de la barbarie— llegando a las minorías nacionales creadas por los tratados de paz, hasta los millones de parias arrojados por el mundo en todos

HECHOS E IDEAS

los desplazamientos territoriales. Estas masas han constituido el vehículo a través del cual los métodos coloniales han penetrado en la sociedad europea.

* * *

Fuera lo que fuere el Estado democrático, lo cierto es que el Estado moderno ha terminado siendo un Estado informe, instrumento de fuerzas sin ley: en él actúan las influencias subterráneas y capilares de las tradiciones muertas que no es capaz de absorber: el industrialismo, el capitalismo y la técnica a los que no se les llega a dar una ley, sino que, o se dejan hacer o se obstaculizan con "reglamentaciones" que acaban por aumentar la confusión, acelerando el proceso de crisis del Estado y, por fin, los poderes del Estado mismo: policía, burocracia y fuerza armada cuyo funcionamiento, en el mejor de los casos, la sociedad puede conocer pero contra los cuales no tiene instrumento político lo bastante eficiente para controlarlos y, por lo tanto, termina sufriendolos.

Cuando en un Estado, en lugar de la forma política, se instala la administración; en lugar de la ley, el comando, ésta administración y este sistema de los comandos podrán ser lo fuertes que se quiera, pero el Estado no existe más porque carece de toda forma. Todo es piratería organizada en perjuicio de la sociedad, en daño de la vida misma en el sentido más profundo y radical; el Estado, entonces, oprime todo y todo lo falsifica. Es un Estado fuera de la ley: el Estado fascista. Y hoy, en efecto, todo ciudadano de un país fascista sabe que ninguna ley escrita tiene verdadero valor, pudiendo ser suspendida sin ninguna excepción todos y cada uno de los artículos de todos los códigos y de todos los decretos, apenas aparezca el interés del Estado totalitario. He ahí la primera y más evidente "conquista" de los fascismos. Y el hecho que todo esto se haga en nombre de la "subordinación del interés particular al interés general" debería hacer reflexionar a los demócratas y también a los socialistas deseosos de estatalizaciones.

* * *

El fascismo ha demostrado con toda la fuerza probatoria de un ejemplo "in corpore" tanto más irrefutable cuanto más tiene el carácter de "fenómeno" natural, la ineficiencia de la "política" y, por lo tanto, del Estado en el mundo moderno. Una política y un Estado que no se reduzcan a ser puras ficciones de gobernantes, de diplomáticos y de burócratas; una política y un Estado reales en el que vivan exigencias e intereses concretos, presupone la existencia de una forma política en la que estén contenidas todas las fuerzas activas de la vida de un país. Presuponen, vale decir, la existencia de leyes que regulen adecuadamente las relaciones impidiendo que una fuerza prevalezca sobre la otra, impidiendo la explotación, la tiranía, que es a la vez lo extremo del desorden. Leyes justas, vale decir, ajustadas no a un inaccesible "interés general", sino a la índole de las concretas relaciones sociales dirigidas continuamente, con incesante elaboración "política" de la comunidad, a eliminar los déritos de injusticia que incesantemente se acumulan en las mismas relaciones sociales. Es dudoso que el Estado democrático moderno, aun en su forma ideal, sea capaz de verdaderas leyes justas. El concibe la justicia como policía, esto es, como actividad tendiente a impedir "el

HECHOS E IDEAS

predominio del interés particular sobre el interés general”, cuidando menos las concretas relaciones sociales, la realidad, que la mera relación entre ciertos actos externos con una forma e idea abstracta “de Justicia”, de resorte del Estado. Aquí se insinúa la tiranía, lo informe de la burocracia y de la plutocracia. La reacción moderna —al igual que el Estado moderno— se caracteriza por lo siguiente: para ser fuerte debe poder colocarse fuera de todo principio, como mandatario no de ésta o de aquella autoridad, institución, fuerza o interés coaligados, sino de todos ellos juntos, sobre el terreno anónimo del Estado.

Una reacción estrictamente de clase o de principio, hoy es imposible, porque las clases están revueltas y los principios muertos; además es una reacción débil, política y moralmente. La paradoja de la reacción moderna estriba en la necesidad que tiene, aún, no poniendo realmente en movimiento hacia un objeto concreto y determinado a las masas, de conmoverlas. Vale decir, se ve obligada a un acto que, aparte los “ulteriores desarrollos”, tiene, inicialmente, carácter revolucionario.

Esto se explica fácilmente: para conquistar un Estado más o menos democrático no existe otro camino. Un Estado democrático es un Estado que concede a las masas ciertas facultades, llamadas “libertades”. Tratándose de democracia, es necesario presuponer que estas “facultades” sean verdaderamente “libertades”, o sea, sirvan para conquistar otras; o mejor dicho, se exige que sean integradas, hasta un punto ideal de justicia que es la realización del Estado para todos. Pero, por el hecho que estas “libertades” no son sino “concesiones” de la clase dominante para contener a las masas, un Estado semejante resulta un Estado absolutista cualquiera, a lo sumo paternalista. Sea lo que fuere, lo uno o lo otro, más lo uno que lo otro, todo se justifica de la misma manera: con el interés de todos. Se lo detenta de lo alto haciendo funcionar con mayor o menor cordura los principios de las clases dominantes, pero la conquista de este Estado se hace desde el llano. No se lo tuerce completamente en provecho propio sin hacer juego sobre las masas, en nombre del verdadero interés general. Y a las masas no se las atrae sino colocándose fuera de la esfera oficial del Estado, y contra de ella —lo que no excluye la negociación privada y el más amplio compromiso con las potencias reales—; es cuestión de elección entre una revolución real y una revolución aparente. Pero colocarse fuera de la esfera del Estado quiere decir, colocarse en el terreno de una espontaneidad más o menos profunda, más o menos rica. Sin espontaneidad no hay revolución y sin espontaneidad no hay fascismo.

* * *

La crisis general que empieza en julio de 1914, y la agravación de las condiciones económicas y políticas que, además del enorme hecho de la revolución rusa, tiene sus etapas en los tratados de 1919, en la inflación alemana de 1920-23, en el fascismo italiano en 1922, para llegar a la zaga de la llamada paz, hasta la crisis del 1929, a la toma del Poder por Hitler y, finalmente, a los “felicísimos” días que vivimos, han borrado todo residuo de aquel espacio de que gozaban nuestros mayores. Desaparece la sensación de que, al menos en ciertos lugares y en ciertas esferas, determinadas conquistas de la civilización están fuera de discusión. La sociedad está arremolinada. La actividad individual no tiene vías de salida, no solamente ello, sino que pier-

HECHOS E IDEAS

de los motivos y las razones, los puntos de sostén y los de referencia, y esto, si el individuo no ha sido arrojado al margen de la vida social y conserve todavía la posibilidad de seguir un camino conocido al que se aferra como a una tabla de salvación, a un mal menor, a una necesidad que no ofrece alternativas; sin ninguna especie de confianza ni de convicción. En estas condiciones, la aventura es el único modo de vida que tiene una lógica. Pero en una sociedad sin vías de salida, desordenada, presa del pánico y del temor del mañana, tampoco hay lugar para la aventura: todo está paralizado, convulsionado y rígido. La profunda anarquía del mundo de hoy no tiene nada del florecimiento tumultuoso de la vida joven que promete una ocasión a quien sabe captarla: hoy es la confusión del "sálvese quien pueda", con toda la despiadada obscuridad de este momento.

Ante esta confusión de la vida social, una cosa es cierta para quien conserva el uso de la razón: la responsabilidad de los poderosos de toda especie, plutócratas, políticos y dirigentes en general. Sus enormes errores y sus locas empresas han conducido al desastre; su ineptitud para encontrar remedio se comprueba día a día por los derrumbes cada vez más vastos; su ciega voluntad de salvarse a sí mismos y a las bases de su poder a costa de la catástrofe final, recarga la situación de un absurdo más irreparable. ¡Pero si todas las medidas que se adoptan o se escogitan, en política y en economía, no son dictadas sino por la preocupación de mantener lo más posible de poder a los hombres y a los sistemas que más poder detentan: salvar las carteras y el sistema de tutela de las carteras! No existe otra directiva más clara que ésta: la que no siendo una directiva sino una desenfrenada reacción animal, no tiene más resultado que diseminar a su alrededor miseria y desolación sin ley ni medida: ni tampoco el criterio y los límites del cálculo frío; pero para salvarse no puede ser de otro modo.

La difusión de los fenómenos fascistas no significa otra cosa que el progreso de esta parálisis general, de esta falta de voluntad de encarar varonilmente los problemas de frente, prefiriendo desviarlos hacia el plano de las fórmulas abstractas e incontrolables, en el pantano de un llamado "orden" vigilado por un Estado lo más "fuerte" posible, para que esos problemas pudran con el máximo de seguridad. Ya no es un episodio local: la parálisis se extiende a todas las tierras alcanzadas por las tres grandes potencias de la civilización occidental: el capitalismo y el Estado moderno con sus técnicas, y la iglesia. Al escuchar a Mussolini en sus exaltaciones, ante semejante fenómeno, cuando anuncia "el siglo fascista", podríamos decir que tenemos una prueba, sobre un plano mundial, de la facciosidad radical, del temperamento del Duce, y es cuando sentimos un escalofrío: ante todo porque la amenaza de "un siglo fascista" es real; luego, porque al oír una cosa semejante es lo mismo que cuando se escucha a alguien que se exalta frente a los progresos de la sífilis, tan solo porque así se salvará el mundo del pecado de la concupiscencia.

* * *

Las situaciones fascistas son los puntos de necrosis del organismo europeo, así como lo quieren mantener las actuales e ineptas clases dominantes. Se manifiesta de tal modo la imposibilidad de una cura, que no sea una subversión total.

Entre todas las situaciones post-bélicas, la austriaca seguramente es la

HECHOS E IDEAS

más insostenible. El Estado austriaco y la sociedad austriaca actual, son evidentemente, productos artificiales. La República de Austria comprende la parte más viviente de la antigua monarquía: el proletariado industrial, y con él el mejor de los partidos socialistas europeos, basado en una clase intelectual ya sea marxista o democrática de alto nivel. Separada y aislada esta minoría, se encontró en cierto modo emancipada. Pero contra ella estaba todo el peso de la vieja sociedad austro-húngara que, empobrecida, desesperada, amenazada, gravitaba en su totalidad sobre un territorio reducido, juntamente con todo el lastre de los elementos parasitarios que siempre viven alrededor de la clase dirigente de un imperio. Y, para que resulte aun más paradójica la situación de Viena, ciudad civil y progresista, a ella están agregadas las provincias más retrógradas: el paisanaje vandeano del Tirol, de la Estiria y de Salisburgo. Esta mezcla, por sí sola, aun sin la absurda desproporción entre los medios del país y su autarquía, bastaba para crear los más diversos conflictos sin solución posible y por encima de todo el estado de bancarrota crónica. Agréguese que una Austria semejante surgió por voluntad ajena y colocada en una situación internacional que parece elegida expresamente para que sea insostenible. Lo que se le ha impuesto a Austria no fué sino el cierre de las fronteras bajo la forma de la independencia obligatoria. El resultado ha sido que Austria se ha vuelto fascista de la misma manera que se volvió republicana, vale decir, sin ninguna tradición propia ni razón profunda, sino más bien por un proceso de exclusión; y, además, carga con un partido cristiano que nadie sabe por qué se llama social, siendo la quintaesencia de lo anti-social. Lo único auténtico en el fascismo austriaco es el fanatismo del paisanaje. Y cuando se dice fanatismo, se dice iglesia católica. Con la paternidad de Monseñor Seipel, y el padrino de Pío XI, el clérigo-fascismo austriaco ha celebrado su bautismo en la sangre de febrero. Y la primera comunión en la sangre de julio.

La falsedad inconcebible de la situación austriaca se ilumina con la admiración conmovida de la Europa oficial para "el pequeño heroico Dollfus", defensor de la independencia de un pueblo que no quería ser independiente y se agrava esta situación, por el hecho demasiado evidente, que aquéllos que gobiernan a Austria están dispuestos a venderla al mejor postor, a pesar de que las condiciones del mercado les obliga a la intransigencia.

En Hungría, el Estado no es menos opresor que los Estados fascistas, pero se caracteriza por la oligarquía feudal constituida en 1919. El fascismo húngaro en gran parte sigue siendo un producto internacional: la diplomacia europea, pues, al realizar su paz, inventó la nación austriaca olvidándose casi totalmente de la nación húngara, y en segundo lugar determinó conservar y apoyar a la oligarquía magyar que había sido una de las causas de la guerra, castigando, en cambio, a la nación magyar que no tenía responsabilidad alguna.

El régimen húngaro es el primero fundado sobre el mito del "fantasma rojo", en el miedo de aquella revolución que solamente hubiera podido asentar a la nación húngara. Precisamente por el mérito de ser uno de los lugares en donde "se ha salvado el orden", Hungría puede permitirse todo: falsificar moneda francesa, fomentar revisionismos, complicarse en el asunto Stavisky, asilar a los terroristas croatas y, finalmente, hacer estallar la próxima guerra. No obstante esto, y a pesar de lo "fuerte" que es su Estado, Hungría es un país asfixiado, que vive de oxígeno y del sostén directo de Mussolini e Hitler, e indirectamente de París. Su posición más que fascista, está al servicio de los fascismos italiano y alemán —y de todos los gobiernos europeos substancial-

HECHOS E IDEAS

mente amigos de los fascismos— por el hecho que impide la organización de la Europa oriental. Merced a estas ayudas, mantiene en constante alarma a la pequeña entente, crea una confusión permanente en las relaciones entre los países agrícolas e industriales y, además, es un terreno no despreciable para aventuras financieras.

El caso de Polonia es mucho más complejo. En cuanto a Polonia lo único que existía era la idea de la nación polaca; lo demás había que realizarlo. Trátase de veinte millones de hombres ubicados sobre el territorio donde siempre se ha sentido que estaban los límites de la civilización occidental. Este pueblo para volver a la vida en común hubiera precisado una inmensa reforma y grande base para librarse de un enorme peso: el espejismo y la obsesión del antiguo Estado polaco, que mucho sirvió durante la esclavitud, pero que se volvió una maldición el día de la Independencia porque no existe ninguna relación más, no solamente entre el antiguo territorio de aquel Estado y el nuevo, sino tampoco entre la razón de ser del antiguo y del nuevo; y no aludimos a la estructura social. La idea fija del Estado polaco, el viejo, contenía todo, inclusive aquéllo de ser el baluarte de la cristiandad contra los herejes. Aquellas ideas, entre otras, tenían la consecuencia de la exasperación del fanatismo católico, elemento que durante la opresión era soportable en cuanto era el exponente de la nacionalidad, a pesar de ser ya entonces un peso espantoso y que hoy, una vez impedida la revolución, se ha fortalecido aun más. Malgrado el esfuerzo realizado por la sociedad polaca para librarse de aquel mito megalómano desde 1865 en adelante, no obstante la enorme suerte ténida de ver destruídos los tres imperios opresores, las dificultades materiales tienen el predominio. Ellas no tenían solución sin una gran ayuda del exterior, y especialmente, sin una atmósfera de paz y de unión en Europa, pues, si para las otras naciones la famosa idea de nacionalidad era una mentira más o menos soportable, para Polonia era una cuestión fatal por cuanto era el dilema de todo el movimiento polaco: por un lado, la idea del antiguo Estado y, por el otro, la idea que Mazzini había tomado de Mickiewicz de un resurgimiento de Polonia en la fraternidad de todos los pueblos de Europa. Por lo tanto, el problema consistía en crear para el nuevo Estado, precisamente, aquellas condiciones que lo alejasen del nacionalismo. Por el contrario, Polonia ha sido reconstituída como potencia militar en medio de pueblos enemigos en las fronteras y en el interior, y abandonada a sí misma en el caos económico de la post guerra.

La dictadura polaca es el resultado de la impotencia interna y externa. En el interior este resultado surge de la oposición entre cierta capa nacional —pequeña burguesía y pequeña nobleza— y una masa alógena, sin contar el afán y la lucha para conquistar los puestos en el seno de aquella clase dirigente improvisada, mientras el democrático Pilduski caía en las manos de los aventureros de la post-guerra y del "partido de los coroneles" sostenido por Francia. En el plano internacional la dictadura polaca se debe al ausentismo y a la perfecta indiferencia europea por las cuestiones vitales de Polonia en favor de las preocupaciones estratégicas; además, es la expresión típica del desorden y de la confusión de toda una zona de Europa. Con la dictadura todavía no tenemos la Polonia: existe siempre la "cuestión polaca" consolidada sobre 400.000 kilómetros cuadrados.

Las dictaduras de las Repúblicas bálticas substancialmente son simplificaciones de gobierno. Estos países, gran parte de ellos agrícolas, se han encon-

HECHOS E IDEAS

trado en la cómica situación de hallarse en un estado elemental de aislamiento, disponiendo, sin embargo, de los más completos instrumentos de gobierno. Los dictadores acentúan el proceso de simplificación: haciendo lo que todo fascismo realiza: eliminar la gravísima crisis de entre los problemas del día sin haberle dado solución ninguna.

España, conjuntamente con Alemania e Italia, es el país que más profundamente está empeñado en el dilema, o de transformarse o de morir lentamente. Ella ha pasado muy seriamente por dos fases: la reacción para acallar los problemas y la revolución democrática, fracasada a corto plazo y hoy sepultada por Lerroux. Y a las puertas, el fascismo católico. Una vez más en España como en Italia, en Italia como en Polonia, nos encontramos frente a la Iglesia de Roma. La política actual de esta institución, siguiendo a un gran pensador, se puede resumir diciendo que, dispuesta a perdonar todo ataque contra sus mandamientos, sus preceptos y sus dogmas, no perdona en la vida ni un milésimo perdido de sus posiciones políticas y de sus rentas. Hoy la Iglesia Católica no tiene otra cosa: no tiene autoridad sobre las costumbres, ni prestigio moral, ni prudencia política y, por lo tanto, tampoco una fuerza propia. El hombre le huye y la Iglesia se coloca en contra del hombre. Juega todo sobre la carta de la reacción con una ferocidad y mezquindad nunca vistas. En España las nueve décimas partes de la tierra pertenecen a los grandes de España, a los ricos propietarios, y a las congregaciones. Allí está la Iglesia y toda su política. Y no existe nada más. No puede afirmarse que la reacción defienda sus principios: la reacción moderna tiene otras cosas que hacer que preocuparse de los principios. El Vaticano sabe esto muy bien y no le importa nada, ya que habiendo reacción es ganancia segura, puesto que el otro término del dilema significaría para ella el fin irremediable. He aquí por qué se hace presente como "brazo moral" de la tiranía, y corona de "incienso, antorchas y salmos" el despedazamiento de toda esperanza humana. En España la política de la Iglesia ha alcanzado el desnudo integral: después de haber fomentado la reacción de los propietarios de tierra para recuperar sus bienes, ha inspirado la masacre del pueblo insurrecto; y después de la masacre, amenazadora y encarnizada ha pedido la muerte para los que se habían salvado, ha imputado a los masacrados los estragos y las ciudades arrasadas por la artillería y la aviación de los "campeones de la fe y de la civilización", y ha organizado una campaña de "atrocidades" muy superior a cualquier propaganda de cuartel general y de oficina-prensa; y obtenidas las masacres, los fusilamientos y las calumnias, inicia el exterminio legal de los "subversivos". Pero si un fascismo sostenido por la Iglesia Católica es una amalgama política perfecta, un fascismo hecho por la Iglesia Católica —como por la monarquía, por los generales, por los "comités" plutocráticos, o por cualquier interés que tenga una organización propia— es un artificio.

* * *

El fascismo puro existe en dos países, Italia y Alemania, cuyo paralelismo se remonta a su unificación nacional. Pero entre la obra de Cavour y la de Bismarck existe una diversidad de naturaleza y de importancia. Aparte la diferencia entre el liberalismo cavouriano y el autoritarismo de Bismarck, de una parte, tenemos al pequeño Piamonte, y, del otro, el hecho importante que se llama Prusia.

HECHOS E IDEAS

En Alemania, descompuesta y dividida, existía, sin embargo, un país, Prusia, que servía como modelo. La organización militar de casi todos los países de Europa estaba calcada sobre la prusiana. Así se explica que mientras el caporal romañolo, sin ninguna dificultad, burló a Víctor Manuel y a toda su cohorte de generales y senadores, el "cadete bohemio", por el contrario, aparece prisionero de la Reichswehr y de los "junkers" prusianos.

Si hubo un país que nunca conoció el Estado, de otra manera que como miniatura y caricatura de Estado, ese país fué Italia. Alemania no ha tenido ninguna necesidad de inventar el Estado totalitario: lo tenía desde hacía algunos siglos. Y sobre ese mismo molde fué pensado también el filosofema del Estado ético. Italia, con todo el peso del derecho romano en el estómago y a pesar de que durante siglos, generaciones de ave-negras lo habían enseñado todo menos la confianza en la justicia de los "señores", conservaba, sin embargo, una noción de autonomía del derecho. La legislación prusiana era una reglamentación emanada de la autoridad, algo "prescriptivo", completamente opuesto, por ejemplo, al derecho inglés, que es algo "reconocido". La acción unificadora en Italia, después de 1860, se desarrolló exclusivamente sobre el plano de la administración. Ni el Estado sardo, ni partido alguno, ha desplegado una acción profunda, comparable con la de los jacobinos franceses. La obra de unificación alemana exigió a la fuerza prusiana una tensión enorme: la carencia de formas se resolvía en una multiplicidad de organismos extremadamente vivaces, muchos de los cuales, aunque fueron monstruosos en todos los casos, tenían raíces profundas. De ahí la lenta labor del Zollverein (unión aduanera).

En Italia, el totalitarismo es una cosa absolutamente descabellada, repugnante a la naturaleza del pueblo —a menos que no se quiera sostener que los virreyes y los gobernadores del rey de España eran la auténtica expresión del pueblo napolitano y lombardo— y sin ninguna posibilidad de justificación concreta; una calamidad pública. Aplicado, se reduce sobre todo en la simplificación del gobierno y en una uniformidad aparente impuesta a la vida. En Alemania el totalitarismo, por un lado, es autóctono, por el otro, implica un gran aparato de instituciones, de tradiciones, de organismos, el todo dócil a la batuta. En Alemania "regimentar" tiene una significación, porque un regimiento prusiano es un organismo que tiende con el máximo de minuciosidad a absorber el mundo y a someter, bajo la misma disciplina, desde la organización de la guerra a la de la cocina y la música, desde los servicios de abastecimientos a las "inquietudes espirituales".

Este aparato tradicional ayuda a comprender cómo la ideología de los analfabetos racistas no puede detenerse en las "doctrinas políticas", y se ve obligado a remontarse a la edad de piedra, conmoviendo conjuntamente con el buen sentido, la biología, la etnografía, la antropología y la historia de las religiones.

Por el hecho mismo de la enorme labor que importaba forjar la conciencia de una Alemania "ueber alles", (sobre todo) con todos sus carruajes y bagajes, y puesto que la preparación duraba desde hacía dos siglos, se comprende el porqué en Alemania el fascismo es un fenómeno de alucinación colectiva, más que una aventura personal. Desde el primer punto de vista todas las experiencias hasta ahora realizadas han sido insatisfactorias y truncas; inconclusa la idea imperial de Bismarck; terminada mal la infatuación guillermina; simple interludio que nadie entendió, la República de Weimar, y, finalmente, se llega

HECHOS E IDEAS

al Tercer Reich, una desilusión atroz. El fascismo alemán tiene un alcance más serio que el italiano: está contenido en la frase de Federico Guillermo: "yo dejo el alma a Dios y me tomo el resto". En los países latinos no hay alma para dejarla a nadie, porque nunca se ha hecho cuestión de conservar el alma: se trata más bien del cuerpo y de la posibilidad concreta de vivir natural y claramente, pero para un alemán la cuestión es muy distinta. El "hier stehe ich" (aquí estoy yo) de Lutero es una tradición alemana. Mussolini chocó solamente con la fronda y la "dignidad": débiles obstáculos. El ridículo y la fronda no tienen ningún efecto sobre Hitler; pero las cuestiones de conciencia, de "Gewissen" (conciencia), un alemán no puede dejar de tomarlas en serio. Desde un principio el alemán toma en serio el fascismo: el italiano, por el contrario, lo sufre, y no lo toma en serio sino como coerción, sin hacer de él ninguna cuestión de conciencia. La clase cínica de los Von Papen y de los Thissen es una minoría, los aprovechadores no son muchos; en Italia, en cambio, lo que interesa a todo fascista es su caso personal: el cinismo empieza desde el Duce y llega hasta el más humilde empleado de ministerio que se afilia al fascio con la reserva mental del aprovechador, con el designio de utilizarlo para desplazar al vecino. (Y sino obsérvense las ventajas, las preferencias y los privilegios materiales y mezquinos concedidos a los "beneméritos de la causa fascista" y el intenso tráfico de subterfugios para llegar a tener los relativos certificados). En las filas de la milicia italiana nunca existió, y no habrá nunca, un fermento semejante al de la S. A. (secciones de asalto) que condujo a un 30 de junio.

Actualmente Hitler no se sostiene con discursos y desfiles, sino con la inmensa tensión que ha impuesto al país, con el racionamiento, con la fiebre armamentista, y los alemanes le obedecerán mientras sigan convencidos que están preparando algo grande. Por consiguiente, es de esperar la explosión. He ahí el inmenso peligro del hitlerismo para Europa. Pero la curación de la enfermedad es también más clara y más visible. Siguiendo su lógica —que aun no dejando de ser menos loca que la de Mussolini, tiene la gran ventaja de ser sinceramente deseada—, Hitler señala por lo menos una huella en el caos; haciendo algo, necesariamente acumula complicaciones, va hacia los acontecimientos, crea contentos y descontentos, deja vislumbrar elementos conscientes en medio de la ceguera. La fuerza de Mussolini radica, en cambio, en no realizar nada, y en saberse retirar ante las consecuencias de sus acciones. En Alemania las resistencias pueden parecer pocas pero son definitivas: los comunistas, los obreros socialistas, que están en la oposición, lo han hecho para siempre, y actúan en contra. Mientras que en Italia las resistencias que cuentan, además de las individuales manifestadas en los comienzos, existen otras, también individuales, nacidas bajo el fascismo, y más particularmente, las que se están desarrollando actualmente en la nueva generación que el fascismo, por necesidad, deja "desocupada", no sólo por falta de trabajo material. La voluntad caótica de Hitler no cuenta con la pantalla de la Iglesia Católica y con los innumerables equívocos, posibles en Italia, por el simple hecho que el orden fascista sufrido por todos, no convence a nadie. En Alemania, a diferencia de Italia, las masas han sido ampliamente arrastradas en el torbellino. Por un lado se encuentra el orden prusiano y por el otro Wotan: la fuerza maciza de aquél y lo absurdo de éste, expresan de una manera inmejorable la insolubilidad del destino del hitlerismo que no puede ser reabsorbido por el prusianismo y, tampoco, seguir su propia lógica, sin desencadenar las energías disolventes a las que se manifiesta incapaz de dar formas.

HECHOS E IDEAS

Aquí estriba la fatalidad de la división religiosa en Alemania: no ya porque no exista una iglesia unida, sino porque Hitler no tiene posibilidad de colaborar con la Iglesia romana, la que, por su parte, estaría dispuesta a hacerlo. La Reforma ha significado una ruptura irreparable: sin colaboración con la Iglesia Católica, el Estado totalitario queda incompleto, es decir, imperfecto. Precisamente en el país del Estado totalitario, éste no puede realizarse: falta el "brazo moral". Lo mismo acontece con Alemania, que siendo el país que con más violencia ha retirado su solidaridad a Europa, es la nación más fatalmente aprisionada en el engranaje del cosmopolitismo y del europeísmo. Es verdaderamente "Volk ohne Raum" —un pueblo sin espacio—, no en el sentido territorial sino en el sentido que no tiene: pues, un "espacio alemán" no existe porque desde el Báltico a los Alpes penetra y se confunde con demasiados "espacios". Alemania es el país que más que ningún otro vive la vida del mundo, de la "Weltliteratur" (literatura universal), y de la participación en el progreso científico y técnico: todos los grandes impulsos del espíritu alemán vienen del exterior y lo llevan fuera de las fronteras nacionales. En este sentido el problema de Alemania es el problema de Europa: Europa aún no ha sido capaz de asimilar a Alemania en una comunidad, como tampoco ha sido capaz de fundar una comunidad europea.

* * *

Si se quiere hablar de Italia y ver cómo el fascismo ha falsificado todos los problemas y, por lo tanto, ha colocado la sociedad italiana frente al dilema de volverlos a plantear radicalmente, es decir, como problema de subversión, si no quiere abandonarse a la más deshonrada de las muertes, tendrá que distinguir dos cuestiones esenciales: la del Estado liberal y la de la posición de Italia en el mundo. Como todas las cosas banales, la afirmación del Estado fascista de haber destruído el Estado liberal prescinde por completo: a) de la noción de lo que es el Estado fascista; b) de la noción de lo que era el Estado liberal; c) de la consideración de lo que ha acontecido realmente.

Ante todo en Italia la existencia del Estado liberal asumía particularmente un carácter desgraciado: bastarían para comprobarlo los desengaños y las angustias de los mejores hombres del Resurgimiento.

El Estado italiano desde el 1860 al 1914 tenía algún derecho para llamarse liberal, por cuanto su estructura formal y la mentalidad de la clase política que detentaba el poder estaban orientadas conforme a ciertas ideas liberales. Hay que observar que esta clase política no podría afirmarse que coincidiera exactamente con la "clase burguesa" por su composición, que resultaba hecha de representantes más o menos selectos de la gran burguesía agraria y urbana, del viejo patriciado y de intelectuales. Precisamente, por eso estaban orientadas hacia la idea del Estado al servicio de la totalidad de los ciudadanos, hacia la exigencia que todo acto del poder se fundara en la ley, y que esta ley fuera igual para todos y, finalmente, hacia aquella expresa limitación del poder que, mientras, por un lado, admitía el libre desarrollo de muchas actividades al margen del Estado, por el otro, afirmaba la necesidad del contralor sobre la gestión pública, a través de la libre crítica y de los cuerpos representativos. Este Estado durante cincuenta años había realizado también —aunque más mal que bien— las tareas relativamente modestas que se había impuesto: el reino de la legalidad; la protección de los derechos iguales, esto es, la preocupación de que

HECHOS E IDEAS

aun el humilde hombre de pueblo llegara a tener su derecho y, por último, la administración general.

Conjuntamente con la tutela del derecho, el Estado se había impuesto también tareas más amplias, que substancialmente no caben en el esquema liberal, empezando por la instrucción pública para llegar hasta lo que ha dado en llamarse la legislación social. Y en esto, ya sea por la pobreza de los medios económicos, ya sea por el espíritu conservador de la clase dirigente, no puede afirmarse que Italia ocupara uno de los primeros puestos en Europa. Pero, sobre todo, Italia carecía, y esto es lo grave, de la premisa indispensable del Estado liberal: la resistencia de los ciudadanos conscientes de sus derechos y decididos, por ende, a hacerlos respetar. Este es el motivo por el cual el liberalismo italiano, más que voluntariamente esquivo, ha sido más bien perezoso en la eliminación de los residuos muy importantes del viejo Estado absolutista — hasta como en la Italia meridional y en Sicilia, de feudalismo — que aún conserva en su seno. Es suficiente recordar los poderes discrecionales de la policía (el confinamiento nunca suprimido, el secuestro de los diarios, abolido recién en 1906) y los efectivos privilegios sociales mantenidos, con el consentimiento tácito de las autoridades de toda jerarquía, en la práctica y en las costumbres.

* * *

El Estado italiano era un Estado fatigosamente liberal en las intenciones, y en la práctica, apenas en condiciones de atender los asuntos ordinarios. La guerra lo había recargado con una acumulación de funciones de las que nunca supo decidirse a librarse ni a sistematizarlas mejor, y las cuales, al final, han terminado con arrasar con él. Sin renunciar a ninguna de sus pretensiones, practicaba la vieja doctrina jesuítica: “en la duda, abstente”, y dejaba hacer. Dejando hacer es natural que amparara a los insurgentes en nombre de la “salud pública”, creyendo poder volver fácilmente al orden una vez que hubieran llenado sus funciones de policía auxiliar.

A este estado de cosas agréguese el hecho de que aquel Estado tenía muy pocas raíces en el pueblo, pues seguía siendo, con toda razón, el Estado “de los señores”. Aquí se injerta el fascismo; triunfa e instaura el Estado señorial; mucho más extraño al pueblo pero mucho más penetrante y atormentador. La cuestión de principio nada tenía que ver.

* * *

El fascismo no reemplazaba a un Estado liberal sino a uno que era totalitario a pesar suyo. Los motivos que ponen en marcha al Estado dictatorial son los mismos que presidían, substancialmente, al funcionamiento del Estado llamado liberal: la propiedad, “el bien de la Nación”, el totemismo patriótico, el cuartel, la moral burguesa. El destino del Estado liberal frente al fascismo está simbolizado justamente por la llamada “clase media”. Para la clase media el fascismo comenzó representando, más que la conmovición de un orden establecido, la degradación de los principios morales, religiosos y jurídicos y también de su patriotismo moderado, los cuales eran los únicos valores que le permitían conservar la creencia de llenar una misión social y de constituir los cimientos de una determinada civilización. La clase media, aún con cierto temor, ofreció sus hijos a las bandas que “regeneraban a la patria”. Pero nunca estuvo real-

HECHOS E IDEAS

mente persuadida por el fascismo. El carácter de arbitrariedad, de permanente inseguridad, la inanición material en que se resume hoy para ella el estado de cosas vigentes, colorea con su resentimiento el marasmo al cual se ha resignado. Y en sus salones, alrededor de las mesas, es donde ha nacido el mito trepidante: "Mussolini realizará el comunismo".

Sin embargo, si el fascismo tiene una base sólida, la tiene precisamente en la masa del público "respetable y culto", con todas las reservas posibles sobre el carácter ficticio del término "clase" (más probablemente se trata de una cuestión de generaciones), la "clase media" ofrece a la dictadura un sostén mucho más concreto que la masa popular. La misma válvula de la oposición sotto voce, con que se cree poner en paz la conciencia, la ayuda, en definitiva, a colocar con mayor puntualidad al servicio del régimen sus virtudes pasivas. Siente obscuramente que todo está por derrumbarse, que el fascismo acelera la descomposición, pero al mismo tiempo viendo que en el juego del fascismo están implicadas todas las instituciones más queridas: Monarquía, Iglesia, Patria, Propiedad, en la práctica prefiere que todo esto dure en bloque.

Lo de la clase media es más bien una inercia que una solidaridad. Pero el fascismo necesita inercias. Desaparecidas las inercias, el motor estalla. El conjunto de las rémoras y de los lugares comunes consolidados que la sociedad italiana oponía a toda verdadera transformación que se quisiera dar al fascismo, ha sido un fenómeno elemental y sin formas, ha sido una ságoma y una "limitación". El mito de la patria, el respeto de la religión, la monarquía como garantía de la continuidad nacional, el moralismo burgués-católico, aquel poco de socialismo asimilado a la fuerza y, al mismo tiempo, la extrema tentativa de salvar la propiedad privada, han terminado por constituir el armazón del mussolinismo.

Así termina lo que se llama la "clase media" y que en substancia se reduce a un conjunto de tradiciones residuales más que a una condición económica actualmente destruida. Lo que era la "clase dirigente" del Estado liberal constituye la materia vil, el lecho del Estado fascista. Lo importante es que los hijos prefieren la masa a aquella clase. Para los jóvenes la burguesía ha muerto. Lo que buscan no está claro, pero una cosa es cierta: quieren salir del estancamiento de un mundo en que no encuentran nada que amar o respetar. Para los jóvenes que se dicen fascistas, el fascismo no significa otra cosa sino la dirección del menor esfuerzo, la vía de salida más fácil para una fermentación en que lo único claro es la voluntad de poner fin de una vez a todas las "cosas respetables".

* * *

En cuanto al "lugar de Italia en el mundo", todo el mal viene de la situación falsa en que Italia ha sido colocada por la tontería nacionalista, la cual hizo que bruscamente después de la guerra se encontrara con que era una de las "cinco grandes potencias". Antes de la guerra Italia estaba muy poco comprometida en los asuntos generales de Europa. Con esto adquirió cierto volumen. Nunca dió la impresión de estar al servicio de otro país, como Mussolini de Inglaterra en 1926. A esto correspondía en el pueblo la tentativa de abrirse su propio camino tranquilamente sin contar con ayudas del Estado. Pasada la primera fase horrible de una semiesclavitud, la emigración italiana se puso a organizar, por su cuenta, con fuerzas elementales, sus rutas. El italiano sabía que iría por el mundo a lo largo de itinerarios señalados, no por el Estado

HECHOS E IDEAS

sino por otros italianos. En Francia, en Alemania, en Brasil, en Estados Unidos, en Argentina, los italianos formaban por sí solos sus lugares. Del Estado no recibían otra cosa que algunas lágrimas: la clase gobernante, sin embargo, sintió como un peligro el brusco retorno de emigrados con la guerra: gente acostumbrada a cierta iniciativa de vida social y, por lo tanto, difícil de manejar.

Con una clase dirigente típicamente provincial, el pueblo italiano era cosmopolita, vale decir, continuaba a su manera la gran tradición, que solamente la mezquindad de la pequeña burguesía nacionalista, raza bastardísima, pudo intentar arrancarle. El italiano culto era seguramente europeo más que las clases cultas de los otros países, por la razón muy sencilla que después de 1800 no existió una cultura italiana con fisonomía propia. Pero el nivel europeo de la clase culta tenía relativamente menor importancia que el nivel europeo del pueblo: el interés por estar informado sobre el exterior existía más en el pueblo que en el intelectual y el burgués. En aquél la curiosidad era mucho más despierta y el interés mucho más genuino: deseo de conocer, podríamos decir, más que de cultura. Y todo esto permaneciendo apartado, sin desear ningún lugar de primera fila. Por una razón profundamente distinta de la que se da hablando de la "pequeña Italia": porque el pueblo italiano se sentía ajeno y sin ningún interés por el mundo de los grandes Estados y de los enormes negocios: mundo de fuerza sin ley al cual se reduce, según algunos, el mundo moderno. Este estado de espíritu que en el fascismo se convierte en misoneísmo y provincialismo exasperado, en el pueblo se traduce en el sentimiento de que aquel mundo carece de proporciones, que es un mundo ininteligible. Lo sufría bajo la forma del capitalismo y del "Estado liberal", lo sufre en la forma del "Estado totalitario", lo sufrirá hasta tanto no se percate cómo tendrá que dominar aquellas fuerzas: hasta tanto no se conviertan en cosas propias. No es pura coincidencia que la gran civilización italiana se haya hundido en el 1600, cuando el catolicismo se convirtió en imperialismo moral y aparecieron los grandes Estados.

* * *

Desde cierto punto de vista, el fascismo representa la crisis decisiva del proceso de formación de una civilización moderna italiana que se venía madurando lentamente bajo el muy débil patronato de las viejas clases sociales. El pueblo italiano vivía y podía vivir, también materialmente, solamente de un "mundo abierto"; de la misma manera que su gusto por la diversidad del mundo caracterizaba el cosmopolitismo natural del pueblo italiano: "todo el mundo es país", igual al antiguo ubi bene, ibi patria. Los gobiernos de entonces en lugar de sentir y estimular el profundo instinto de libertad que fermentaba en aquella situación, se complacían en traducirla en mediocridad, dejando completamente abandonada a sí misma la mejor materia que poseía: el pueblo.

Pero lo grave llegó con la guerra y la postguerra: cuando el mundo relativamente abierto no sólo se convirtió en un mundo "cerrado", sino que se hundió en lo absurdo. El pueblo italiano no podía alcanzar a comprender las finalidades de la guerra, porque no sentía ninguna razón para colocarse en contra de nadie y ser arrastrado en el juego de intereses que no le importaban. El amor de los italianos hacia Italia, precisamente por las escasas razones que tenían de apego al Estado, era el más desinteresado y menos chauvinista de los

HECHOS E IDEAS

sentimientos: entre ese amor y las ideas "de potencia" y de "Imperio" existía y existe un verdadero abismo.

El pueblo italiano ha hecho la guerra y ha soportado los inmensos sacrificios derivantes de ella, con la impresión que se trataba de un asunto obscuro y sucio. De acuerdo a su modo de conocer el mundo —mucho más exacto que el de los gobernantes—, tenía la profunda convicción que todo ese trabajo se hacía por cuenta de alguien y que a la postre el empresario pagaría. Nunca esperó premios de sus gobiernos, sino de los otros, de la amistad y gratitud esperaba algo concreto y tenía fe. Por ello llegado Versailles, la maniobra verdaderamente criminal de los Salandra, Sonnino, Orlando, surtió sus efectos plenamente. Cuando aquellos señores gritaron que los aliados los habían burlado, la reacción del pueblo fué: "era de esperárselo", aquel mundo se revelaba una vez más como "una estafa". El descontento fué grande y no existe otra explicación que la guerra para aquella Italia como era entonces. Fuera de las Odas carduccianas y d'annunzianas y del "romanismo" de los profesores de liceo, había significado un absurdo: algo que se hacía por cuenta de otros y por lo cual se esperaban compensaciones. Todo esto no tenía nada que ver con la política de una nación: las demás justificaciones carecían de toda seriedad. El descontento hubiera podido desaparecer sin el cambio radical de la situación del mundo y de la de Italia en el mundo: la satisfacción era poca y los hechos importantes eran el cierre de los mercados y el desequilibrio general. La confusión italiana de la postguerra era puramente exterior: el pueblo italiano realizó muchas huelgas y no la revolución porque no tenía fe en la situación en que se encontraba, no veía en ella nada que lo convenciera que valía la pena empeñarse a fondo. Pero debajo de la confusión superficial existía un hecho grave: Italia, además de ser un país pobre, es un país que debe importar mucho, que no puede mantener una industria sin exportar y que debe exportar, sobre todo, trabajo. En el caos económico de la postguerra y de las sucesivas crisis mundiales la situación se convertía cada vez más en un callejón sin salida.

El fascismo no ha aportado remedio alguno, sino que ha exasperado integralmente la situación, hasta el punto que actualmente el verdadero problema de la política exterior de Mussolini es encontrar dónde colocar quince millones de italianos que el suelo patrio no puede nutrir. Una de las tantas maneras de afirmar que el fascismo ha llevado el problema italiano sencillamente al absurdo.

* * *

La única manera sería de afirmarse como gran potencia hubiera sido para Italia aquella de hacer sentir su peso sobre los graves problemas internacionales y de incluir los propios en el cuadro general. En cambio, sin aportar ninguna contribución a los problemas generales, puso en el cartel el asunto personal adriático, se la agarró con los pequeños Estados e hizo todo lo que pudo para ganarse la enemistad de los nuevos vecinos. Si hubiera sabido intervenir eficazmente en las grandes cuestiones, como la de la libertad de los mares, del Vístula, del Rhin, tal vez hubiera obtenido mayores satisfacciones materiales. Se hizo la jactanciosa y empezó a la vez a llorar miseria. Los que opinaban que debía obrarse distintamente y empezaron a hacerlo, como siempre, fueron llamados traidores de la patria.

Todo esto acontecía mientras el país tenía una opinión completamente opuesta, como está demostrado con la actitud de la opinión ante las sanciones

HECHOS E IDEAS

contra Alemania y en lo que se refiere a las relaciones con Rusia. Opinaba, pues, orientándose hacia el equilibrio y una paz no absurda. Después de la guerra Italia se encontró enredada en el juego de un sistema de imperialismos (Francia, Inglaterra, Japón, Estados Unidos, además del temido imperialismo alemán y el hecho nuevo de la Rusia soviética) sin tener ninguna razón para construir un imperialismo por su cuenta. Los gobiernos que sucedieron a los liberales de la derecha intentaron resolver el problema asignando a Italia la tarea ingrata, pero en el fondo honorable, de "conciliador". Sin embargo no se trataba de conciliar sino de sostener la razón en un mundo paralizado por rencores y temores, envenenado por las injusticias y las mezquindades; única política que habría sido "grande" de verdad, con la cual los intereses de Italia se encontraban singularmente solidarios. Actualmente con el ejemplo del prestigio alcanzado por la U. R. S. S. por el simple hecho de querer realmente la paz, y ante la desesperadísima impotencia de todos los gobiernos a avanzar un solo paso hacia una solución cualquiera, hoy es cuando puede medirse la fuerza que habría resultado para Italia de una gran política europea que ella sola podía hacer con plena libertad, por ser la única nación cuyos intereses coincidían con una política semejante. Mussolini ha preferido presentar "mala cara" y el deporte de pescar a río revuelto.

Únicamente desde el punto de vista del "Imperio" y de la "grandeza de la nación" los problemas vitales de un pueblo pueden ser reducidos a la forma de un abarrotamiento de mercaderías a las que hay que dar salida. A esto ha sido conducida Italia por el estúpido sentido que los politicantes han dado a su situación de gran potencia. Mussolini no es sino el continuador de la política de "prestigio", hecha de bluff y de intriga, que los "liberales de derecha", presentes en Versalles, iniciaron con todo éxito.

* * *

Los fascismos italiano y alemán son la forma más perfecta de la tiranía moderna. Hay que tener presente que las intrincadas situaciones y los débiles métodos políticos convierten a la Europa actual en un terreno ideal de cultivo para la tiranía. Las tiranías son la forma política de una opresión real que existe en los hechos y en las cosas. Cuando la magnitud de los problemas no se encara de lleno con pleno valor, las pantallas de las resistencias aún existentes se irán revelando cada vez más débiles y desproporcionadas frente a la importancia de las fuerzas que presionan sobre la vida de los pueblos. Además, en la Europa actual las tiranías son contagiosas aún si no fueran porque anquilosan la situación general, atrayendo la política hacia un juego de acciones y reacciones cada vez más estrecho y peligroso que precipitan hacia soluciones de pura fuerza: sobre el terreno interno en un primer tiempo, y luego, como consecuencia inmediata, sobre el terreno internacional. El espectro de la guerra inminente, que está en el fondo de la lógica de las dictaduras, es, además, la pesadilla común universal de nuestros días. Con ello la gente se imagina, más que un acontecimiento preciso, el fondo tenebroso a que conduce la lógica catastrófica de los acontecimientos que han dejado de estar dominados por la voluntad humana.

* * *

Fascismo es una palabra. Solamente desde que el fascismo alemán manifestó los elementos graves, serios y definitivos que puede tener la orientación de

HECHOS E IDEAS

la organización social en el sentido así denominado, es cuando la palabra fascismo ha adquirido un sentido general: en cuanto al hecho irá tomando una importancia decisiva.

Si realmente fuera inminente una instauración fascista o fascistizante en Francia o Inglaterra, hay que darse cuenta que esto no significaría el colapso total de este o aquel partido, de este o aquel grupo dirigente, de una u otra ideología. Significaría el derrumbe de todo lo que fué la sociedad europea desde la rebelión de los Países Bajos, desde cuando, con Grocio y Spinoza, el hombre empezó a afirmar el derecho natural a la plenitud de la vida contra el despotismo político y religioso. Al 1600. Precisamente hacia una forma estilo 1600, hacia el planetario de "Soles que nunca se ponen", "Lunas que nunca declinan", "Amplísimos senadores como estrellas fijadas", "Otros espectables magistrados como errantes planetas" de la sátira manzoniana, hacia semejantes formas, así inspiradas, el fascismo reconduce al Estado.

* * *

Los fascismos son instructivos, porque demuestran cómo quiebra un Estado, vale decir, cómo un Estado se vuelve tiránico. La experiencia tiene tanto más valor en cuanto los fascismos son fenómenos absolutamente espontáneos; y en cierto sentido es lo más espontáneo que se pueda concebir sobre el terreno político. Tropieza un hombre con una situación, coinciden la perspicacia de un individuo que sabe mirar directamente a su fin por su ambición y por su exaltada exasperación, con el estado de disponibilidad, de confusión, de marasmo, de una masa desorientada que en parte está dispuesta al fanatismo y en parte —la más grande —se deja conducir después de perdida toda fe, porque a toda esa masa le falta el sostén de un orden aceptable, le falta el impulso de motivos en los que pueda reconocer sus exigencias concretas y le falta la fermentación de ideas que arrojen luz a sus tinieblas y disuelvan sus rencores.

Fascismos, pseudo fascismos y amenazas de fascismos son la expresión de un mismo fenómeno: la tiranía moderna, la cual toma forma plasmándose sobre las fuerzas que rigen el mundo actual de una manera diversa de acuerdo a las distintas situaciones. Los fascismos, propiamente tales, que serían hasta hoy el italiano y el alemán, merecen un lugar aparte en cuanto son formas ejemplares del fenómeno. No se trata de un simple gobierno autoritario (hoy los principios de autoridades son muy débiles), sino que se trata de Estado totalitario, que disuelve la sociedad para "encuadrarla" en una disciplina técnico-militar fundada en una psicología de dinamismo que arrastra al país entero, como una sola masa de choque en el sentido de la "potencia de la nación". No es la autoridad, sino la fuerza en función de la "potencia"; he ahí el principio: la fuerza como fenómeno elemental encarnado en la persona de un capo o de un jefe.

* * *

Actualmente podemos enunciar, con toda claridad, la ley que se convierte en fascismo cuando, en la vida de un pueblo, por causas externas e internas, se forma un nudo de contradicciones solamente solucionables sobre el plano de la razón. Este es el caso en que la razón es exactamente lo contrario de la tímida prudencia del cálculo llamado "realista" y de la contemporización con los males. Porque impone la ruptura para con las pesadas fuerzas de estancamiento, para con

HECHOS E IDEAS

las maneras de pensar más arraigadas y viejas, y, finalmente, exigen chocar contra las potencias y las redes de intereses más fuertes y tenaces. Exige aplicar la razón como acto de vida, voluntad de transformación real: subversión. Se requiere lo más difícil; y se obtiene lo más fácil: el fascismo. Esto surge perfectamente de la naturaleza de las cosas. Y tanto más si las fuerzas de la razón han sido débiles, mal representadas y peor defendidas. Todo esto podía entristecer de melancolía a los nostálgicos de un mundo que se desvanece, pero no a los hombres que se mantienen de pie, los que en esto no ven otra cosa sino que la rebelión es cada vez más necesaria.

* * *

Es típico de las tiranías modernas que ellas no puedan ejercerse de otro modo que sometiendo a todos en nombre de todos. Los "intereses superiores de la nación" o de la "raza", las "jerarquías", el "orden moral", son términos equívocos que solamente indican este hecho fundamental: los "órdenes", las "clases", los "principios", carecen de sentido, de autoridad, y no pueden, por lo tanto, servir para establecer ninguna especie de orden político. No puede dominarse la situación, esto es, contener la masa, sino en nombre de la masa, lo que prácticamente significa la concentración de todos los intereses establecidos en nombre del Estado. Pero al mismo tiempo significa la disolución de todos esos mismos intereses establecidos, de todos los principios tradicionales, de todas las "clases"; en una palabra, significa la disolución de todo el viejo orden social en el seno del Estado. Importa una desenfadada aceleración de todos los mecanismos que producen masa, sin límites, sin distinción, sin ningún contralor por parte de cierto margen de democracia, mecanismos ahora concentrados, dirigidos, manejados para fines meramente políticos y estaduales, esto es, con la única finalidad de tener sometida a la masa. Mantener sometida a la masa no quiere decir otra cosa que mantenerla en la condición sin forma e indiferenciada de plebe, quiere decir impedirle que se transforme en una sociedad, cerrando las puertas al orden nuevo que las nuevas condiciones de vida imponen, so pena de muerte por sofocación.

* * *

La verdad es que el único principio que hoy funciona es cierto principio democrático. Ni Derecho del Hombre o del Ciudadano, ni ninguna de las tantas Constituciones: ese principio podría expresarse en esta sencilla manera: "Todos tienen derecho a una parte de vida". Todos los demás principios y las otras autoridades pierden todo sentido y no son capaces de suscitar ningún movimiento. Todo esto puede desconsolar al señor Aquiles Ratti y semejantes co-interesados en autoridades y principios, pero esto es el resultado de tres siglos de cultura europea. El fascismo aparece como una reacción perfecta, que por cierta fatalidad mecánica logra echar pie y se afirma infaliblemente cuando obra en el sentido de aquel principio. Con más exactitud: sobre la base de la comprobación elemental hoy no existe ningún principio de autoridad válido sobre el cual pueda fundarse una política, esto es, dominar a la masa, fuera de cierta idea del interés común. Idea a la que los fascismos dan la forma del mito de salvación de la nación; y de ella deriva automáticamente el lenguaje socialista de los fascismos: el social-nacionalismo.

Conviene destacar que de tal modo los fascismos reconocen implícitamente el carácter revolucionario de la realidad actual. Pero en su grotesca pretensión

HECHOS E IDEAS

de darle solución corporativizando todos los intereses existentes y en la forma existente, se ha introducido en la condición sin salida de no poder dar solución alguna en ningún sentido y, por consiguiente, de no poder realizar más que la reacción integral.

* * *

Una idea genérica del interés común o general no puede hacerse funcionar más que por un poder tiránico, sobre el plano de la fuerza y en nombre del Estado. He ahí el gobierno integralmente autoritario. Pero un gobierno autoritario aún no es fascismo. Se llega a la carencia absoluta de contralores donde se desenfrena el dinamismo fascista cuando la idea del interés común se encarna en la persona de un jefe que tiene el genio de la situación. No hay fascismos sin duce. Y si se puede inventar el heroísmo del tres veces pequeño Dollfus no se inventa ni la energía tiránica de Mussolini ni el poder obsesionante de un Hitler. No hay fascismo sin una fermentación espontánea incontenible en los cuadros sociales existentes y que los partidos revolucionarios no son capaces de arrastrar a una lucha decisiva. La presencia del Duce desvía esta realidad revolucionaria hacia una aventura política, la que, por el hecho de que se despliega sobre el terreno del Estado nacional no tiene más salida que en la burocracia, por un lado, y en la guerra, por el otro. Solamente la presencia del Duce, el hombre que apuntalándose sobre cierta fermentación de masas y sobre la fuerza, ha conseguido desconcertar la política del Estado, y realizar aquella concentración absoluta y sin reservas de los intereses en peligro que es precisamente la esencia del fascismo.

En el fascismo la divinización del jefe es una necesidad mecánica. No hay duda que la divinización de un hombre es siempre un hecho ridículo y repugnante; la inteligencia aún del más inteligente de los dictadores, léase Mussolini, resulta siempre de calidad bastante dudosa. Pero no es cuestión de inteligencia: lo importante es que allá se encontró un hombre, personificando la situación de marasmo, prometiendo a todos la salvación. "El hombre providencial". He ahí la mística del jefe: no es una abstrusa invención, sino un hecho elemental.

* * *

La psicología de los duces corresponde a la perfección de aquel momento en que el Estado democrático no sabe decidirse a arrojar por la borda el resto de democracia que constituye su sola razón de ser, ni el capitalismo es capaz de decidirse a deshacerse de los restos de competencia y libertad económica que eran el fundamento de todo su derecho, ni la burguesía sabe decidirse a saludar para siempre sus desgastados ideales, mientras que los partidos revolucionarios, y con ellos la parte "evolucionada y consciente" del proletariado, acostumbrados al compromiso democrático y solidarios un poco con cada una de aquellas cosas agonizantes —aunque no fuera más que por la larga convivencia—, tampoco se deciden a dar el salto en lo desconocido de la revolución. La situación no tiene salida, no habiendo posibilidad de transformación en el sentido contrario sin subversión. El Estado conserva muy poco de democracia; para hacer democracia quiere decir hacer la revolución, lo que no es precisamente de competencia del Estado. El capitalismo ha avanzado demasiado en el camino de la burocracia y del proteccionismo para que la vuelta al libre cambio no signifique sencillamente otra cosa que expropiación y redistribución de los capi-

HECHOS E IDEAS

tales. La burguesía entre dos fuegos va disgregándose con demasiada rapidez, convertida en plebe parasitaria de las oligarquías dominantes, para aferrarse al cuello duro y al veraneo más que al "derecho", a la "libertad", a la "justicia", palabras que la obligarían nada menos que a colocarse a la cabeza de la revolución, cosa que es de competencia de esa misma burguesía aun menos que no lo era del Estado.

En fin, los mismos partidos revolucionarios se ven en un callejón sin salida, pues están obligados: o a colocarse a la cabeza de la transformación autoritaria del Estado ("planismo", "economía dirigida", dictadura), cosa que mientras para los paladines del orden del Estado nacional es simple cuestión de apretar un poco más ciertos resortes, para ello significa hacer la revolución, esto es, tomar por el camino más escabroso para llegar a un resultado que niega su más profunda fermentación ideal; o de lo contrario, los partidos revolucionarios deben tomar en sus manos los destinos de la democracia, lo cual se hace: primero, convirtiéndose en ministros del Estado democrático, esto es, juguete e instrumento de las fuerzas que lo gobiernan de hecho; segundo, interponiéndose entre el Estado y la plaza, para defender las "libertades democráticas" reducidas a la envilecida forma actual, posición esta bastante equívoca, en cierto sentido conservadora, tácticamente más o menos útil, según que los defensores "democráticos" del Estado sean más o menos fuertes y las bandas de la autocracia se encuentren más o menos desbandadas y carentes de francas ayudas plutocráticas y estaduales. En ambos casos no existe solución y, a lo sumo, sería un útil compás de espera. Finalmente, los partidos revolucionarios tienen la posibilidad de hacer la única revolución que tiene un sentido y responde a la realidad de los hechos: la revolución democrática, o sea, la expropiación y redistribución del poder y de las riquezas a las masas, único camino para convertir a una plebe en una sociedad. Hay que advertir que la revolución no se decide en los Congresos, pues los movimientos subversivos, debido a las orientaciones y desarrollos de su dogmatismo en régimen de democracia, se han vuelto incapaces de una verdadera revolución democrática, esto es, de una efectiva subversión, tendiendo más bien hacia las estatalizaciones, los "planes" y las dictaduras, enredándose en equívocos innumerables, en provecho del orden o, mejor dicho, del desorden existente. Para llegar a una acción eficaz deberían comenzar por subvertirse a sí mismos.

* * *

En esta crisis general se injertan las dictaduras fascistas. Si arrasar la abandonada ciudadela de las libertades democráticas quiere decir hacer una revolución, los fascismos realizan, en efecto, una revolución. Esta es su gloria; sobre este hecho está basada toda su fuerza; pero es también su suprema estulticia. En el mundo actual, enorgullecerse de haber destruído las libertades democráticas, es lo mismo que enorgullecerse de haber obligado a la gente a dejar sus viejos hogares para llevarla a dormir a la intemperie. Es lo mismo que enorgullecerse de haber entregado definitivamente los pueblos a todas las fuerzas ciegas, desencadenadas sobre los cinco continentes, no ya por "los pesados gobiernos" o por los "marxistas", sino por los manejos de las grandes "potencias" políticas, financieras, nacionalistas; por las crisis permanentes que mejor sería denominarlas empobrecimientos generales progresivos; por guerras periódicas, que habría que denominar crisis de destrucción; "por el mecanismo del viejo capitalismo, tan fatal como las "crisis de producción". Agréguese a esto el predo-

HECHOS E IDEAS

minio automático de todas las más sepulcrales tradiciones: iglesias, cultura standardizada de las academias, militarismo, pavadas sobre "sangre", la "raza", los "destinos de la nación". Y todo esto con la correspondiente formalización de la "oficina competente", a la que cada uno puede dirigir su expediente en las debidas formas y después de haber pagado los impuestos (multiplicados en razón del número y relativa ineficiencia de las susodichas oficinas).

* * *

Con juvenil pujanza y completa irresponsabilidad los fascismos conducen a los pueblos a la intemperie, sin saber ni poder luego darle otro hogar. Y con el pretexto del dinamismo hasta le impiden construirse un hogar propio. Sin embargo, el problema es muy simple: la gente debe tener hogar, el hombre debe gozar de una libertad, los campos militares no constituyen un hogar. El acuartelamiento es una manera de agudizar hasta lo intolerable, hasta la muerte por inanición, la necesidad de libertad. Encenegucidos en su polémica con la diosa Libertad, los fascismos no llegan a entenderla como una necesidad elemental, como supuesto de todo trabajo, como condición primaria de todo empleo eficaz de energía, de toda creación, de toda vitalidad. Aludimos a la libertad material, práctica, de moverse, de actuar, de inventar, de pensar su propia vida que es la garantía incommovible del propio trabajo, esto es, de la condición previa de cualquier vida en común. No se trata de la libertad vacía y sofística que el fascismo (recalcando fielmente el sofisma del viejo Estado "democrático") quiere dejar intacto, cuando afirma que cada cual en el régimen fascista es, teóricamente, abstractamente libre de hacer, pensar, producir lo que mejor le plazca, salvo algunas "formalidades", a las que han dado en llamarse "necesidades superiores". Empeñado con estupidez en perseguir mariposas "democráticas" y "marxistas", y, sobre todo, comprometido astutamente al servicio de todas las fuerzas envenenadoras de la civilización moderna, el fascismo ha deshecho para siempre el orden de los problemas. Ya no consigue pensar rectamente: nada de extraño, pues, que haya concluído por hacer el papel del loco que abre la canilla del gas para dar aire a la habitación. El mal no está en que el fascismo quita las "libertades democráticas": el mal radica en que el fascismo elimina hechos vitales: la asociación, la opinión, la manera de representar y hacer valer los intereses concretos de los individuos y de los grupos y no elimina los venenos: la potencia del dinero, la opresión de las costumbres, la hipocresía, la estupidez y la explotación sistematizadas de las tradiciones. Por esto la fuerza viva de los pueblos aplastados por los fascismos es aniquilada como por la peste.

* * *

Mussolini e Hitler no representan ni a la burguesía, ni al capitalismo, ni, seguramente, al proletariado. Por ello conmueven la sociedad burguesa y vigorizan aquel Estado que por abreviatura llamamos capitalista, esto es, el dominio de los intereses particulares establecidos en el seno del Estado moderno. No representan ningún interés definido, ninguna voluntad o fuerza determinada y consciente. Los duces son hombres de la masa, y, si algo representan, es a la masa, vale decir, a esa mezcla indefinible, producto fatal de la descomposición de la vieja sociedad trabajada por el Estado moderno y el industrialismo, que son precisamente las masas modernas. No se alcanza a entender al fascismo,

HECHOS E IDEAS

si no tenemos bien presente el hecho que el industrialismo y el Estado moderno han vuelto a producir una plebe sin forma e inerte, no solidaria con ninguna clase y con ningún interés definido, proveniente de todas las clases y de todos los órdenes y cuya característica es la de todas las plebes: la pasividad, pero cuyo destino es también el destino de todas las plebes: suministrar una enorme reserva de energías para el pueblo de mañana. Las masas, como tales, siempre fueron el sostén de todas las inercias sociales, pero en cuanto se agitaron por fermentos morales, por motivos de conciencia, siempre fueron la fuerza irresistible de toda revolución. La gran contradicción del Estado moderno frente a los antiguos Estados autocráticos, es que tiene necesidad de masas pasivas, que sufran la disciplina del cuartel y de la fábrica, el embotamiento de los cerebros por obra de la instrucción oficial, de la gran prensa, de la publicidad comercial; ese Estado necesita masas que ofrezcan materias primas para las guerras, esto es, se presten a las necesidades del mismo; pero a la vez tiene necesidad de masas activas cointeradas con el Estado y que posean conciencia de lo que realizan: vale decir, no más de masas sino de individuos que tengan la reacción exacta que corresponde a sus funciones, no ya inertes sino dinámicos. De otra manera tampoco el Estado podría resistir, sino vive en el terror, obligado a malgastar todas sus energías para controlar, vigilar, contener la actividad de la masa, precisamente cuando tendría necesidad de estimularla. El Estado se agota en dar órdenes y velar por su ejecución cuando necesita que ejerzan funciones y surjan autonomías.

La alternativa de nuestro tiempo se concreta entre el Estado carcelero, substancialmente aprisionado por sus propios prisioneros, y el Estado libre, integralmente democrático, lo que importa la definitiva desaparición del Estado autoritario y la instauración de un Estado verdaderamente creador, efectivamente dinámico. En este dilema se debate el destino de la civilización: los fascismos demuestran que el dilema es fatal, o para los unos o para la otra.

* * *

La profundidad del fenómeno que toma el nombre político de fascismo estriba en la presencia de las masas. La superficialidad del orden fascista está en dar a un enorme hecho social una solución de técnica política. Salidos de una fermentación que si bien no era revolucionaria fué disolvente, esto es, de la inadaptabilidad a los viejos métodos y al viejo personal de gobiernos y de partidos, los duces y sus estados mayores, cuando estuvieron en condiciones para explotar en su provecho esa inadaptabilidad de las masas al viejo orden estatal, terminan en la aventura política. Esto quiere decir que resuelven el siguiente problema: "¿Desde el punto de vista estatal centralizado —"ejército permanente, policía, burocracia, clero, magistratura, órganos constituidos según un plan sistemático y jerárquico de división del trabajo", corporativismo—, cómo someter a las masas?" La solución de este problema no requiere ninguna genialidad porque los medios no necesitan ser inventados: allí están. Lo que los dictadores deben inventar cada día es el expediente demagógico y la medida política del momento. Lo que necesitan perseguir con toda decisión y brutalidad es la destrucción no tanto de todo vestigio "democrático", cuanto de toda independencia, de toda función autónoma, de toda libertad práctica y, por consiguiente, de toda real productividad. En suma, deben reducir toda relación social a convertirse en una relación directa con el Estado. Para los dictadores esto es

HECHOS E IDEAS

cuestión de vida o de muerte y ello lo saben muy bien: los países fascistas son los países del estancamiento, de la miseria y del aburrimiento.

* * *

Se ha dicho que los duces representan a las masas. Precisemos: esto significa que los fascismos representan la crisis del viejo Estado, híbrida mezcla de democracia y de tiranía creciente, de orden formal y de desorden profundo, lo que produce masas sin saber qué hacer con ellas: para contenerlas se ve obligado a emplear sistemas de orden aparente, policía y burocracia; para asimilarlas les propone una vieja estructura política perfectamente inadecuada, que, además, es aquélla de la cual las masas han salido, la que ha permitido el desencadenamiento de las fuerzas opresoras y que en lugar de un pueblo asociado ha creado un plebe en que el Estado ha perdido su forma y su autoridad. La famosa carencia del Estado radica en esto: es una carencia de democracia en el Estado, esto es, ausencia de parte de éste, de la capacidad para dar lugar a las masas, estimular en ellas la vitalidad, potenciarlas de verdad y no someterlas, o abandonarlas a sí mismas, que es exactamente lo mismo.

* * *

Para comprender el mecanismo del equívoco en que se han engolfado las naciones fascistas y toda la enormidad y, por lo tanto, el irreparable salto en el vacío que significa, es necesario una vez más remontarse a condiciones que no son propias de los países fascistizados, sino comunes a todos los países de Europa.

Todos los países que participaron más o menos profundamente en la experiencia socialista de la pre-guerra y que experimentaron la sensación de insuficiencia del socialismo ortodoxo al igual del método "democrático", muy difundido mucho antes del 1914; todos aquellos países que luego han pasado a través de las conmociones de la guerra y de la paz, tenían en sí motivos de gravísimas crisis. La separación absoluta entre la realidad vivida y las formas y los órdenes proclamados por Congresos y gobernantes entre los años 1920 y 1922, todo lo cual llevaba su buena etiqueta democrática; todo esto, pues, hizo que ante los ojos de la masa, la democracia pareciera no sólo como un sistema discutible sino decididamente una estafa garantizada por sonoras palabras.

Una paz que de inmediato fué reconocida absurda por todos, menos por los responsables y, por aquéllos a quienes beneficiaba, y sobre la cual hubiera tenido que fundarse la "Sociedad de las Naciones": una economía vuelta en la que se quería injertar malamente proyectos de unión europea; una enorme crisis moral que hubiera debido "volver al orden" cuando había desaparecido toda base de orden, produjo en tales condiciones que los esfuerzos de buena voluntad se desacreditaran, apareciendo como una hipocresía o sueños de dementes, pues, en el momento en que necesitaban reunir a su alrededor la voluntad de los poderosos no tenían sino el asentimiento formal de inmediato neutralizado por las más meticulosas reservas de hecho. Hubieran tenido que atacar los males de raíz y acababan en una desengañada búsqueda del mal menor, esto es, en el compromiso permanente.

Todo era favorable al juego de los partidos revolucionarios si no hubiesen estado dominados por fórmulas dogmáticas u obsesionados por el éxito,

HECHOS E IDEAS

que había correspondido a cierta táctica en una determinada situación, si hubieran afrontado sin prejuicios, decididos, capaces de dominar la fermentación caótica de las masas con ideas y objetivos lúcidamente extraídos de la realidad de las cosas. Los partidos revolucionarios quedaron desconcertados más que fortalecidos por el gran acontecimiento de la revolución rusa: unos encandilados por el éxito, otros asustados y desilusionados, sin tener en cuenta las debilidades íntimas y el proceso de descomposición ya en marcha. Entre una clase dominante inepta, y por eso mismo opresora y los partidos revolucionarios anquilosados en uno u otro sentido, la fermentación de la masa quedó abandonada a sí misma, sin forma, fácil presa del primer advenedizo: en estado de confusión.

La genialidad de los duces consiste en colocarse decididamente a la cabeza de este estado de confusión. Ellos han participado en las experiencias sufridas por las masas en la guerra y en la post-guerra mucho más inmediatamente que los políticos oficiales. Y de ahí han extraído no ideas, sino reacciones muy netas. Ante todo el resentimiento de las masas contra los politiqueros por un lado y contra los partidos revolucionarios por el otro. Esto lo utilizan cual si fuera un instinto, y el instinto aparece junto: ni unos ni otros resisten el choque. Pero ese mismo instinto impulsa a los duces hacia el poder o para conservarlo, buscando apoyos y, por consiguiente, a soportar influencias de todas partes. De tal suerte todos aquéllos que ven en la acción de los duces su beneficio adquieren voz en capítulo. Merced a esta corrupción, los duces triunfan.

* * *

La contradicción de los fascismos consiste en aniquilar las tambaleantes estructuras de la vieja sociedad para impedir que surja la nueva. Contradicción que solamente se sostiene sobre el plano de la fuerza: del puro formalismo estatal. En la práctica, la presión de la masa, aunque reducida a peso bruto de miseria, de perdición, de búsqueda confusa de un camino de salida cualquiera ante la intolerable situación, determina la política de los dictadores en el sentido de la multiplicación de los contralores y de la acumulación de los expedientes económico-políticos. Someter a las masas en nombre del Estado, en la realidad quiere decir empujar todo: masas, sociedad, Estado y beneficios de éste, en un callejón sin salida. Ciertamente esto significa miseria y degradación para los de abajo, pero obliga al Estado, a quien lo detenta, y a quien lo utiliza, a gastos enormes no solamente de riquezas sino de todo patrimonio social. Totalitaria es también la degradación. La casa es demolida para alimentar la última hoguera. La irrupción de las masas corroe de hecho no solamente a la vieja sociedad que para alejar las ruinas se ve obligada a alimentar la hoguera con sus últimos recursos, sino que es natural que apriete el mismo colosal Estado totalitario contra el muro con una presión tan continua que prácticamente ya no puede contar más que con los progresos del caos mundial: ("o del fascismo en el mundo" que es lo mismo) con el desencadenamiento de guerras y con la catástrofe general. Su última carta es la de Sansón. La jugará.

El fascismo se introduce en el equívoco como el zorro en el gallinero. La conquista del Estado, golpe genial de los dictadores, es la trampa del fascismo. Entre los aplausos generales de la masa que espera lo "nuevo" y el aplauso satisfecho de quienes desean ser salvados, los dictadores y sus secuaces conquis-

HECHOS E IDEAS

tan el Estado como un grupo de aventureros especularían con un Banco en trance de bancarrota: asegurándose (a la baja) las mayorías de las acciones y luego reformando los estatutos para quedar dueños del directorio. Pero los negocios y los clientes del Banco permanecen siendo los de antes, y también las empresas sobre las que se apoyan, y las "holding", con las cuales está empeñado son las mismas. Pueden jactarse de haber hecho la revolución, pero deben marchar sobre aquellos rieles. Al conquistar el Estado, las oligarquías fascistas caen en la trampa del mundo moderno en el cual las ramas del Estado no son sino las últimas terminaciones quedando así de hecho separadas de la masa de sus secuaces cuya fermentación genuina ahora tienen que engañar y sistematizar con la leyenda que "los objetivos han sido alcanzados" o que se alcanzarán con sucesivos "avances". Según los países y las situaciones, se llega así al 30 de junio o a los esporádicos disentimientos y a las "latentes tendencias" en el seno de las jerarquías. Sin embargo, la inequívoca "autoridad del Estado" acaba por tener siempre razón en estos equívocos. Los secuaces de la primera hora no saben más que los jefes acerca de "los objetivos de la revolución"; están satisfechos con el aparato de fuerza, con la manumisión de la vida pública, con la destrucción de los viejos grupos dirigentes y de los "subversivos" y encuentran, más o menos, su lugar o el desahogo de algunas cualidades de temperamento.

En el régimen fascista los que están verdaderamente oprimidos no son ni los vencidos, demasiado convictos de ineptitud para disponer de otros recursos que no sean la resignación y la colaboración de buena o mala fe, ni son los que siguen alimentando los viejos ideales en las viejas formas, los que también se adaptan o se resignan; no son tampoco las "clases medias", las que con el fascismo ven la derrota de sus "ideales", la disolución efectiva de su fisonomía de clase pero también destruidos los últimos sostenes de su debilidad. En el régimen fascista los verdaderamente oprimidos son las masas, el pueblo de los trabajadores, y todas las energías jóvenes, aquéllas que con la terminación de los viejos equívocos hubieran tenido que ser liberales y, en cambio, están esclavizadas tras la comedia de las "palabras de orden" que nada tienen de común con el mundo de antes, las energías jóvenes a las que habría que ofrecerle la posibilidad de reconstruirse y rehacer un mundo de acuerdo con sus aspiraciones. En cambio se le ofrecen "concursos para las administraciones del Estado". Para estas masas y para aquéllos que tienen con ella solidaridad efectiva, el fascismo es una opresión real. Pues solamente allí se revela integralmente su carácter de represión del porvenir. Todas las demás historias: conflictos con la iglesia, con los plutócratas, hostilidades entre jefes, disputas corporativas, tentativas de conciliación hacia derecha o hacia izquierda, son chismes locales sin ningún valor.

* * *

Lo que antecede permite medir la falacia del razonamiento típicamente fascista, el que alborota las plazas en varias formas y en distintos países, pero que substancialmente es siempre lo mismo: el cliché de la "debilidad" del Estado democrático y de la necesidad del "Estado fuerte". Sofisma denunciado con toda precisión por Willy Schlamm en los "Europäische Hefte", a propósito de Francia y de las tentativas autoritarias que allí se fomentan: "el asunto Staviskey ha tenido el mérito de poner en descubierto el hecho que en Francia los problemas decisivos se debaten en los subterráneos de la burocracia estatal. Ca-

HECHOS E IDEAS

da empleado de administración del Estado es una especie de rey soberano que puede abusar a su talante de su omnipotencia, por lo mismo que es una omnipotencia y queda fuera del contralor democrático de la opinión pública. Es la vieja historia: cuando un aparato democrático obra sin contralores, fatalmente florecen la corrupción y el abuso. Si el pueblo francés fuera dueño de adoptar decisiones razonables, el asunto Stavisky debería conducir a la lógica consecuencia de la limitación de los poderes del ejecutivo. Pero el pueblo francés no es ni dueño de sí mismo ni tampoco árbitro de sus decisiones más que cualquiera de los otros pueblos. Y acerca de esto no hay duda alguna. Cualquier gobierno consciente de su poder puede imponerle la renuncia a un buen pedazo de libertad, y además hacerle creer que "así lo exige la voluntad popular". Estos juegos de habilidad tienen éxito solamente si cuentan con una debilidad mental llegada al extremo límite de la repugnancia. Debe destacarse, sin embargo, con toda energía que a tal extrema degradación no es el pueblo quien llega, no es la gente verdadera y viviente la que está fuera de cuestión y a la que no se sabría cómo llamar a emitir su opinión; quien llega a esto es una camarilla de logreros, esta, sí es auténtica plebe, definitivamente incapaz de razonar por haberla vendido o perdido debido a su deformación profesional: periodistas, politicantes, burócratas, profesores de economía, de "ciencias políticas", y también de filosofía, en busca de una fructífera colocación de sus "teorías". Después de tanto hablar de las masas, es hora de afirmar que la verdadera masa, los verdaderos degradados y degradadores del mundo moderno, hay que buscarlos en esta escoria que también se llama "clase dirigente".

Con la conquista del Estado el fascismo cae presa natural de estas fuerzas sin ley. La política termina siendo una técnica de gobierno, y la ley fenece en las órdenes del día, en las "instrucciones" a los jefes y a los notables; en las "interpretaciones" de la voluntad (presumible y presunto) del duce. El Estado termina siendo un gran barracón cuya alma es la policía, cuyos servicios están asegurados por empleados técnicos, y en donde la vida sucumbe bajo el peso de los intereses constituídos, del dinero y la tradición, en lucha sorda para conquistar lo más posible y perder lo menos que se puede. La paradoja (por lo demás solamente aparente), es que semejante transformación no podía obrarse más que por una voluntad disolvente y sobre una situación revolucionaria sin equívocos. Esta voluntad disolvente, verdaderamente atea, que no cree en nada y, por lo tanto, dispuesta a pactar con todos, saturada de rencores que proporcionan la energía para simplificar todo (esto es, desnudar todo), y no aclarar nada, por lo que Mussolini pasará a la historia como el ejemplo del tirano moderno. Si el instinto físico de conservación y esto, y nada más, es el instinto político de Mussolini, el que responde tan bien al instinto secular de la sociedad italiana exasperada por la sensación de hallarse en un callejón sin salida en que ambos se han colocado, si este instinto pues en Italia llega a dar a aquella disolución total, la apariencia del estancamiento total, en Alemania el hitlerismo revela la disolución a plena luz: allí la disolución fascista es abiertamente la convulsión tetánica.

* * *

Los dictadores no representan los intereses de las clases dominantes, sino que los realizan; y esto no porque se propongan específicamente defender la

HECHOS E IDEAS

burguesía, la iglesia o el capitalismo, sino porque una vez conquistado el Estado no pueden hacer de otra manera. Terminan colocados en un mundo y sobre un terreno, dominados por determinadas fuerzas concretas con las cuales han tenido que pactar para conseguir el poder y cuyo apoyo material necesitan para mantenerse. De ahí que se encuentren obligados por la cruda y desnuda necesidad política, no sólo a soportar el peso y el imperio de aquellas fuerzas, sino que deben reconocerlas como tales, embalsamarlas en el museo de Estado y potenciarlas. Allí radica la contradicción mortal del fascismo, obligado a potenciar hasta la misma monarquía, lo que debe hacer de la única manera posible: asegurándole un lugarcito estable en el orden corporativo sin creer para nada en ella. Esto prueba que por un lado la padece en el sentido exacto de la palabra, y, por el otro, evita el hecho que ella representa jugando abiertamente con cartas muy distintas. Igualmente ocurre con la iglesia, la que ofrece a la dictadura el indispensable sostén del "orden moral", recibiendo, en cambio, ventajas materiales, se convierte en uno de los "órganos técnicos" del Estado sin que haya en esto más que un comercio de ayuda mutua, esto es, existiendo de parte del dictador una cuidadosa reserva para emplear motivos (guerra, potencia, Fuerza, Divinidad del Estado) que no están precisamente contenidos en los cuadros del "orden moral" católico. He ahí los motivos en los cuales reposa el prestigio personal del dictador, y al mismo tiempo la función (de primera necesidad), de mantener encendida la eferescencia de cierta masa; aquella masa sobre la cual el Duce debe contar en los momentos críticos para desencadenarla contra éste o aquél, pues, en último análisis, es su fuerza de base.

Pero la política del dictador se sostiene con los mercados de entretelones. El doble juego continuo es el talento particular de Mussolini. Y es este doble juego lo que precisamente socava los puntales en los que se apoya. Especula sobre la monarquía y la ridiculiza, especula sobre la "moral católica" y no le importa nada, se apoya en la burguesía y la reduce a un hecho. Naturalmente, con la vejez se va convirtiendo más cuidadoso con los puntales: pero esto es otra cosa: con esto los puntales no se fortalecen.

* * *

Más característica aún es la técnica empleada por los fascismos para con la verdaderas fuerzas del orden actual: la fuerza material. Los fascismos no reconocen ni el capitalismo ni la libre concurrencia: reconocen con el dinero y las "exigencias de la producción". Comienzan a reconocer el dinero cuando tienen que organizar la toma del poder: los millones de los industriales y terratenientes a Mussolini, los millones de la industria pesada a Hitler. Continúan con el Osthilfe, la supresión de las investigaciones sobre los tiburones de la guerra, la supresión del impuesto a las sucesiones en Italia, etc. Toman millones y devuelven favores de la misma manera como toman curas, rey, generales y devuelven palabras: con absoluta desenvoltura pero también con suprema inconciencia. Todo en nombre de la patria. Como si nada fuera, como si después de todo esto permanecieran perfectamente libres de hacer todo y solamente aquello que mandara el "supremo bien de la Nación"; a lo mejor el comunismo. Surgidos con programas subversivos, llegan al poder como restauradores del orden y del "honor nacional". No importa: la libertad revolucionaria no tiene límites. Comprometidos de hecho nunca se confiesan compro-

HECHOS E IDEAS

metidos de derecho. Las fuerzas materiales, los plutócratas, los generales, los intereses consolidados, he aquí quienes abren a los fascismos los caminos del poder material. Pero los fascismos son acentuadamente espiritualistas: cada vez más espiritualistas, como justamente lo está poniendo de relieve el periodista Mussolini. Esto tiene un sentido preciso: significa por ejemplo que después de haber reconocido como "fuerza productiva" que hay que "potenciar", (a cuyo predominio no es posible escapar), a los industriales, a banqueros, y a eminentes personajes de la técnica de los negocios, al final, siempre sienten que no pueden aceptar el "espíritu" que los anima. Siente, lo más bien, que al igual que la iglesia y la monarquía, aquéllas son "fuerzas" en cuanto dan una ayuda, pero son también "cargas" en cuanto no sirven para fabricar "justificaciones" políticas actuales. Podríamos decir que reconocen la propiedad privada, pero evitan hablar del "derecho de propiedad". Por consiguiente, una vez más "potencian" de hecho "fuerzas" en que no creen, y favorecen causas que no defienden. La terminología fascista empero, es muy impropia: el capitalismo es potenciado por el fascismo en el sentido muy preciso que en cada una de las transacciones, o "acto de gobierno", prevalece matemáticamente el interés de aquellos dueños efectivos y "técnicos" de la vida económica. Esto no significa que el fascismo "restaure" el capitalismo. El capitalismo se deshace por una ley sobre la cual el dictador nada puede (por la simple razón que no ha encarado nunca el problema del capitalismo, sino el de una política económica) pero de la que se limita a registrar día tras día los efectos de la política.

No sería un sofisma sostener, que así como hace con todos los problemas graves, para los cuales se requieren decisiones concretas, así, frente al capitalismo, el fascismo adopta la táctica bastante anticuada del "dejar hacer", esto es, del padecimiento. El aporte original del fascismo a esta táctica es la mala conciencia: el sentimiento de que aquellas fuerzas no son defendibles. Sentimiento que se revela en las "palabras" que tiene que emplear. El hibridismo de la fraseología fascista ("social-nacionalismo", "fuerza del trabajo", "ir al pueblo") contiene el sentido de toda su política social: la cual consiste en ceder los hechos a quien tiene la fuerza y de adoptar las palabras de los partidos de izquierda.

"Palabras libres, hechos obligados" podría ser el lema del corporativismo y de la política fascista en general que en este sentido es política de absoluta libertad en todos los terrenos. En la práctica están comprometidos para siempre, y en la teoría están siempre dispuestos a cualquier metamorfosis. Juego hábil por lo confuso, pero por esta misma razón destructivo. Por lo que es astuta, por su correspondencia mecánica al fin que se propone, la técnica de Mussolini es tan pueril como la lógica del fascismo. La técnica de Mussolini asegura — por lo menos hasta el "diluvinio" — el apoyo de todos aquéllos que lo pueden sostener; la lógica del fascismo en cambio está en contra de los "principios" que lo sostienen pero ante la impotencia de librarse de la trampa de los intereses en que ha caído hasta la solidaridad. La astucia de Mussolini es salvadora y conservadora, la lógica del fascismo es disolvente y catastrófica. El conubio de aquella astucia con esta puerilidad engendra como es natural la más grande estafa del siglo. Pero así como ha sido un gran descubrimiento del fascismo aquéllo de que se puede gobernar con las palabras, otro mayor será aquéllo de que la palabra tiene un peso inevitable. Por un lado la emisión de cheques sin fondos es una operación que se torna con el tiempo cada vez más

HECHOS E IDEAS

difícil, y, por el otro, la política del pacto indefinido con un complejo insoluble de exigencias contradictorias, (1), no es una política, es un desgaste. Por debajo del desgaste se acumulan fuerzas explosivas que las palabras han fomentado pero que no se detienen con las palabras. La voz escapada a un periodista del régimen: "estamos viviendo sobre un polvorín", es una constatación de hecho. Al igual que los balances de una sociedad en bancarota, hábilmente disfrazados por contadores expertos, las cuentas del fascismo están bien solamente en el papel. Y estarán bien hasta tanto en el mundo se trate de expedientes de contabilidad y no de hechos reales, hasta tanto, bajo la presión que lo reduce a entidades ficticias, los individuos no comiencen a recordarse que son criaturas de carne y hueso.

* * *

El mito fascista de la nación es un mito de salvación. No obstante tener orígenes en el nacionalismo, nada tiene que ver con la idea de la Nación, depositaria de valores universales, ni con el sentimiento de la patria aunque en ambas cosas se haga juego para conseguir cierto producto de la exasperación. En la práctica, los fascismos al fijar arbitrariamente el sentido de acuerdo a un principio de "salud pública" llegan a la desintegración completa de la idea de Nación. Comienzan con las divisiones en "probos y réprobos", siguen eliminando todo un conjunto de motivos de solidaridad, arrojando como desperdicios los más concretos patrimonios de motivos ideales, razones morales y principios jurídicos, y terminan con la masa totalitaria sin formas que no tiene más motivos de cohesión que los comandos y el estado de necesidad y, por consiguiente, ninguna otra profunda razón de ser que la guerra futura. Éste es el sentido fatal del famoso "dinamismo" fascista, y es así, no por lo que habla, sino porque en la realidad de los hechos no puede ser de otra manera, porque un Estado sin freno sobre un pueblo oprimido, un estancamiento absoluto impuesto a la vida social bajo la especie de "disciplina", que envilece moral y materialmente al individuo y priva de todo fin a su actividad, la inercia, que es también aburrimiento mortal de una masa tecnicizada, no puede resolverse sino en la guerra o en la subversión. Resulta muy fácil evidenciar una de las contradicciones más patentes y la íntima falsedad del mito fascista de la Nación, con el hecho que, tomada la nación como algo cerrado y definido a lo que hay que aplicar cierto dinamismo de salvación, los dictadores buscan febrilmente la solución del entero problema fuera de los límites de la nación, en una "expansión" material groseramente entendida, que es, precisamente, lo que no solamente es prácticamente imposible sino que también no resuelve absolutamente nada en un mundo en que ya no se trata de conquistar tierras y plantar banderas. Mussolini va a la guerra no porque le encante el "canto de

(1) Advertirse que los intereses sometidos a la política fascista no son solamente aquéllos que están organizados en grande, y que se llaman Iglesia Católica, Monarquía, Capitalismo, Burguesía, Ejército y tampoco aquellos clasificados en 22 corporaciones. En particular las corporaciones no son sino una clasificación burocrática útil al Estado como son útiles el Registro Civil y los Archivos policiales. Debajo de las clasificaciones pululan fuerzas y hechos cada vez más desnudos: situaciones personales, locales, coyunturas de toda clase, que hay que reducir cada momento al mínimo común denominador de los intereses del Estado, esto es, a la oportunidad política del momento mismo. Más se agrava la situación, más la vieja sociedad y su estructura se descomponen, más —como dicen— "el Estado se fortalece, más la formación aumenta y se vuelve inorgánica. El potenciamiento de la Nación es realmente el potenciamiento de la confusión.

HECHOS E IDEAS

las ametralladoras", y porque le entusiasme el "clarín intrépido", sino porque todas las otras posibilidades le están cerradas y no posee otra política por delante que la de la "potencia": industria de guerra y disciplina. Lo mismo hace, con más seriedad, Hitler. Esto no significa profunda voluntad de guerra en ellos: en el fondo, por una serie de muy buenas razones, el hecho preciso y terrible de una guerra los asusta y los inquieta; pero significa la necesidad en que están de buscar fatalmente en el sentido de la guerra la solución de un problema nacional que ellos han planteado en términos demasiados desesperantes para que no tornen cada día aún más desesperados.

Frente al caos mundial que ha dejado de ser un expresión periodística, los fascismos hacen algo que se parecería al fraccionamiento cartesiano de los problemas, cuando no a la falsificación integral de aquél método: circunscriben el problema rigidamente en los términos de una nación. Si los fascismos se justifican, o al menos se explican, lo hacen apoyándose sobre el hecho que la economía capitalista y los gobiernos, que la impotencia de una para soportar un orden social y la incapacidad de la otra para querer de hecho una Europa, esto es, la solución efectiva de los problemas de todos los países europeos, habían colocado entre otros a Alemania e Italia en una condición insostenible. De ahí, la rebelión de los fascismos contra Europa en nombre de la Nación. Pero es precisamente en nombre de la nación que Europa no llega a fundar su existencia, es en nombre de la nación que se está haciendo desesperante materialmente la vida de las naciones. Por la razón elemental que con este punto de vista no hay posibilidad de dominar el conjunto de causas y fuerzas en juego. Y es éste, precisamente, el punto de vista que el fascismo elige, con el brillante resultado de compartir fraternalmente con los diplomáticos y ministros "democráticos" una común impotencia. Es típico de los dictadores que iniciando su carrera como "paladines de la justicia" terminan doblegados ante el juego de las potencias conservadoras, esto es, el juego de aquellos egoísmos cerrados que, cristalizando la vida de los pueblos en una viejísima política de ficciones protectoras de intereses ciegos, conducen a la catástrofe a través de la inconciencia. La analogía con la política interna es perfecta. Están obligados a marcar el paso pero por el hecho mismo de su presencia, los dictadores, oponiendo nación contra nación, no dejan nunca de obrar activamente en el sentido de la ruina común. Todo este estado de cosas obliga a hablar siempre más, o mejor dicho, a emplear perífrasis que son ficciones para evitar el contacto con realidades cada vez más ardientes mientras que aumenta el automatismo general y prepara en un sentido o en otro, enormes explosiones.

El mito fascista de la Nación representa la desnuda lógica de esta condición de cosas y cuanto más desnuda, más verdadera, y expresa la realidad de los hechos "in vitro", sin equívocos y, al final, sirve a la causa de la justicia mejor que los púdicos velos tradicionales. Y más mérito aún tendría esta lógica si no terminara grotescamente envuelta en las cortinas de humo de sus acostumbradas mentiras e hipocresías. Pero no se puede pedir tanto.

* * *

En la realidad los dictadores son capaces para resolver sobre el plano internacional los problemas de los países sobre los cuales se instalan por el hecho mismo de que son incapaces de resolverlos en el terreno anterior. Porque, de la misma manera que conquistan al Estado, y caen aprisionados por la fuerza

HECHOS E IDEAS

que los domina, del mismo modo conquistan a la Nación y se enredan en las posibilidades que han conducido a la Nación en un callejón sin salida: y sobre todo sucumben ante las fuerzas que dominan a las Naciones. No pueden resolver, sino solamente exasperar, y por lo tanto, disolver. Pues ellos no pueden transformar, subvenir. Su experiencia es nula para la vida social y para la comunidad de las Naciones: en uno como en otro terreno, alcanzan el único resultado de acelerar el ritmo de la crisis y de sucumbir a las "fuerzas mayores".

El método de los dictadores puede definirse objetivamente sin pasión "método de preparación de la guerra" con mucha más precisión y seguridad que cuando se decía por ejemplo, que los gobiernos franceses preparaban la "revancha", o que Guillermo II preparaba la conflagración europea. El método fascista implica la guerra, no contra éste o aquél enemigo "hereditario" (aunque en el caso de Hitler las probabilidades tiendan a un choque con Francia), no a plazo fijo, (la imagen de Alemania que se arma secretamente para lanzarse sobre el odiado enemigo apenas esté listo, es bastante pueril), pero como alternativa continua e indeterminada, como ley de su movimiento. La "Nación" armada, militarista, "guerrera", no es solamente como ha dicho Mussolini "el otro aspecto del sistema corporativo": es el resorte esencial que expresa el impulso profundo que los dominadores padecen más que seguirlo lucidamente. La dialéctica que conduce desde el vago "interés de la Nación" al grosero pragmatismo de la potencia, o de esta "potencia" al choque armado con alguien, en circunstancias, combinaciones de fuerzas y para fines imprevisibles e indeterminados (es cuestión de "oportunidad"), es una dialéctica fatal, más fuerte que la voluntad misma de los dictadores. Ellos tendrán sus preferencias por la "guerra" de los pantanos Pontinos, por el "servicio del trabajo", o por algún más o menos "plan de edificación", pero en la práctica tampoco estas ocupaciones normales tienen otro sentido que no esté en relación con aquel mito de potencia y de choque, no tienen otro sentido que de preparativos de guerra: si no se convierten preciosamente en ocupaciones normales, esto es, pierden el sentido que, en cambio, el régimen fascista tiene necesidad de darles porque tan solo sobre la imposición de una orientación no elevada ni moral ni espiritual, sino deforme y simplemente anormal, dada a los asuntos ordinarios, puede substanciarse la política de la desesperación inerte también llamada dinamismo.

No son hipocresías, sino más bien engaños momentáneos del dictador mismo sobre el sentido de su propia acción, los elogios de las acciones de paz a que de vez en cuando se deja arrastrar. Es la nostalgia del hombre arrastrado en una dirección inflexible y que quisiera conservar la ilusión de no sentirse comprometido sin salvación, la ilusión, de tener abierta la elección de otro camino, la ilusión de ser todavía libre. Por este mito o espejismo de la potencia, los modernos tiranos se remontan a Nietzsche. Comprensible snobismo. Pero, en buena prosa, la historia de la potencia dice que todo problema de convivencia se resuelve en una cuestión de fuerza, en la comunidad nacional y en la internacional. Muchos sofismas son posibles sobre el "concepto de fuerza", es lo más claro posible: descomposición y luego destrucción.

El fascismo es esta muerte en fealdad.



No revivirá la Argentina de los oligarcas

Por ALFREDO ACOSTÁ

Reprochan los conservadores a los radicales de haber sido perseguidores de la libertad. Esa imputación, partiendo de los labios de quienes jamás la respetaron y dirigida precisamente a los que fueron siempre las víctimas de esa irrespetuosidad, produce la sensación de Mesalina reprochando a Catón su mirar lascivo.

Y después de proclamarse paladines de la libertad, agregan: "que los radicales no pasarán cueste lo que cueste". Pero, entonces, ¿qué libertad defienden? La libertad de ser los opresores de los pueblos y los oligarcas de su economía y de sus finanzas. A esa amenaza que importa un osado desafío al régimen democrático de la República, podría contestarse que los radicales no se opondrán, porque son respetuosos de la libertad, a que en lucha abierta, limpia y libre pasen sus adversarios; pero que ellos también pasarán, como pasaron siempre por encima de todas las violencias y al través de todas las Bastillas y de todas las iniquidades; portadores de ideologías de justicia, de libertad y de humanidad.

Porque, si se hiciera dolorosamente necesario, porque se cierra indebidamente el paso, reproducir las llamaradas que le quemaban la cara a Pellegrini, han de encontrarse gestos en las nuevas generaciones argentinas que hagan honor a los tiempos heroicos del Radicalismo, cuando sacrificarse en defensa de la dignidad nacional era blasón glorioso que se disputaban los héroes de la libertad. Pensar lo contrario sería blasfemar de la altivez argentina, confesar que en nuestro pueblo se acabaron los ciudadanos de esos tiempos, y que sólo quedan piltrafas de argentinos, siervos que se encorvan, pero no varones sobrados de altiveces que se rompen pero que no se doblan, como los cívicos de estirpe radical. Y entonces, para no vivir con la cara quemada por los ardores de la vergüenza, tendrían los viejos radicales de aquellos tiempos que apelar al ejemplo de Catón, partiéndose el corazón para no asistir a los funerales de la Democracia.

EL ESPIRITU DE LA
REVOLUCION

¿Que por qué no imploramos paso libre al sumo pontífice del gobierno, así como otros le imploran que lo cierre? Jamás nos rebajaremos a implorar un derecho que se nos debe. Y fuerza será que ese derecho se reconozca, o que vuelva

HECHOS E IDEAS

el Parque a inmortalizar protesta. ¿Que del 90 al 35 hay mucha distancia? ¿Que Juárez ya no existe? Más distaba la Revolución Francesa de Napoleón III, y Luis XVI tampoco ya existía, y, sin embargo, el espíritu siempre viviente de la Revolución le arrancó la corona como ochenta años atrás se la había arrancado a Luis XVI. La Revolución del 90 no fué contra Juárez, sino contra el sistema que éste representaba en el gobierno. Si el sistema se repone, el espíritu de la Revolución también renace. El nos inspira en la vía de paz que ensayamos, y nos inspirará en la del sacrificio si a tanto nos obligase la terquedad en reponer un régimen que es abominable, ignominia que el pueblo no puede, no debe ni quiere tolerar.

La farsa democrática de ese régimen a la que el Radicalismo puso término en 1916, ha vuelto a ser reproducida después del año 30 con todas las viejas virulencias que horrorizando a nuestros pueblos, despertaron, airada, la conciencia nacional. Los cañones del Parque fueron los pulmones respirando el fuego de esa conciencia abrasada por la más santa indignación. Esa farsa fué sancionada como régimen legal el año 31 en ocasión de la batalla electoral de Buenos Aires, cuando viéndose a la víctima indefensa y mutilada se la desafió al comicio, al que acude, sangrando todavía, para salir triunfante, porque aún así, sangrando, le sobaban altiveces y coraje para defender la libertad!

NO SE PUEDE FULMINAR LA IDEA

Aquel emocionante triunfo, palpitación pujante de alma de pueblo afligido que ve en peligro sus instituciones que ama más que a la propia vida, fué fulminado por el tirano. ¡Pero el tirano no pudo fulminar esa alma! Con esta iniquidad, es cierto, se pudo dominar a un pueblo poniéndole la bayoneta al pecho. Pero con ella, ni con más de ella, no han podido dominar su espíritu. Y tendrán que vivir con el hacha en la mano, como lo están haciendo, si no quieren que ese espíritu se yerga y los aplaste, como lo hizo, apenas la dictadura le dejó la puerta franca, en aquel memorable plebiscito que el tirano degolló. ¡Este fué el parto del cuartelazo de setiembre, de cuyo rojo vientre sale un monstruo que se traga las urnas con los votos del pueblo, sin que hubiera justicia que castigue a ese ladrón!

Aquel úkase de proscripción del sufragio libre, en el que el dictador aparecía en la denigrante postura de matarife de la soberanía popular, fué el auto de excomunión de la obra radical, la condenación de sus conquististas sociales, el caldoso alzado contra la libertad y el cartel de ignominia pegado en la frente de la Democracia!

En ese cartel, parodiando la frase del general Mansilla referida a la conscripción militar, de que aquí sólo las mujeres pobres paren, en éste se decía: aquí sólo los hombres pobres votan. ¿A qué pobres se refería? ¡A los hombres pobres de vergüenza cívica! ¡Y fué con el voto de estos profanadores del decoro democrático, que prefieren la materialidad de las figuraciones públicas a la dignidad de las mismas, que la dictadura retorna violentamente el pasado afrentoso al gobierno del país, con todos sus métodos de barbarie, y nos entrega de nuevo a la vergüenza del mundo! ¡Rosas no hizo más para ganarse la maldición de su pueblo!

Y para excusar el inaudito atentado a las instituciones, sostiénese que el Radicalismo representa la gauchocracia, que es peligrosa y repulsiva. Sin aceptar

HECHOS E IDEAS

el supuesto, nosotros decimos, apoyados en los hechos vergonzosos que lo evidencian, que el Conservadorismo representa la crimonolocracia, que es más peligrosa y repulsiva, porque además de infamante es criminal. La verdad es otra. El atentado no obedeció al peligro de que el pueblo soberano, sano y consciente de su dignidad, se opondría al asalto del absolutismo oligárquico y del privilegio económico, soberanía que se sigue oprimiendo porque amenaza reivindicar las posesiones usurpadas por el fraude y la violencia. Pero, con todo, sin dejar de admitir que el temor a la demagogia pueda ser un factor de prevención contra la democracia, que entre sus buenas cualidades también esta mala tiene en potencia, como la tienen todos los sistemas políticos, no por eso dejaría de decir que cuando se predica el sacrificio del sufragio popular que educa, eleva y estimula al ciudadano poniéndole a su alcance las más altas dignidades públicas con tal que las merezca por su moralidad y capacidad, no se piensa que a cambio de tanta dignidad sacrificada a un vago temor inherente a todo lo que es humano, sólo se recibe el espaldarazo del despotismo que envilece a todos, porque a todos los rebaja a siervos!

USURPACION Y GUERRA CIVIL

Para conjurar la afrenta de esa servidumbre a que se nos quiere someter, y retemplados en la fragua del dolor a que nos condenó nuestra altiva rebeldía, nos hemos convocado para impedir una nueva usurpación de los poderes públicos, usurpación que entronando mandones y no legítimos gobernantes abriría las puertas a los horrores de la guerra civil.

Esa perseguida usurpación, cuya audaz amenaza bien la denuncia la trampa electoral que en forma de ley se ha construido en la provincia de Buenos Aires, es signo evidente de corrupción del sentimiento democrático, y esa corrupción fué siempre el anticipo del rugido del despotismo. En ese clima floreció el bochorno nacional del Unicato Juarista que nos obligó a la protesta armada; y en ese clima se está hoy gestando un nuevo Unicato que pronto veremos florecer, si la masa del pueblo sano que se mantiene apartada de ese horno de vergüenzas cívicas no reacciona a tiempo para impedirlo, desangrándose, si es necesario, para salvar la dignidad nacional.

Porque en esa indecorosa reforma electoral de Buenos Aires, hecha a propósito para detener el avance de la Unión Cívica Radical, se está provocando y desafiando las iras populares. No más torpemente las provocó el Juarismo... ¡y El Parque se incendió!

¿Qué ocurrirá ahora? No podría anticiparse un juicio seguro. Pero sí decirse, auscultándose la Historia, que cuando la opresión se excede hasta hacerse intolerable, se producen rugidos del lado de las víctimas contestando al rugido que parte del lado de los victimarios; que cuando la Libertad oprimida ruge, saltan chorros de sangre, y puede llegar, en sus excesos, hasta cortar cabezas; como, cuando ruge el despotismo opresor, burbujan a flor de aire los crímenes y los estragos, y puede llegar, en sus morbosas convulsiones, hasta el paroxismo de la barbarie primitiva que reaparece la bestia humana que no respeta ni a la madre, como en los tiempos del cavernario Nerón. El rugido de la Libertad pudo llegar hasta el fusilamiento de Liniers. El rugido del despotismo hasta el despacioso serruchamiento del cuello de Marco Avellaneda.

El soplo violento del inicuo atentado del gobierno de Buenos Aires a la libertad electoral, como el arbitrario decreto de Luis XVI burlando al pueblo

HECHOS E IDEAS

representado por la Asamblea Nacional francesa, aquellos dos climas van a poner en movimiento. Allá, en Francia, la Libertad perdió su sangre, pero el despotismo perdió la corona y la cabeza.

Y así se ha visto que a medida que noviembre se aproximaba, se iba también aproximando la fiebre de fraudulencia para adueñarse de la elección provincial, la fiebre persecutoria para escamotear la elección nacional, y juntamente con esta aparecerán los Cora y las víctimas de los Cora. Y entonces la interrogación del senador Laurecena sobre si Bordabehere sería la última o la primera víctima tendrá su contestación, el país nuevos bochornos y el Poder Central, cómplice silencioso de estos atentados al honor de la Nación, tendrá su anatema definitivo, como lo tuvo aquel monarca fusilador del pueblo en la noche de San Bartolomé.

AGUA LUSTRAL NECESITAN LOS USURPADORES

Poco cabe esperar de la paz después de haberse visto cómo una tribuna levantada en Córdoba con ocasión de rendirse homenaje a un ilustre argentino, ha podido servir para llamar voluntad nacional a la fuerza bruta que impuso la abstención electoral a la Unión Cívica Radical; cómo ha podido servir para lanzar inmerecidas ofensas sobre una poderosa agrupación cívica, como si interesase ofrecerla de víctima a la voracidad de los oligarcas, agresión que considerada, como lo habría sido, irreflexiva e injusta en la boca de un colegial, ha sido esta vez, partiendo de donde partió, la expresión despótica de un anatema lanzado al pueblo que se odia porque no ha consentido doblarse ante los poderes usurpados.

Ese pueblo no necesita agua lustral. La necesitan los usurpadores de sus derechos. Estos carecen de autoridad moral para poner en la picota a la Unión Cívica Radical, la que después de sufrir el despojo de sus derechos cívicos tiene que soportar, todavía, la vileza del insulto. ¡Qué bien habría resonado en ese momento aquel sublime apóstrofe del convencional francés gritándoles, indignado, a los que sobre ser injustos se mostraban crueles con los girondinos: cuando los sacrificadores antiguos llevaban sus víctimas al altar las coronaban de flores y cintillas. . . , ¡cobardes!, pero no las insultaban!

Entretanto, pensemos que la obra de salvamento de las instituciones así amenazadas, confiada por el pueblo a la Unión Cívica Radical, única estrella que hoy brilla en el cielo oscurecido de la Patria, no ha de ser cumplida si no sabemos manejar el arma limpia y poderosa que fué el secreto de su persistencia en la vida cívica argentina al través de todos sus desgarramientos y de todos sus calvarios. Fué la abnegada consagración a la obra reparadora, el sacrificio de todo interés al principio de la defensa de las instituciones avasalladas, el desdén de toda figuración que no aportara dignidad, la repulsa de toda emulación que no fuera la superior de distinguirse en el servicio abnegado de la causa redentora, sacrificándose amistades, ahogándose resentimientos y llegándose hasta estrechar manos no queridas porque esas manos también defendían la dignidad nacional.

Fué ese superior espíritu de sacrificio, esa alta comprensión de la obra a realizar, esos nobilísimos renunciamientos a todo lo que no fuera coincidente con la elevación del ideal perseguido, lo que le permitió a la Unión Cívica Radical sobrevivirse a todos los desgarramientos, a todas las persecuciones y a todos los infortunios, y lo que le prestó fuerza casi sobrenatural para renacer, engrandecida, del fondo mismo de los desastres. Descuartizada el año 30 por el furor

HECHOS E IDEAS

de la dictadura, ¿no se le vió renacer, con asombro de todos y estupor del despotismo, no se le vió renacer del fondo mismo de las cárceles y aún humeantes los antros de los bárbaros suplicios, no se le vió renacer, entera y triunfante, marcando una fecha para siempre gloriosa, el 5 de abril del 31? Fué del manantial inagotable de sus abnegaciones cívicas de donde sacó fuerza para realizar milagro semejante, cuando parecía que estaba agonizando... y más próxima a morir que a manejar la piedra de David contra el gigante!

Es que, beber el vinagre del despotismo para transformarlo en el crisol de sus virtudes cívicas y devolverlo a la atmósfera social convertido en aroma de libertad, esa ha sido la excelsa virtud de la Unión Cívica Radical, y esa será su grandeza en la historia. Es por eso que la trayectoria de esta gran fuerza espiritual, nacida del fondo de un inmenso dolor colectivo y a la que ningún despotismo pudo jamás dominar, está toda entera iluminada con resplandores de amarguras, de cautiverios y de exilios, a la vez que santificada con la sangre de sus héroes y sublimada con el martirio de su apóstol, al que sólo le faltaba el óleo de esa palma para ascender por fin triunfante a la consagración y a la gloria!

LA ISLA DE MARTIN GARCIA SE HIZO INMORTAL

Con esa alta visión vamos unidos a la lucha, que no es por los hombres que individualmente no nos interesan, sino para reparar los agravios inferidos a la democracia por la reacción de la violencia que la dictadura desató. Vamos unidos, como en sus últimos momentos lo recomendó aquel Titán de la democracia que por ser tan rebelde a los torpes dioses del despotismo como Prometeo a los crueles dioses del Olimpo, debió purgar, sepultado en un islote, como aquél entre peñascos, el bárbaro delito de ser rebelde a la marcación de siervo! Y rebeldes también nosotros a esa marcación, nunca imploramos ni hemos de implorar jamás cuartel a la violencia, ni como Pellico hemos de llorar amarguras, que cuantas más amarguras se recogen en la santa cruzada por una causa redentora, más se retemplan los espíritus y más resplandecen las doctrinas, y con más fulguraciones se remontan a la inmortalidad los creyentes que por ellas sufren, se sacrifican y mueren como Jesús sobre la cruz. Y es tanta la radiante fuerza de contagio de esos sacrificios, que hasta las cosas por ellos tocadas, como el madero del "nazareno", se immortalizan también. Y es así que se ha hecho inmortal la isla de Martín García, convertida en purgatorio de virtudes por la maldad de los delinquentes.

Estos sacrificios de la Unión Cívica Radical ha de recogerlos la Historia con sagrado respeto, consignando que los hizo en oposición a la confabulación de los intereses económicos del privilegio y del monopolio, que en consorcio con los intereses políticos de la vieja escuela están preparando el terreno, con el instrumento del fraude y de la violencia, para un mando de dictadura que asegure el predominio de esos intereses, como lo hicieron en los tiempos de Saavedra, obligando a Moreno a retirarse de la Junta, y como lo repitieron en los tiempos de Rosas, originando la horrible tiranía. Y ya se ha visto asomar sus emblemas en los escandalosos comicios de Corrientes, lanzas y enormes divisas coloradas que fueron el atavío de la mazorca.

Con esta persuasión, seguros de no hallar en los comicios urnas limpias ni tribunal decente, sino trampas, atropellos y calvarios, es decir, todos los instrumentos de la barbarie movidos por aquellos intereses, vamos prevenidos —

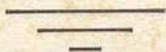
HECHOS E IDEAS

esto dicho sin tono de amenaza sino de convicción—, vamos prevenidos para romper esas trampas, no en la cabeza de los pobres que las custodien, sino en la frente de los indignos que las armaron; vamos prevenidos para repeler el atropello; porque si es necesario que la Nación arda para que la libertad no sucumba, que arda la Nación . . . pero que se salve la libertad! Y si nos tocan calvarios, afrontarlos con la serena placidez acostumbrada, porque santo, santo y glorioso es el Gólgota al que se sube cantando un himno a la dignidad nacional!

LA ARGENTINA NO SERA OLIGARQUIZADA

La Historia nos hará justicia. Y condenará a los que, hagan lo que hagan, no conseguirán revivir la Argentina de los Oligarcas, como no podrá el fascismo revivir la Roma de los Césares. Sencillamente porque la regresión es contraria a la Ley de la evolución de los pueblos, la que si puede circunstancialmente, como acontece hoy aquí, detener su avance y hasta retroceder un paso por imperio de una fuerza esporádica que momentáneamente la perturba, no puede demorar en reanudar su avance venciendo el obstáculo de las voluntades opositoras. La fuerza de los intereses particulares que éstas representan, termina siempre por ser dominada por la fuerza de los factores sociales que informan la evolución, fuerza infinitamente superior a la que anima a esas voluntades que pretenden que las sociedades caminen hacia atrás, contrariando las leyes científicas a que obedecen sus movimientos. ¿Cómo les sería posible a las voluntades individuales cambiar el curso de los grandes ríos? ¿Cómo podría concebirse a esta altura de la evolución de los conceptos de justicia, de derecho y de libertad, la reaparición de Tiberio o de Rosas, si no es para ser, a corto plazo, devorados por los pueblos?

Ni la Roma cesárea será revivida ni la Argentina volverá a ser oligarquizada. Podrá soportar una tiranía perturbadora de aquellos conceptos, como la sufren algunos Estados europeos. Pero detrás de ella no se impondrá el oligarquismo sino la Democracia, porque hacia ella va la corriente social, y todo cuanto se haga para contrariarla resultará, en definitiva, ineficaz.





Acotaciones al Decreto de intervención a Santa Fé

Por MARCELO T. DE ALVEAR

El Poder Ejecutivo nacional, en los considerandos del decreto por el que dispone la intervención a Santa Fe, invoca como "precedentes" los de las intervenciones que durante mi presidencia se dispusieron, también por decreto, dictado en acuerdo de ministros durante el receso parlamentario, a las provincias de Jujuy, Santiago del Estero y La Rioja.

Recordemos, ante todo, que según el decreto del presidente Justo y los juristas que le asesoran, la intervención a Santa Fe, procede: porque de las informaciones recibidas por el P. E. resulta, en aquella provincia, "la existencia de un estado de supresión de garantías" (sic) dentro del cual grupos de personas han impuesto el cierre de comercios e impedido el ejercicio de actividades lícitas... , realizando actos de violencia... ; obligando a paralizar servicios necesarios para el abastecimiento y la higiene de la ciudad; han producido asaltos con disparos de armas de fuego, etc.". Procede también, porque en 1932, "se exhumó y puso en vigencia la Constitución de 1921, después de haber sido vetada y abandonada..."

Debió agregar el P. E. que ni el gobernador de la provincia ni ninguna otra autoridad provincial, ni partido político alguno, ni agrupaciones o instituciones de otro género, solicitaron la intervención a raíz de los hechos alérgados, como sucedió precisamente en los casos invocados, Santiago del Estero, Jujuy y principalmente en La Rioja. Pero esta omisión se debe, sin duda, a las muchas y graves atenciones que pesan en estos momentos sobre el P. E., y tal vez a que la ausencia de tales solicitudes no conviene a los planes políticos e institucionales que se propone desarrollar con el fin de asegurar la pacificación y la tranquilidad del país, perpetrando actos, por ejemplo, como éste de la intervención a Santa Fe (de algún modo hay que llamarla), condenada con una unanimidad impresionante por la opinión pública y por los diarios de todo el país, que, eso sí, no tiene precedentes.

También debió demostrar el P. E. que los casos invocados de las tres intervenciones mencionadas de mi presidencia, venían a cuento; pero el decreto a que me refiero evita cuidadosamente semejante demostración, y cita sin tomarse la pena de averiguar si puede existir relación entre aquéllos decretos y éste,

HECHOS E IDEAS

y si la opinión pública se apercebirá de que entre uno y otros hay una manifiesta diferencia en los fundamentos.

No quiero detenerme en refutar en detalle las citas hechas por el P. E. a título de "precedentes" de los decretos de intervención a Santiago del Estero y Jujuy, pues que lo ha hecho ya un diario detalladamente demostrando la inconsistencia de las semejanzas que se pretende encontrar en los fundamentos de aquellos actos y del actual, con el que se allana la autonomía de Santa Fe.

En cambio, no quiero pasar por alto la exhumación que hace el Poder Ejecutivo del decreto de intervención a La Rioja, de fecha 13 de febrero de 1925. A fin de que la opinión pública pueda formarse una idea exacta de lo deleznable que son las razones invocadas por los juristas del Ejecutivo Nacional, creo conveniente transcribir algunos de los considerandos que figuran "in extenso" en el tomo II, páginas 139 y siguientes, de la compilación de "Mensajes, leyes, decretos y reglamentaciones", de la presidencia Alvear".

"Buenos Aires, 13 de febrero de 1925. — Vistos: a) La solicitud de "intervención a la provincia de La Rioja, formulada por el gobernador de ese "Estado, D. Florencio Dávila San Román, con fecha 4 de septiembre de 1924, "y ratificada en su comunicación telegráfica del 10 del corriente. . . ; d) Las "gestiones con el mismo objeto promovidas ante el P. E. de la Nación por di- "versas agrupaciones y núcleos organizados de oponión y, considerando: 1º "Que de las constancias acumuladas resulta que la Legislatura de la provincia "de La Rioja no sesiona desde el 30 de septiembre de 1923, se encuentra im- "pedida de funcionar por carecer de quórum y no puede integrarse por falta "de convocatoria a elecciones, debiendo quedar reducida en el próximo mes "de abril, nominalmente, a la tercera parte de sus miembros, pues a algunos "de éstos se atribuye estar afectados de inhabilidad constitucional para ejercer "sus cargos. . . ; 3º Que la falta de Legislatura mantiene organizado el Poder "Judicial al margen de las disposiciones constitucionales correspondientes, pues "la mayoría de sus miembros no tiene el acuerdo legislativo prescripto como "garantía de independencia en el desempeño de sus funciones. . . ; 4º Que el "gobernador de la Provincia ha expresado el propósito de renunciar a su cargo, "como medio de concurrir a que se produzca una reconstrucción amplia "y democrática del gobierno de ese Estado, encontrándose en la imposibilidad "de cumplir ese propósito por no existir el Poder encargado de pronunciarse "sobre su renuncia. . . ; 5º Que tal situación, sin solución previa dentro de los "recursos locales de la provincia, aparte de definir un caso de alteración de la "forma republicana de gobierno, mantiene paralizada su vida administrati- "va en momentos en que intereses de todo orden y magnitud requieren una "labor del gobierno previsor, orgánica y progresista; 6º. . .", y sigue la parte dispositiva del decreto, que refrendan los ministros Gallo, Gallardo, Sagarna, Le Breton, Molinas Ortíz, Domecq García y Justo.

Como revela esta breve cita, los fundamentos de la intervención a La Rioja están bastante lejos de los de la intervención a Santa Fe, y he hecho la transcripción que antecede al solo efecto de suplir el olvido o la distracción del P. E. De todos modos, el objeto esencial de estas líneas no está en demostrar la ignorancia, más o menos voluntaria, de nadie, sino en poner en evidencia, si ello todavía fuese necesario, que una cosa son las altas razones institucionales y de sinceridad republicana que inspiraron los actos de mi gobierno, que tan infelizmente fueron citados en el decreto de intervención a Santa Fe, y otra muy distinta las que han movido al P. E. en este caso.

HECHOS E IDEAS

No quiero pretender que todos los actos políticos de mi presidencia hayan constituido un máximo acierto, ya que no me considero infalible. Pero lo que sí afirmo, es que jamás, en ningún caso, he perseguido subalternos propósitos de política menuda, considerando que esta norma elemental no puede ser olvidada por ningún presidente cuya visión y cuyo juicio deben mantenerse por encima de las contingencias del momento.

Finalmente, y para no dejar de sintetizar mi juicio acerca de los "precedentes" invocados por el Ejecutivo, quiero decir que, evidentemente, hay distintas maneras de citar: la cita bien intencionada, que no desfigura los hechos ni la intención del citado. Es ésta la manera que usan los filósofos, los hombres de ciencia, los juristas, los hombres de Estado, y, en general, todos los que discuten para llegar lealmente al esclarecimiento de la verdad. Pero también existe otro procedimiento: el que se propone obscurecer la verdad de los hechos, el de los que buscan consuelo en el mal de muchos, según cierta sentencia popular, y también el que prefieren algunos litigantes, a quienes el público decora con gran variedad de nombres. En "Los intereses creados", una de las obras maestras del ingenio español, el lector avisado encontrará materia de oportunas reflexiones al respecto. La famosa pieza podrá probarle, una vez más, las maravillas que se pueden obtener moviendo las comas y los signos, según las conveniencias del momento. Una coma tiene, evidentemente, mucha importancia para ciertos artistas de la literatura política. En nuestro país tenemos un hermoso precedente, no muy lejano, por cierto, y nada menos que en la interpretación del texto constitucional.

Pero, al fin y al cabo, parece que vamos progresando. Las citas del decreto de intervención a Santa Fe son, ¡loado sea Dios!, citas de precedentes argentinos. Esto nos consuela y nos permite esperar que, en lo sucesivo, no volveremos a ver los decretos oficiales nutridos con opiniones cosechadas en la literatura internacional, desde Confucio hasta el último juez de paz de Massachussetts.



Actividades Partidarias**Discursos del Dr. Alvear****Pronunciados en la Capital, Santiago del Estero,
Bahía Blanca, Azul y Córdoba.**

La intensa propaganda proselitista realizada en estos últimos meses por la Unión Cívica Radical, ha contado con el concurso de su líder, el Dr. Marcelo T. de Alvear, que, requerido por las circunstancias excepcionales que atraviesa el país y por los correligionarios de diversas provincias, auspició con su concurso las más imponentes asambleas cívicas que se hayan realizado desde el 6 de septiembre de 1930 hasta la fecha.

Confundido con las vibrantes palpitaciones del alma popular, el doctor Alvear ha tenido oportunidad de revivir los días lejanos, en que la defensa de las instituciones democráticas gestaron la creación de la U. C. R. y con ello, impusieron a todos sus hombres el puesto de honor y sacrificio que les deparaban las circunstancias. Y así como 45 años atrás participase de aquella histórica gira por Santa Fe, Córdoba, etc., presidida por el Dr. Leandro N. Alem, ha vuelto el doctor Alvear a revivir los días azarosos de las grandes asambleas populares, alentadas por los sentimientos vibrantes de la masa de un pueblo, que está dispuesto a no someterse a las arbitrariedades del despotismo reinante. Hoy como ayer, mediando casi una vida, el pueblo lo ha reconocido irreductible intérprete de sus sentimientos democráticos.

Esta identidad absoluta de ideales y sentimientos no podía ser de otra suerte para quien ha mantenido tan limpia ejecutoria a través de su vida. Y de ahí que solicitada su palabra, se haya prodigado en transmitir el sentir popular, puesto que en todo momento no ha sido otra cosa que el intérprete fiel de las multitudes que ovacionaron su paso a través de pueblos y ciudades.

De tales discursos, la prensa nacional ha destacado aquéllos que más intensa sensación causaron. De ellos, hemos recogido las versiones que publicamos en un haz armónico, para documentar los ideales generosos que alentaron las masas radicales, que, a pesar de todos los atropellos y a principios fundamentales garantizados por nuestra carta magna, no han omitido sacrificio para allanar el camino al comicio y por ende al normal restablecimiento de la paz social y, de los cuales, ha sido fiel exponente el presidente del Comité Nacional de la U. C. R., Dr. Marcelo T. de Alvear.

Palabras pronunciadas en Plaza Once

Como acto de protesta a la sanción de reformas a la Ley Saenz Peña, efectuada por la Legislatura bonaerense, el Comité de la Unión Cívica Radical de la Capital, organizó un mitin en la plaza Once, que alcanzó proyecciones extraordinarias. En dicha asamblea, en la que varios oradores expusieron sus críticas a las referidas reformas electorales, fué instado a hacer uso de la palabra el Dr. Alvear, quien, ante tal requerimiento y entre las ovaciones del pueblo, improvisó las siguientes:

Esta asamblea en una plaza pública es conmovedora si se recuerda que desde hace cinco años nuestro partido no ha podido salir a las calles. A las

HECHOS E IDEAS

calles de esta República a la cual tanto bien ha hecho el radicalismo y nunca mejor que esta oportunidad porque se trata del radicalismo de Buenos Aires que está luchando frente a un partido: frente a un partido usurpador.

Yo conozco a ese radicalismo y a los conservadores de Buenos Aires, desde hace cincuenta años y, convengamos, en que los conservadores no han mejorado nada, no han aprendido nada, no han hecho nada en bien de la provincia. Hace cincuenta años que los conozco, porque he actuado allí. Tenían a su servicio matones y urnas de doble fondo. Yo rompí una en Morón.

Si el fraude y la violencia se repite hoy como ayer, estamos dispuestos todos los radicales a hacernos respetar en el comicio. Yo les afirmo a los radicales de la Capital que nuestros correligionarios de Buenos Aires sabrán cumplir con su deber e irán a defender las instituciones democráticas en el terreno que los lleve por el camino pacífico del derecho o por el camino de la violencia, si quieren la violencia.

La U. C. R. levantó la abstención acallando rebeldías justificadas, para demostrar a la nación su deseo de contribuir al restablecimiento de la tranquilidad y del orden económico, y va al comicio para ejercer sus derechos de acuerdo a la ley, y para recurrir a todos los sacrificios si esos derechos no se respetan.

La Unión Cívica Radical está ya organizada en toda la República y en todo el país vibrará como un solo hombre si se comete el atropello que se viene anunciando contra el radicalismo de Buenos Aires. Vamos a la lucha, que importa ahora un sacrificio, pero ¡sépanlo bien!: ese sacrificio no será estéril. No será en vano el latigazo que reciban nuestros hermanos de Buenos Aires. No nos quedaremos con él. Vamos a responder con mano firme.

El partido ha salido de la abstención a que nos llevaron nuestros adversarios, y si va al comicio es para que no se le atribuya responsabilidad en un retraso de nuestra cultura política, que, como argentinos lo lamentaríamos porque aplazaría también la normalización y progreso general del país.

Si los que tienen la responsabilidad del gobierno desde las persianas de sus balcones miran la plaza que tienen en frente, vacía de opinión pública, y no saben cumplir con los deberes que el cargo les impone, ellos cargarán con toda la responsabilidad y serán marcados por la historia con el calificativo correspondiente.

El discurso en Santiago del Estero

El discurso que va a continuación, fué pronunciado por el Dr. Alvear en la plaza San Martín, de Santiago del Estero, en el acto de la proclamación de la candidatura a gobernador, del Dr. Corvalán. La noche anterior, el presidente de la República, general Justo, había leído en el teatro Rivera Indarte, de Córdoba, sus antidemocráticas declaraciones, divulgadas por la prensa del país. A la sensación de estupor que causaron éstas, le siguieron las espontáneas y vibrantes del ex-presidente de los argentinos, que, con el fervor democrático que informa su vida y la serenidad del estadista, señaló cáusticamente las razones que motivaban el anatema presidencial.

Conciudadanos:

Al encontrarme en esta asamblea, acuden a mi memoria, agolpándose, los recuerdos de muchas otras en que he actuado: en Salta, Tucumán, Jujuy,

HECHOS E IDEAS

Buenos Aires, y veo que el mismo ideal que animara la acción del partido hace 50 años, está animando a los correligionarios de Santiago del Estero en un momento importante de su vida cívica. Cuando nadie creía en la democracia, cuando los escépticos decían que el pueblo no tenía capacidad para gobernarse, el radicalismo que nació al calor de un fervor popular todavía no igualado por ningún partido político, declaró y mantuvo su fe inmovible en la democracia y en el pueblo, tratando de ilustrar a éste en las luchas cívicas y perfeccionar aquélla en el funcionamiento honrado de nuestras instituciones republicanas.

Llevo ya una larga y dura trayectoria de bregar cotidiano por las libertades públicas, y nunca ha sido más grande que hoy mi confianza en el pueblo y en las masas radicales. Si alguna vez he recogido decepciones, lógicas en las luchas humanas, no fué el pueblo quien me las causara, sino, quizás, explicables impaciencias e incomprensiones de los hombres dirigentes que he encontrado en mi largo camino; pero nunca, repito, hube de lamentar una sola defección en las filas populares.

Hace unos momentos, el doctor Pueyrredón señalaba que en un discurso pronunciado no hace muchas horas por el presidente de la Nación, general Justo, éste se declaraba sacerdote cívico de la democracia. El presidente ha querido señalar que nuestra cultura cívica es inferior e imperfecta, y yo le pregunto: ¿qué ha hecho él en toda su vida por la cultura cívica del país? No basta ser alto magistrado para dictar cátedra al pueblo que gobierna; es necesario abonar el derecho de hacerlo en largos trabajos al servicio del pueblo.

La política no se aprende en los libros, ni se improvisa con simples lecturas; hay que vivirla en el diario y continuado bregar por un gran ideal. Sólo entonces se ha conquistado el derecho de conducir, de orientar, de aconsejar. El presidente de la Nación Argentina tiene el deber sagrado de respetar las libertades ciudadanas, las libertades electorales, y más aún cuando reiteradas veces se ha comprometido pública y voluntariamente a respetarlas. Al asumir su cargo, ha jurado respetar y defender la Constitución Argentina, y ese juramento debe tener un valor, aun más solemne, cuando se viste los entorchados de general de la Nación, entorchados que, quiero decirle de paso, ha recibido de dos gobiernos radicales, auténticos representantes de la democracia.

Resulta que la democracia es buena cuando da entorchados; entonces, bienvenida la democracia. Y cuando el pueblo no puede dar nada más, hay que erigirse en su tutor, en su mentor gratuito. Que se inspire el presidente de la República en la obra y en el pensamiento de los que fueron grandes mandatarios de la Nación Argentina. Que recuerde el ejemplo dictado a la posteridad por el Gran Capitán, cuyo espíritu preside esta fiesta cívica (señala la estatua de San Martín), que piense en la actitud del ilustre prócer soldado, tipo, que, solicitado por terribles circunstancias, no quiso hacer caer el peso de su espada ¡y qué espada! sobre la balanza de los acontecimientos, y se alejó de su patria con amargura, sí, pero con la íntima seguridad de que a la larga el pueblo mismo encontraría el camino de su salvación.

Ha dicho también el Presidente de la Nación que hacemos demagogia. Puesto en la disyuntiva de elegir, yo que nunca he hecho demagogia, que

HECHOS E IDEAS

no he halagado al pueblo con vanas promesas, declaro que prefiero la democracia con todos sus errores, aun la democracia demagógica, a la arbitrariedad de una dictadura oligárquica. Siempre estaré así más cerca del pueblo, más cerca de la fuente auténtica de la soberanía popular.

El radicalismo, no es una etiqueta, sino un profundo contenido ético. No es radical quien quiere, simplemente, titularse así, sino quien siente íntimamente el radicalismo, sus conceptos, sus doctrinas, su ideal.

Podéis tener la seguridad de que recordaré siempre con honda emoción la singular poesía de esta ciudad. Cuando acaso en mis días de lucha se insinúe un desfallecimiento en mi espíritu, el recuerdo del fervor ciudadano que he encontrado en esta hermosa tierra, retemplará de nuevo mi alma y me devolverá el vigor necesario para seguir luchando, y el temple del pueblo de Santiago, fuerte y denso, como el quebracho colorado de sus montes, será un tónico para mi espíritu.

Discurso pronunciado en Bahía Blanca

En el acto de la proclamación de la fórmula Pueyrredón-Guido, realizado en Bahía Blanca, el Dr. Alvear pronunció el siguiente discurso, en el que puntualiza los excesos del oficialismo y las contradicciones del gobierno central.

Conciudadanos:

Era un deseo mío largamente acariciado esta visita en gira política a Bahía Blanca; lo hago con doble satisfacción: primero, por acompañar a los prestigiosos candidatos que proclama hoy la Unión Cívica Radical, y segundo, para poder contribuir con mi esfuerzo personal a que el partido reedite en los próximos comicios una jornada de gloria cívica igual a la del 5 de abril de 1931. Esta fecha, por virtud de los acontecimientos que ha vivido el país en estos últimos cinco años, en un verdadero símbolo de la lucha ya secular que viene sosteniendo el pueblo argentino para dar firmeza a sus instituciones democráticas. Quizás nosotros, actores de los sucesos del presente, no nos demos cuenta cabal de la profunda importancia de esa fecha, pero bastaría hacer un breve proceso de la historia de estos tiempos para apercibirse del significado trascendente que el 5 de abril tiene y tendrá en la evolución de la democracia argentina.

Personalmente he podido comprobar la repercusión que el acontecimiento ha tenido en el alma popular en toda la República no hace muchos meses. He recorrido la provincia de Entre Ríos y en todas las ciudades, en todos los pueblos de esa gran provincia cuando se evocaba ante el auditorio la imagen de la patria, cuando se le hablaba de sus libertades, nos contestaban con el grito unánime: "5 de abril, 5 de abril". Hace pocos días, visitando la provincia de Santiago del Estero con el doctor Pueyrredón en las pequeñas estaciones del trayecto, en pleno Chaco santiagueño, los hombres curtidos que surgían de la selva para saludar a la comitiva radical contestaban a nuestro llamado con el grito "5 de abril", evidenciando que esta fecha se ha incrustado en el corazón del pueblo como la cifra de las libertades argentinas. Veamos un poco en qué circunstancias se produce el 5 de abril.

Estaban abolidas todas las libertades, la dictadura surgida con el movimiento de septiembre había instaurado en el país un régimen de violencias y

HECHOS E IDEAS

persecuciones que impedían al pueblo, no digo la libre expresión de su voluntad, sino siquiera las más elementales manifestaciones de opinión que constituyen el índice de los pueblos en evolución, y bajo tales circunstancias, bajo el pleno imperio de la fuerza del terror, de la coacción, el Gobierno dictatorial convoca al primer acto electoral precisamente en esta provincia de Buenos Aires; y bien: a pesar de todo, a pesar también de la jactanciosa seguridad de triunfo que proclamaban a todos los vientos los corifeos de la dictadura, el pueblo, por simple acción de su voluntad, entregó un triunfo electoral clamoroso a la Unión Cívica Radical. Naturalmente, la dictadura se apresuró a deshacer su propia obra, a anular el resultado de esos comicios que le habían probado hasta qué punto estaban encarnados en las masas los ideales fundamentales de la argentinidad.

Ya en las postrimerías de aquel régimen, cuando agonizaba víctima de sus propios errores, se convocaba a elecciones generales de presidente, pero el dictador aleccionado por la experiencia del 5 de abril se anticipa a lo previsible y en vez de exponerse a la necesidad de anular escrutinios, veta sencillamente todas las candidaturas del Partido Radical, realizando un atropello que no tenía precedente en nuestra historia cívica.

Termina esa época y se inicia el actual gobierno: un gobierno de formas constitucionales y legales aparentes, no tengo porqué no decir, que quién más, quien menos, esperábamos la realización de un período de paz, de orden y de gobierno, no para un partido o para un grupo de partidos, sino para todos los argentinos. Gobierno para todos los argentinos es lo que precisamente reclamaban las circunstancias si en verdad se quería reintegrar al país y al pueblo a una vida normal y tuvimos la paciencia de esperar los primeros actos del nuevo gobierno para abrir un juicio sobre su orientación presumible y ahora me detendré solamente en algunos episodios que nos darán la pauta para ese juicio.

El gobierno se inició con la solemne declaración de su respeto por las autonomías provinciales; y así es que, cuando en Corrientes se vota entre gallos y media noche una ley electoral que vulnera en su esencia la verdad del sufragio libre y universal; que se cometen fraudes escandalosos; que votan los muertos; que se realizan atropellos que indignan la conciencia pública provocando la protesta unánime de toda la prensa del país; el gobierno contesta ante todos los requerimientos, que respeta, que debe respetar las autonomías provinciales que no puede intervenir. Y que poco tiempo después en Corrientes, el oficialismo de Buenos Aires a tambor batiente sanciona también una monstruosa ley electoral que ni siquiera merece que nos detengamos a comentarla, tanta es su inmoralidad.

De nuevo toda la prensa reclama medidas y sanciones del gobierno central, y el gobierno contesta por la boca de sus juristas que no puede intervenir, que nada puede hacer, pues respeta en absoluto las autonomías provinciales. Los ingenuos como yo, creímos que al fin y al cabo era posible que el jurista, el ministro del Interior, profesor de Derecho Doctrinario, habría inventado, quizás, una nueva interpretación del texto; que sus hondas preocupaciones constitucionales le llevaban con toda tranquilidad a lavarse las manos frente a las más grandes iniquidades jurídicas y políticas en homenaje a las autonomías provinciales; pero, de pronto, el elenco de gobierno echa sus cuentas, se apercibe de que en la próxima elección de renovación gubernativa la oposición sacará triunfante sus candidatos en una gran provincia

HECHOS E IDEAS

argentina, y los amigos del gobierno nacional pueden hasta perder sus pocas bancas en el Congreso, y entonces, el jurista eminente, el catedrático de derecho, el inquebrantable defensor de las autonomías, redacta y funda y presenta el más monstruoso decreto con que se allana las autonomías de las provincias invadiendo con la fuerza a la provincia de Santa Fe.

Pero, correligionarios, desengañémonos por cuenta propia: esos hombres padecen de una ceguera lamentable que no les permite ver ni comprender la inmensidad de los problemas que les impide convencerse de que éstos no podrán ser resueltos con el criterio simplista y condenable de favorecer a los amigos en perjuicio de los adversarios. Hay algo más grande en la política, hay conceptos trascendentales que no pueden ser abandonados, que no pueden ser dejados de lado en ningún momento. No se puede gobernar para un partido, para los amigos; hay que ser siempre, en todas las circunstancias, presidente de los argentinos; no basta cruzar el pecho con la banda presidencial, no basta ostentar la insignia de la patria, las insignias del mando, es necesario llevar en la mente, y en el corazón, el amor a su pueblo, el sentimiento de la justicia y de la equidad, el deseo de construir para la historia y no para satisfacer subalternos intereses del momento, que sólo duran lo que dura el poder de hacer favores, de ofrecer posiciones de provecho.

Puedo decirlo con jactancia y lo digo sin reparos: nunca, absolutamente nunca, en ningún momento de mi gobierno, he tomado una medida con el propósito de favorecer a mis amigos, lesionando siquiera sea indirectamente, los legítimos intereses de nadie, así hayan sido mis más encarnizados adversarios. Por encima de todo está el concepto y el honor de gobernante, y debe estar su incansable afán de gobernar para su pueblo, para todos los argentinos, lo repito, y no para un grupo de partidarios circunstanciales.

Bien, correligionarios: dejemos por un momento el gobierno y nuestros adversarios en su carrera hacia quién sabe qué desastre o qué error; preocupémonos de nosotros mismos y digamos desde ya, que ninguna medida, ninguna amenaza, ninguna violencia serán suficientes para detener la marcha del radicalismo, resuelto a luchar con firmeza por sus ideales, que son la justicia y la libertad del pueblo. Iremos donde las necesidades de la lucha exijan y defenderemos a toda costa el acervo moral de la Nación. Hemos tomado un camino de paz y lo seguiremos hasta agotar todas las consecuencias de nuestra postura y nada y nadie podrá quebrar nuestra resolución ahora frente a estos comicios del 3 de noviembre. Ya sabemos que nos aguardan sinsabores y dificultades, pero el triunfo será nuestro. Mas, si la astucia del adversario nos arrebatará el legítimo resultado de la jornada, estad seguros que nadie podrá arrebatararnos el puesto desde el cual cada uno estará cumpliendo con su deber. Tengo fe absoluta en mi pueblo, tengo absoluta confianza en el radicalismo, y sé que el 3 de noviembre sabrá reeditar con igual altivez, con igual convicción, con igual honor un nuevo 5 de abril.

Discurso pronunciado en el Azul

Va a continuación la brillante pieza de crítica democrática y exposición doctrinaria pronunciada por el Dr. Alvear en ocasión de proclamarse la fórmula Pueyrredón-Guido, en la ciudad de Azul.

La palabra del jefe del radicalismo, que constituye el pensamiento político de la U. C. R., frente a las desviaciones antidemocráticas que se registran en el país, concretaron en dicha emergencia su posición ideológica en materia económica y política, señalando con todo acierto que las actuales orientaciones del gobierno en la materia, conducen, irremisiblemente, a un régimen dictatorial.

Conciudadanos:

En mi larga vida pública he tenido muchas oportunidades de ponerme en contacto con la masa partidaria del país, pero muy contadas veces me ha sido dado presenciar un espectáculo como en el que este momento ofrece esta sala, donde se suma al número impresionante de la concurrencia, un ambiente de entusiasmo cívico verdaderamente excepcional.

Es ésta, efectivamente, la primera oportunidad en que llego al Azul en misión política; pero hace cuarenta años llegué aquí por primera vez, vistiendo el uniforme militar, en viaje para Curumalán, cuando el país estaba amenazado por un conflicto internacional. Hoy no hay ningún peligro extranjero, no hay nada que amenace la paz exterior, pero el país mismo se halla abocado a una grave situación interna y vengo a esta ciudad vistiendo el uniforme interior de demócrata, convencido que lucha por los ideales de la libertad, acompañado de una prestigiosa caravana cívica.

Vengo a rendirle a la gran provincia de Buenos Aires, un homenaje que le debía, porque fué precisamente aquí donde se dió la clarinada del 5 de abril, en una jornada que constituyó un triunfo nacional, que hizo tambalear a la dictadura, que se vió obligada a suspender los comicios ya convocados en otras provincias, para evitar que sus secuaces corriesen la misma suerte que en Buenos Aires.

Pasó la dictadura, que desapareció víctima de la reacción popular frente a sus duros desaciertos y desmanes; pero antes de retirarse, el dictador impuso un sucesor en el mando, y así surgió en comicios que la opinión pública ya ha juzgado definitivamente, el actual gobierno nacional. Este gobierno, atento quizás más a las sugerencias de quienes tienen interés en conservar posiciones que no hubiesen obtenido en elecciones libres, que a los problemas reales del país, que exigen como fundamento de cualquier política la pacificación de la familia argentina, sigue sordo a las solicitaciones de la opinión nacional. Se sancionan en diversos estados argentinos, y especialmente en esta provincia de Buenos Aires, leyes que abochornan a los que en ella hemos nacido, y el presidente sigue indiferente a los reclamos populares, ocupado en soslayar las dificultades que le crean sus propios amigos. Hay que creer que cuando levanta sus preces al Altísimo, el Altísimo no le escucha, porque si le oyera habría de responderle; "Presidente de los argentinos, la cruz es el símbolo de la paz y la invocáis sin hacer nada por la paz de los argentinos."

Cuando formule al Gobierno las ásperas censuras que la situación exige, no puedo dejar de decir que lo hago con amargura, porque siento la terrible gravedad de este momento y no sólo hablo como hombre de partido, porque antes que radical soy argentino. Tanto antepongo los intereses de mi país a

HECHOS E IDEAS

los de mi partido, que yo, que le he entregado la mayor parte de mi vida, renunciaría a mi credo radical si supiera que este enorme sacrificio puede hacer recobrar a la República la paz que ha perdido y la dignidad vulnerada por los últimos sucesos. Señores: os afirmo la seguridad de que haré cuanto esté en mis manos hacer para que mi pueblo pueda reconquistar la paz y retomar el rumbo hacia los grandes destinos que la historia le señala.

Mal camino se sigue cuando se sube al gobierno sin un propósito definido, claro; sin haber planeado las soluciones, por lo menos, de carácter general, que exigirán las circunstancias bajo las cuales toca gobernar. Si así no se procede, se corre el grave riesgo de que, llegado el caso, el mandatario se deje llevar por las pasiones del momento, sin poder rehuir la gravitación perniciosa de los intereses, a menudo inconfensables, que se tejen en torno a los gobiernos cuando ellos no han surgido de la expresión auténtica de la voluntad popular. Por desgracia, eso, precisamente, le ha pasado al general Justo. Llegó al gobierno sin criterio único, sin concepto claro del momento, sin un propósito homogéneo. Fué conservador en Córdoba con Roca, durante su jira de propaganda preelectoral, y fué antipersonalista con Matienzo en Tucumán, y fué socialista independiente con Pinedo en Buenos Aires. Y al fin y al cabo, no pudo ser ni fué ninguna de estas cosas, porque no se puede ser y no ser al mismo tiempo. Esta situación hubo de reflejarse de inmediato en la gestión de este gobierno. Dice un escritor que el gobierno del Estado es como una nave que tiene ocho velas y un solo timonel; en el caso nuestro, el gobierno es un barco con una sola vela, el presidente de la Nación, y ocho timoneles, que manejan cada cual según sus propias inspiraciones o intereses.

Esa no es una crítica infundada, como veremos en seguida. Tomemos un ejemplo. Al iniciarse el Ejecutivo actual, la cartera de Hacienda estaba en manos de un hombre, cuyo acierto o desacierto no nos interesa juzgar en este momento. Pero sea como fuere, tenía ideas netas sobre los propósitos que perseguía, mantenía una tesis, equivocada o no, seguía un rumbo claro y trataba empeñosamente de realizar su pensamiento. Pero llega un momento en que, por motivos que no es del caso analizar, ese ministro abandona su cartera y el presidente lleva al ministerio a un hombre joven que había adquirido reputación de versado en economía política y finanzas a través de múltiples lecturas, aunque esto no significa conociera la materia. Y bien: ese nuevo ministro, de la noche a la mañana, como si no existiera el presidente de la Nación, que es el único que constitucionalmente debe marcar rumbos a la política del país, cambia de arriba abajo la orientación de su antecesor, deshace todo lo hecho, desanda el camino andado, se improvisa en mantenedor de curiosas teorías de economía dirigida, excelentes quizás para un curso universitario, pero inaplicables para experimentar en la carne del país, que debe pagar las consecuencias de los vehementes ensayos ministeriales. Y para colmo de males, nos regala con su economía dirigida una política dirigida, consecuencia natural de aquélla, sin apercibirse, o simulando no apercibirse, de que este camino conduce directamente a la dictadura política. Este es uno de los ejemplos más concluyentes de la desorientación gubernativa, nacida de la imprecisión de las ideas presidenciales.

Tomemos otro caso. Detengámonos un momento en el Ministerio del Interior, que desde el primer momento fué ocupado y sigue ocupado por un catedrático de la Facultad de Derecho, que durante largos años ha ido comunicando sus ideas a las jóvenes generaciones de estudiantes, inculcándoles el

HECHOS E IDEAS

respeto a las leyes, a la Constitución y a las instituciones democráticas de la República. Llega ese hombre al alto cargo y desde sus primeros pasos en la gestión ministerial, proclama a los cuatro vientos su tesis absoluta del respeto a las autonomías provinciales, a cualquier costo, a cualquier precio. Hasta se pudo llegar a creer que era sincero, y, sobre todo, consecuente consigo mismo, con sus propias ideas. Se producen los escándalos sin ejemplo en la provincia de Corrientes: el ministerio se queda impasible, en nombre del respeto a la autonomía de los Estados federales. Se viola descaradamente en Buenos Aires la auténtica voluntad del pueblo con leyes políticas que avergüenzan a la democracia, que vulneran la dignidad del ciudadano; pero el ministro se mantiene inmovible, impertérrito, aferrado a su doctrina autonomista a todo trance. Bien: algunas semanas después uno de los pocos Estados argentinos gobernados con decoro, Santa Fe, convoca a elecciones de renovación gubernativa para el 3 de noviembre. El ministro se apercibe que sus amigos están absolutamente perdidos en aquella gran provincia; que el triunfo, en cualquier caso, pertenecerá a la oposición, e inmediatamente, sin asomo de escrúpulos, fundamenta y firma un decreto de intervención, que se lleva a cabo a tambor batiente y que constituye uno de los más graves atentados institucionales de que se tenga memoria en nuestros anales políticos. El ministro, el catedrático de derecho, el maestro de la juventud, cambió su rumbo de la noche a la mañana, sin tomarse siquiera la molestia de explicar al pueblo las razones de ese cambio. En este caso, no hubo crisis de Ministerio, no hubo cambio de ministro: sino, simplemente, un ministro que en pocas horas ha cambiado de criterio y hasta de personalidad.

Pero, hablemos claro: todo eso quiere decir que cuando están en juego pequeños intereses, se olvida las ideas y doctrinas, y hasta se pasa por alto la trapisonda inmoral de los votos transeuntes de Corrientes, que, como dijera con tanta espiritualidad mi gran amigo Tamborini, han venido a probar que en las elecciones de esa provincia, lo único transeúnte fué la vergüenza.

¿A dónde vamos? ¿A dónde quieren llevar al país por este camino? ¿Es que creen los hombres del gobierno que con tales actitudes podrán fabricar pueblo que les acompañe? Y para colmo de males, se quiere complicar al Ejército de la Nación en semejantes maniobras? ¿Cómo es posible que un general de la Nación, desde la primera magistratura de la República, quiera hacer servir mansamente a las instituciones armadas en la realización de tales propósitos? Ese es un agravio que no merece nuestro Ejército y nuestra Armada, que tienen una larga y honrosa tradición en la historia constitucional de la República; que desde la hora de nuestra organización nacional no se han prestado nunca para los menudos menesteres de la politiquería. Yo, que no soy militar, pero que siento en mi corazón el honor del Ejército, por razón de tradiciones y por la propia modalidad de mi espíritu, no puedo admitir la posibilidad de semejante agravio. Desde mi cargo de Presidente de la República he hecho todo lo que estaba a mi alcance para fortalecer las instituciones militares, para enaltecer su dignidad y su prestigio ante la Nación, y, como las conozco, no puedo creer que sus armas sirvan para sojuzgar las libertades ciudadanas, ni mucho menos para imponer subalternos intereses de grupos o clases, en detrimento de los superiores intereses del pueblo entero.

Ciudadanos: En la próxima jornada del 3 de noviembre sabremos todos los radicales cumplir con nuestro deber. Iremos a las urnas, para encontrar en ellas la expresión de la auténtica voluntad popular, y lo haremos con toda de-

HECHOS E IDEAS

cisión. Entretanto, no nos agitemos estérilmente: la agitación es todo lo contrario de la energía constructiva. Si mañana se pretendiera burlar los designios populares, si por el imperio del fraude y el escándalo se tratara de arrebatar al pueblo sus legítimas conquistas y derechos, será llegado el momento de que digamos al pueblo con franqueza: todos los caminos están cerrados; avancemos para abrirlos.

Tened confianza, radicales de Buenos Aires, en los hombres que tienen en esta hora la responsabilidad de conducir al partido: ellos sabrán afrontar la situación. Triunfaremos, a pesar de todo. Lleguemos ahora hasta las urnas y votemos sin temor. Si de cualquier manera nos escamotean el triunfo, como el 5 de abril, habremos conseguido de todos modos una gran victoria moral, y esa victoria, elaborada por la conciencia nacional, nos servirá de trampolín para saltar mucho más lejos todavía.

El discurso pronunciado en Córdoba

El acto de la proclamación de la fórmula Sabattini-Gallardo, realizado en la ciudad de Córdoba, congregó una concurrencia que sobrepasaba a 100.000 personas. Fué ante esa extraordinaria asamblea, que el Dr. Alvear pronunció el siguiente discurso.

Conciudadanos:

En el largo recorrido de mi vida cívica, es ésta la tercera vez que llevo a las tribunas de esta noble ciudad de Córdoba. Vine la primera en compañía de Alem, el incomparable tribuno de la democracia, campeón legendario de los ideales argentinos, cuya memoria será siempre objeto de una veneración casi mística. Fué pocos meses después de las jornadas del 90, cuando la primitiva Unión Cívica se vió desgarrada por la impaciencia, el escepticismo o la falta de confianza de algunos hombres en las fuerzas morales de la Nación. Alem, obedeciendo a ese impulso intransigente característico de su espíritu, acompañado de un grupo de hombres, resolvió fundar la Unión Cívica Radical. Recorrimos las provincias llenos de fervor y esperanza, y a nuestro paso por los largos caminos, las multitudes se despertaban jubilosas para celebrar el nacimiento de la primera fuerza de auténtico cuño democrático y nacionalista, que se aprestaba a defender sus legítimos derechos, olvidados durante casi medio siglo.

Por segunda vez llegué a Córdoba en compañía de Hipólito Yrigoyen, durante la campaña presidencial que había de culminar con el primer gobierno radical. Yrigoyen llevaba ya entonces plasmado el carácter de su genio democrático, que habría de destacarlo como el verdadero sostenedor de las instituciones consagradas por nuestra Constitución.

Y ahora, como hace cuarenta y cinco años y como en 1916, la caravana radical llega a Córdoba, dispuesta a poner en evidencia ante uno de los pueblos más cultos de la República, la absoluta indigencia espiritual de los oficialismos del presente, y para decir la palabra necesaria, ante la incertidumbre inquietante del porvenir.

En Córdoba reanuda el radicalismo la tradición de sus grandes campañas. Dentro de pocos días, el pueblo se congregará ante las urnas y la bandera radical será a su frente, como tantas veces, la insignia de la probidad cívica, el emblema del ideal republicano. Nuevamente, después de los luctuosos sucesos del año 30, la Unión Cívica Radical se impone el deber de concurrir a elecciones, para dar al

HECHOS E IDEAS

país una solución de paz. Es necesario que la opinión pública de Córdoba y de la Nación entera valore el enorme esfuerzo que el radicalismo ha debido hacer sobre sí mismo para ir a los comicios, olvidando agravios, refrenando justas rebeldías, alimentadas por las persecuciones, las injusticias, los desmanes y la incompreensión de los usufructuarios de aquellos sucesos.

Desde el movimiento de septiembre acá, no hubo violencia que no hayamos debido soportar, ni ofensa que se nos haya ahorrado. No obstante eso, hemos sabido encontrar en nosotros mismos, en la virtud de nuestros ideales, la fuerza necesaria para levantarnos sobre las ruinas de las instituciones argentinas e imponernos el deber de trabajar pacíficamente en busca de las grandes soluciones nacionales. Nada hay en nuestra prédica que no sea la consagración de un legítimo anhelo popular; nada hay en nuestra acción cívica, que no constituya una afirmación positiva de justicia, de equidad, de paz para todos los argentinos, sin distinción de credos ni colores. Pero nuestros adversarios, políticos o gobernantes, no saben o no quieren ver ni oír. Obcecados por la inquietud o el error, avanzan audazmente por el camino de la violencia, sembrando angustias en los hogares argentinos, y no saben que sólo podrán recoger, al final de su carrera, la execración de sus conciudadanos y la definitiva condenación de la historia.

Esas circunstancias contrapuestas, delimitan con nitidez nuestros campos respectivos. Por virtud de nuestra acción, vejados y perseguidos, estamos gobernando desde el llano la conciencia nacional. Por virtud de nuestra prédica, levantada y serena, somos nosotros, los radicales, el partido del progreso y del orden. Nuestros adversarios, partidos o gobiernos, son los perturbadores — revolucionarios sin fe y sin ideal—. Mientras los partidos gobernantes, arrastrados por una incompreensión que parece inverosímil, se complacen en avivar pasiones y alimentar rencores, el radicalismo, consciente de su responsabilidad ante el país y ante la historia, sigue serenamente su camino, y llegará donde su deber le manda, suceda lo que suceda. Defendemos el derecho, hollado por una minoría ensoberbecida, carente de títulos y llena de odios. Defendemos el bienestar de la Nación, comprometido a cada instante por la ineptitud de los partidos oficiales. Defendemos la paz, y la conquistaremos a cualquier precio, a despecho de cualquier violencia.

Los atentados cometidos o los que se preparan contra la libre y regular emisión del voto, si fueran generalizados como sistema, tendrían la funesta consecuencia, no sólo de consagrar el triunfo inmerecido de los que ocuparen funciones usurpadas, sino también, lo que es más grave, la de enervar la acción ciudadana y hacer perder al pueblo argentino la fe en el comicio, produciendo un retroceso que nos llevaría a situaciones en las cuales no podemos pensar sin amargura y profunda inquietud.

Necesito decir estas cosas aquí, en Córdoba, precisamente. Nunca antes, como primer magistrado de la República, ni ahora como jefe de un gran partido, me habría permitido invocar la sombra augusta de nuestros próceres, para amparar con el prestigio de su nombre intereses políticos de ninguna clase. Y esto se ha hecho, sin embargo, aquí mismo, en esta ciudad, no hace mucho. Desde una alta tribuna se han pronunciado palabras graves, que, naturalmente, no he podido dejar sin contestación, en cuanto afectaban los más caros ideales del pueblo. Pero no fué tan grave el discurso a que me refiero, por lo que en él se dijo, sino, justamente, por lo que se dejó de decir, por las palabras de serenidad y de cordura que faltaron y que debieron ser pronunciadas. Lo que entonces escuchó esta ciudad ha servido ciertamente para halagar pasiones injustas y para

HECHOS E IDEAS

exacerbar los apetitos; pero lo que no se oyó, es lo que ha permitido este desencadenamiento de amenazas y violencias que estamos presenciando con asombro sobre todo el escenario del país. Considero un grave error la palabra dicha; pero considero culpable el silencio, que puede matar en germen las esperanzas de una nueva era de tranquilidad y regeneración.

Es una pretensión inadmisibles gobernara con amenazas y violencias. Nada de lo que se intente hacer bajo el signo de la fuerza, puede ser duradero ni eficaz. La historia humana es fecunda en enseñanzas al respecto. La reputación y la gloria de los gobernantes no se construyen con la arcilla deleznable de los éxitos pasajeros, ni con el brillo de triunfos conquistados en jornadas discutibles. Los gobernantes, como los grandes conductores de masas, sólo conquistan sus pedestales ante la posteridad interpretando los anhelos y los sentimientos del pueblo que deben dirigir, y obrando en consecuencia. Esto no es demagogia, sino la percepción del sentido histórico que orienta a la humanidad. Lo demás, todo lo demás en política, es efímero. No se gobierna con acierto y con justicia sino cuando se tiene a sus espaldas un gran partido o se sustenta la propia obra sobre el consenso de la opinión pública. ¿Cómo no ven los gobiernos de esta hora, que carecen de partidos y opinión, sino que, colocados por su propia voluntad en la trágica encrucijada del presente, se empeñan en desprestigiar todo aquello que puede redimirlos, y se alejan sin remedio de la senda de su propia salvación? Nunca la República ha presenciado semejante ofuscación en la carrera hacia el caos. Y, sin embargo, aún están a tiempo para rectificar el rumbo. Les bastaría tratar de comprender.

En Córdoba, ahora, asistimos a una lucha que será de enorme trascendencia. De un lado está el radicalismo, que exhibe la postura ejemplar de su unidad indestructible, después de una lucha interna democrática e intensa, de la que salieron todos sus hombres hermanados en un mismo ideal; de la que surgieron sus fuerzas robustecidas, sin vencedores ni vencidos, y dispuestas a luchar por el triunfo de nuestros candidatos, encabezados por los doctores Sabattini y Gallardo, quienes, pese a su juventud, representan ya una tradición de civismo, nutrida en una acción inteligente por el bien público y en largos servicios prestados a la causa popular.

Del otro lado están esos titulados demócratas nacionales, solidarios, sin embargo, con los conservadores de la provincia de Buenos Aires, a quienes la opinión pública ha juzgado ya definitivamente. Ahí están esos hombres y ese partido demócrata nacional de Córdoba, cuyos representantes en el Congreso Nacional, con inconsciencia inconcebible, han votado en serie leyes liberticidas, que afrentan la soberanía de la Nación y avasallan la autonomía de una gran provincia. En el término de pocos días, casi en horas, esos hombres han oscurecido las más nobles tradiciones de la culta, de la altiva Córdoba, cuna de talentos preclaros, de geniales estadistas, de gloriosos abanderados de nuestro federalismo. Córdoba tiene ahora el deber de reivindicar ante la historia el prestigio de su nombre, consagrando la inconfundible continuidad de su conducta en los anales de la epopeya patria.

Frente a ellos, nosotros los radicales, traducimos la acción constructiva, la esperanza y la voluntad de la Nación. Representamos el sentimiento íntimo del alma argentina y traemos, por encima del fragor de la pelea, la seguridad de la paz, la certidumbre del progreso, el respeto a las instituciones y el imperio efectivo de la justicia. Nuestro ideal es una luz en la inquietud tenebrosa de esta hora.

Aclaradas así las posiciones nuestras y la de nuestros adversarios, conviene

HECHOS E IDEAS

proclamar ahora que no trabajamos para nosotros, los actores de esta época. La experiencia de la vida ahonda en el espíritu perdurables enseñanzas. Durante cincuenta años he presenciado la evolución argentina y he avalorado sus mutaciones. Sé que nada es duradero, ni en hombres, ni en hechos, sobre todo cuando unos u otros actúan o se desenvuelven en la anormalidad. Las generaciones mismas no son sino meros eslabones en la cadena sin fin de la vida de la Nación.

En la vida política, como en la naturaleza, la armonía se restablece a despecho de los fenómenos accidentales. El poderoso de hoy será inevitablemente el obscuro ciudadano de mañana, si su acción no lo elevara sobre el nivel de la comunidad. Las fuerzas al parecer irresistibles, se desintegrarán en el curso fatal de los acontecimientos, si sólo obedecieran a la voluntad arbitraria de los hombres que pasan.

No se dejen, pues, perturbar los argentinos por la pasión y el ardor de la lucha. Para mantener el juicio ecuánime y sereno, aun dentro de la justa exaltación de este momento, es suficiente pensar que nada, ninguna fuerza, podrá torcer el destino de nuestra patria. Pero para que este destino se cumpla sin grandes desgarramientos ni dolores, es necesario no dividir a los argentinos en clases o grupos, ya que todos somos componentes de una misma familia y todos debemos empeñarnos en realizar su bienestar y su progreso. Pensemos que, aun las tendencias e ideas que rechazamos, pueden ser útiles y hasta necesarias, aunque sólo sea por las reacciones contrarias que pueden producir, contribuyendo de este modo al éxito del ideal que perseguimos.

Mal podría hablar a la juventud —realidad de hoy y de mañana—, arrebatado por la amargura o el desengaño. Mantengo íntegramente la rectitud de mis principios y la serenidad de mi espíritu. Si por encima de las divergencias actuales, no tuviera, a la altura de la vida en la cual me encuentro y desde esta eminencia que es Córdoba, una visión integral de la patria, habría vivido en vano.

Nunca, ni en el llano ni en el gobierno, actué a impulso del encono o el rencor, ni acicateado por la ambición personal, ni fuí indiferente a los substanciales deberes que el patriotismo impone.

He dicho con absoluta franqueza y sinceridad, antes y ahora, cuáles son las situaciones que mi conciencia repudia y he señalado errores y desviaciones lamentables; y si lo he hecho con recia frase, no lo he hecho con acritud ni saña. Lo contrario significaría creer irremediablemente lo que sólo es tornadizo y pasajero. Hoy, como durante toda mi larga actuación pública, anhelo, primordialmente, la concordia, la unión y la solidaridad de todos los argentinos, en una labor de perfeccionamiento, buscando un superior ideal.

Discurso del Dr. Pueyrredón

Pronunciado en Bahía Blanca

En oportunidad de realizarse la proclamación del binomio Pueyrredón-Guido, en la ciudad de Bahía Blanca, ante una reunión cívica que alcanzó extraordinarias proporciones, el candidato a gobernador por la U. C. R., Dr. Honorio Pueyrredón, pronunció el vibrante discurso que transcribimos y en el que se aborda la realidad política argentina de la hora actual.

Correligionarios: De nuevo vengo ante vosotros con el alto honor de candidato a Gobernador de Buenos Aires por la Unión Cívica Radical.

Paréceme que aún tengo ante mi vista aquella asamblea en que hace más de cuatro años dirigía la palabra ante una inmensa multitud calificada como esta, poseída tal como ahora de ese entusiasmo contagioso que irradian las almas fuertes cuando se mueven a impulsos de un ideal y se apoyan en una decisión inquebrantable.

La violencia de una dictadura anacrónica infringió al pueblo de Buenos Aires y con él a la dignidad entera de la Nación el ultraje de impedirle constituir el gobierno que se había dado. Pero lo que no ha podido impedir, es que el 5 de abril se arraigara en la conciencia de los argentinos como fasto glorioso de su vida cívica y que ese 5 de abril se levante como el índice acusador ante la historia para los que traicionaron la voluntad de sus conciudadanos y para los que intenten traicionarla de nuevo.

He de repetir hoy lo que dijera al aceptar esta segunda candidatura. No cuadra que haga mi apología, pero es necesario que se reconozcan mis razones. En esta como en la anterior, no me ha movido la ambición subalterna de obtener una posición de gobierno, sino el concepto de lealtad profunda al cumplimiento de un deber ineludible. He creído que debía renunciar a mis conveniencias personales antes que renunciar a una situación que entraña riesgos y peligros. He creído que no tenía el derecho de privar a mi partido de la fuerza que significa una fórmula que se ha hecho simbólica, porque la consagró la voluntad de un pueblo y la arrebató la torpeza de una tiranía.

A no mediar estas circunstancias no habría aceptado tan alto honor y hubiera dejado libre el camino a otros correligionarios para que den en la acción de gobierno el fruto de su capacidad.

Estamos, pues, señores, pueblo y candidatos en la misma posición de hace cuatro años. El 3 de noviembre deberá repetir el 5 de abril. Si el pueblo no comprendiera el deber de movilizarse al máximo para exteriorizar en las urnas el imperio de su voluntad se habría traicionado a sí mismo. Si el gobierno se prestara a fraudes anulatorios de ese derecho popular, habría traicionado a la patria y este crimen no se prescribe ni se indulta.

De la conducta del pueblo, apostaré mi vida en su confianza. De la conducta del Gobierno, esperemos los sucesos.

HECHOS E IDEAS

Las leyes electorales que se han dictado, las medidas que se han querido tomar, llevarían a pensar que la fuerza pública se pondrá al servicio de un grave ultraje al comicio y anular el voto radical por maniobras fraudulentas.

¿Qué importa todo eso?

¿Sería acaso, la primera vez que el radicalismo enfrentara al régimen y empuñara su bandera de la verdad democrática contra los abusos, las violencias y el desborde de aquéllos que en una ofuscación enfermiza no comprenden que el Gobierno alcanzado por esos medios, no es honor sino lápida, que no es bien para sus conciudadanos, ni aún para ellos mismos, que no es pedestal sino sarcófago donde han de enterrar hasta las buenas intenciones si las tuvieran?

Si tal sucediese, es la lucha en ese terreno donde más fuerte y más grande debe sentirse el radicalismo, batiéndose por el ideal y no por las posiciones, buscando dar a la patria la gloria de su imperio moral por encima de los torpes materialismos.

Esta es, radicales, nuestra hora. Las instituciones crujen al peso de desviaciones inauditas, la voluntad de un pueblo civilizado se desprecia, las leyes son el capricho inconsciente de unos pocos y no la expresión de la soberanía. La fuerza pública se invoca como amenaza contra la libertad de los pueblos.

Estas duras perspectivas traen a mi recuerdo, guardadas las distancias, aquel episodio que precedió al triunfo de la Marne; frente al ataque decidido de los ejércitos alemanes que marchaban con violencia sobre París, el grande mariscal francés, compulsando la situación de su ejército, dijo: "Nuestra ala derecha es atacada, nuestra ala izquierda es flanqueada, nuestro centro es prisionado"; y ante el cuadro amenazante, exclamó: "es el momento de avanzar". Aquella resolución de sublime grandeza salvó a Francia.

Yo no temo, sin embargo, las amenazas que se divulgan, obra de una propaganda irreflexiva, fruto de un apasionamiento que me atrevería a calificar de artificial por desconocimiento de la psicología y del alma popular.

Anunciar a un pueblo de la comprensión intelectual y de la fuerte conciencia moral del nuestro, que no será respetado su voto, que no se le permitirá votar no obstante convocarlo para ello, es una insensatez inaudita, es el ultraje más grande que se le puede hacer a los argentinos, es la negación para quienes lo proclaman, de todo derecho a ser partido gobernante de ese pueblo.

El cuadro es aparentemente sombrío, pero el país se ha dado cuenta y hoy da la razón al radicalismo como la única fuerza orgánica capaz de establecer el orden en el imperio del derecho, afianzar la verdad en la justicia social y poner la autoridad y la fuerza al servicio de la libertad.

Mientras la U. C. Radical permanecía en la abstención, se prometían comicios libres, se ofrecían garantías a manos llenas, la prensa del país criticaba nuestra conducta y nos negaba el derecho a dudar de esas promesas. Habrían estado en lo cierto, pero bastó que nuestro partido levantara la abstención y se dirigiera pacífica y legalmente a los comicios para que el fraude oficial más descarado se cometiera en Corrientes sin que la autoridad lo reprimiera, bastó nuestra concurrencia en Santa Fe para que esa provincia, gobernada por hombres respetuosos del derecho popular, fuera arrasada por una intervención sin precedentes, todo ello como respondiendo a un plan que se legaliza con la ley reciente de dar sólo derecho a las mayorías para elegir presidente de la República. Apoderarse de las provincias que representan esa mayoría sería el desiderátum de ese propósito.

HECHOS E IDEAS

Pero señores, volvamos la vista a las páginas de la historia, en toda ella se van a encontrar en épocas caóticas, planes de este género.

Minorías afectadas de una profunda perturbación cerebral y moral que por el hecho de su dominación momentánea, creen posible su dominación permanente, piensan que las fuerzas materiales son irreductibles y olvidan las otras fuerzas encarnadas en la conciencia moral del pueblo, en la economía de la Nación, en su trabajo, en su comercio, en su banca, fuerzas que no pueden tolerar la situación de lo arbitrario, que es amenaza para la estabilidad de todo lo estable, que crea la desconfianza y con ello restringe las actividades útiles de la vida.

Ya se perciben los síntomas de esa honda rebelión que no requiere motines ni elementos bélicos, para exteriorizarse, porque su potencialidad es superior a todos e impera y gravita sobre todos.

Yo no he de descender al agravio ni al ataque de aquéllos que militan en filas opuestas. Mi conducta en la lucha ha sido y será absolutamente impersonal. Critico hechos y procedimientos que afectan al interés de todos. Y ojalá que todo lo que haya de razón en mis afirmaciones, lleve la luz del patriotismo a los que ofuscados no perciben que sólo en un ambiente de libertad, de respeto a los derechos mutuos, se hace grande la patria y se hacen grandes los hombres que la sirven.

Pero no es solamente en el campo de las libertades políticas donde la situación es grave, acaso sea lo menos porque la falta de esa libertad se restablece de un día para otro, con solo acordarla. Lo más serio, es que se va acentuando visiblemente, un movimiento hacia el cercenamiento de la libertad económica. Hay hechos ostensibles que restringen las facultades de la economía de regirse por sus propias leyes económicas. Contra la libre competencia, se protege el monopolio. Contra el trabajo se esgrime el impuesto. Contra el pequeño capital, el estado apoya el gran capitalismo. Dentro de ese criterio, se han celebrado tratados que coartaran nuestra libertad futura y nos cierran la posibilidad de otros mercados del mundo que podríamos abrir para nuestra riqueza. País esencialmente agrario, que produce lo que la humanidad necesita para su existencia, requiere el régimen de libertad para el esfuerzo y el amparo enérgico del Estado, para la defensa y la comercialización de sus productos.

Hay, pues, un doble propósito en las tendencias flotantes, la una que amenaza la democracia política y la llamada economía dirigida que amenaza la democracia económica.

La provincia de Buenos Aires, es acaso por su misma potencialidad, la más afectada. No es en un discurso de esta índole donde se puede detallar un programa de gobierno, ni caben tampoco en los límites de una administración de provincia, la compleja aplicación de conceptos, que sólo son de realización nacional.

Por otra parte, mis ideas en la materia, las he expuesto en multitud de ocasiones, dentro del país y ella forman mi conciencia de ciudadano y serán mis normas de gobernante, conforme al programa de mi partido.

Forzoso será buscar solución al sistema impositivo actual, de manera que el impuesto llene en lo posible, las necesidades del Estado, pero no esté como ahora, en visible desequilibrio con el valor y la capacidad productiva de los bienes que lo soportan.

Contra el criterio fiscal, el criterio económico. La riqueza de la provincia antes que la riqueza del fisco.

Las tierras públicas y las tierras privadas que se puedan adquirir, deberán

HECHOS E IDEAS

ser motivo de una acción colonizadora directa o indirecta de gobierno, que constituya dentro de trabajos mixtos, agrícola-ganadero, industrial, bajo directivas científicas y comerciales que vayan formando el espíritu de la vida agraria moderna, y que afirme por analogía en sus moradores, el concepto del proverbio: "es en tu patria donde vives bien".

Que las puertas de la Casa de Gobierno y la buena voluntad del gobernante, estén abiertas a toda reclamación justa, a todo derecho legítimo, quienquiera que lo ejercite, a todo amparo que la autoridad daba al que lo reclame. Que las justicias, sean expresión de la verdad jurídica de la conciencia independiente del magisterio, cualesquiera que sea su jerarquía.

Que la policía sea amparo del derecho y no instrumento de los caudillos, seguridad del orden y no encubridora del delito.

Con esos propósitos de lucha en el seno de la paz, nuestro partido inicia esta empresa elevada en sus propósitos y generosa en sus anhelos. El radicalismo es evidentemente hoy, el partido del orden y de la legalidad. La violencia no está en sus filas, sino en quien les restringe sus derechos. El país así lo entiende y de ahí el apoyo de la opinión llamada independiente, que aspira nuestro triunfo en la confianza de que será garantía de bienestar, para todos. No es tampoco un misterio que los miembros sanos del viejo partido conservador, también, aunque en silencio prestan su apoyo para no complicarse con desmanes de que no quieren ser ni indirectamente responsables.

Si los que ocupan las posiciones del gobierno no se concentran en su conciencia de argentinos, colocándose por arriba de los intereses circunstanciales de grupos que no han de agradecerles siquiera las desviaciones que hagan en su menzudo beneficio, si se dejan perturbar más aún en esta hora solemne del país, no olviden que no es estéril ni de mera forma, sino profundo en el significado y claro el simbolismo del juramento constitucional "que Dios y la Patria se lo demandan".

Discurso Programa del Dr. Sabattini

En la gran asamblea cívica realizada en Córdoba, en el acto de la proclamación de la fórmula Sabattini-Gallardo, que sostiene la U. C. R. de dicha provincia para la renovación gubernativa, el Dr. Amadeo Sabattini pronunció el discurso-programa que transcribimos más abajo, y en el que una vez más, refirma su posición ideológica, liberal y democrática.

Correligionarios:

Córdoba honra hoy con esta asamblea clamorosa el espíritu civil de la Nación, encarnado en la delegación que nos acompaña, presidida por el eminente republicano doctor Marcelo T. de Alvear, que viene a afirmar aquí en esta provincia, centro de la gravitación social y política del país, el imperio de la libertad, de la justicia y del derecho. Y Córdoba se honra a sí misma con este acto, porque está demostrando que su pueblo está dispuesto a defender en todo terreno el patrimonio moral e institucional de la República.

Esta embajada del civismo presidida por los más altos exponentes de la argentinidad, integrada por los más decididos defensores de la libertad y acogida por el pueblo con el entusiasmo que sólo emana de la fe en los grandes ideales, constituye la prueba más evidente de que las teorías que rinden culto a la fuerza y la violencia no han arraigado en nuestra conciencia colectiva y que los hombres de pensamiento y las masas trabajadoras son las que van a mantener, con su decisión y empuje, la vigencia del régimen democrático de la libertad.

Aquí reunidos en magna asamblea nacional del radicalismo, presidida por sus más altas jerarquías e integrada por representaciones de todas las provincias, venimos a demostrar en el ágora pública, la indestructible unidad de nuestras fuerzas y la conciencia común de nuestro destino. La Unión Cívica Radical, el único partido nacional de la República, expresa así la unión integral y solidaria de cada uno de sus componentes, haciendo patente la comunidad de ideales, de principios y de acción, frente a los conglomerados conservadores, que en una concordancia de intereses materiales, realizan una labor que sólo se unifica en el sentimiento negativo del rencor y en el concepto de la aparcería y complicidad de los que han dilinquido.

Señores:

Graves y amenazantes son los momentos por que atravesamos. La libertad civil y política está vulnerada y virtualmente pronta a desaparecer —a pesar de la palabra reiterada del general Justo en el sentido de afianzarla y mantenerla— si las fuerzas populares no se juegan en estos instantes con la decisión que merece tan noble causa.

La libertad electoral es apenas un simulacro de la que la Constitución establece. Los hechos bochornosos de Corrientes y Santiago del Estero, la modificación de la ley electoral en Buenos Aires, los sucesos gravísimos que se desarrollan en esta provincia y el atropello sin precedentes que significa la inter-

HECHOS E IDEAS

vención a Santa Fe, demuestran cuán lejanos estamos de vivir el dominio pleno que la ley Sáenz Peña sancionó para el ejercicio de los derechos políticos.

Los reiterados golpes asestados a la libertad, por su magnitud y por su espíritu que los informan nos hacen presumir cuáles son los posibles designios de los que detentan el poder. Hay en las autoridades actuales el propósito de evitar que el radicalismo retome la dirección de la República y que el pueblo recupere el ejercicio pleno de la soberanía que por justicia y por la Constitución le corresponde.

Todos los actos del gobierno están demostrando que no se ha respondido como se debía al anhelo de pacificación del país, por el que la Unión Cívica Radical depuso su actitud abstencionista y ofrendó el sacrificio de arraigadas convicciones. Los que actuamos en aquella memorable convención sabemos que únicamente la necesidad de reintegrar la familia argentina a su unidad espiritual y el respeto democrático a la decisión mayoritaria, pudo llevarnos al sacrificio de hondas convicciones y puntos de vista que estimábamos los justos y verdaderos.

Pero no es solamente la libertad política y el régimen institucional lo que está amenazado. La economía, la vida misma de la Nación está afectada por hechos sumamente graves de una política económica que día a día va arrancando jirones de nuestra independencia para entregar el país al predominio creciente de los imperialismos extranjeros.

Así, como si fuera una consigna del motín setembrino, se produjo simultáneamente con él la entrega de la riqueza petrolífera y progresivamente desde el pacto Roca - Ruciman, la creación de las juntas de carnes y granos, la del Banco Central y la coordinación del transporte, se va despojando gradualmente al patrimonio nacional y sometiendo al trabajador a una creciente servidumbre y explotación económica.

Se ha instaurado así una política de menosprecio para la opinión pública, de restricción a la libertad de crítica y contralor de los actos de gobierno y de sojuzgamiento del país, que sólo puede ser mantenida por la violencia generadora únicamente de odios, miseria y dolor para todo el pueblo.

Por ello han sido tan graves las irreflexivas palabras del general pronunciadas en esta ciudad. No se puede, moral ni jurídicamente, excluir de una comunidad nacional a ningún elemento de su seno; no puede haber en nuestro régimen jurídico público y privado más interdicciones que las que establecen la Constitución y las Leyes. Cuando la serenidad falta en los gobernantes, son los pueblos los que los retornan a la realidad con sus pronunciamientos definitivos.

Y tanto más grave ha sido la actitud, cuando ella es contradictoria con la propia palabra de magistrado y de hombre, que en reiteradas ocasiones prometió asegurar el comicio y el respeto a los pronunciamientos populares. Contradicciones como éstas, restan autoridad moral ante la conciencia colectiva y ante la opinión internacional.

La situación electoral de la provincia es sumamente deficiente. Todos los poderes del Estado sin excepción alguna, en labor uniforme, se han puesto al servicio del candidato conservador; policías, empleados administrativos, agentes del fisco, jueces de campaña, funcionarios municipales y organismos de la banca, realizan concordantemente una obra desnaturalizadora del comicio, que va desde el secuestro de libretas hasta la adulteración de padrones municipales y de la restricción de la libertad individual al cohecho y al soborno.

El conservadorismo local tiene en su historia un acervo de fraudes electorales y políticos, no debidamente conocidos fuera de la provincia; su procedimiento se

HECHOS E IDEAS

caracteriza por el dolo y la astucia más que por la violencia, pero constituye una práctica inveterada en el mismo.

Por otra parte, podemos afirmar que el Partido Demócrata de Córdoba es solidario en la responsabilidad del más grave atentado cometido contra la soberanía del pueblo: el desconocimiento del veredicto comicial del 5 de abril en la provincia de Buenos Aires, y me cabe en esta hora afirmar que para el radicalismo de Córdoba y para toda conciencia libre y honrada de la República, no hay, ni puede haber, más gobernador de Buenos Aires que el doctor Honorio Pueyrredón.

Y este gobierno que se pretende democrático, ha surgido de un comicio viciado, generado en un acto colectivo, del cual estaba proscrito el radicalismo por el solo imperio de la fuerza. Podemos afirmar con toda honestidad que la Unión Cívica Radical es la única fuerza política que ha salvado su dignidad cívica en estos últimos cinco años de la vida argentina.

Haremos gobierno para todos los habitantes de la provincia, asegurando los beneficios de la libertad para todos, sin exclusión de nadie.

La libre emisión de las ideas será garantizada y respetada en todos los órdenes de la actividad individual y social; el libre comportamiento de los individuos y corporaciones no será trabado en forma alguna por actos del poder gubernativo, no teniendo más limitaciones que la que impongan las leyes respectivas: pero no se tolerarán bandas ni legiones armadas de ninguna especie que perturben la paz pública y que por su sola existencia constituyen un peligro para el orden social.

Se ha de afirmar el principio de la autonomía contra las crecientes limitaciones que se vienen imponiendo a nuestro federalismo, tanto en el orden político como en el económico y sin que con ello se pretenda restaurar la vieja querrela de unitarios y federales, lucharemos contra el unicato que ya proscribió el radicalismo y que hoy tiende nuevamente a resurgir.

Y este mismo principio de la autonomía será respetado por el gobierno en sus relaciones con los organismos municipales, realizando así un concepto que no es sólo fruto de la sanción constitucional, sino una arraigada convicción personal a la que he servido en todo instante y con lealtad en el único cargo político que he desempeñado en mi vida.

A la revocatoria implantada hemos de incorporar también los derechos de iniciativa y referéndum, especialmente este último, que constituye la única defensa que tienen los vecindarios contra sanciones municipales que comprometen la estabilidad económica de las poblaciones por la contratación de empréstitos y realización de obras indebidas.

El problema social de la provincia tiene que ser contemplado y resuelto en la medida de las facultades que la misma posee, atribuyéndole un significado distinto del que le han impreso las fuerzas conservadoras. Y este significado no puede ser otro que el de la justicia social, que reconoce al trabajador el derecho inalienable de asegurarse un mínimo de posibilidades económicas que le permitan su normal supervivencia y su desarrollo espiritual y cultural.

El régimen debe, consecuentemente, ser estructurado sobre una base suprapersonal, que imponga a la colectividad, bajo la responsabilidad del Estado, el deber jurídico de asegurar los derechos humanos del operario; y es precisamente este concepto de justicia social y su leal y honesta aplicación la que ha de eliminar al problema de la desocupación en nuestro país, en el que no tiene razón de ser por la naturaleza múltiple de sus riquezas, la extensión de territorio y la escasa

HECHOS E IDEAS

densidad de población. La acción radical en el gobierno debe ser amplia y enérgica en todos los sentidos. Disminución de los gastos de presupuesto, reducción de los grandes sueldos y elevación hasta asegurar una vida decorosa y eliminación de gastos superfluos. En el orden impositivo, hemos de encuadrarnos absolutamente en los principios de nuestra plataforma sancionada por el Congreso de nuestro partido, con la progresiva y sensible disminución de los impuestos que gravan el trabajo y el consumo, reducción del impuesto a las mejoras, formación del catastro territorial y económico base de la nueva política fiscal que implantaremos, así como la aplicación del principio de la inenajenabilidad de la tierra pública fundamento de la transformación económica.

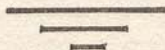
Protección en forma orgánica a los intereses de la agricultura y la ganadería; inenajenabilidad de las caídas de agua, rescate gradual de las concesiones de servicios públicos y su entrega a organismos mixtos, fomento de la industria minera y protección del turismo. Distribución racional de la obra pública en forma equitativa entre las diversas zonas de la provincia, respondiendo a sus efectivas necesidades, en el sentido de asegurar el funcionamiento normal de los servicios del Estado, la prosperidad de la provincia y el interés de las clases productoras.

Preocupación constante por el fomento de la instrucción primaria a base de la organización autónoma administrativa y financiera del Consejo de Educación.

Los cargos burocráticos no serán otorgados en forma de prebendas; los que colaboran en la administración pública, han de saber que el gobierno radical no puede otorgar recompensas de orden material, sino única y exclusivamente de orden moral y que provengan de los beneficios de una labor que asegure el imperio de la libertad civil y política y el mejoramiento social y económico colectivo.

Habremos así cumplido el programa que nos hemos impuesto de gobernar para todos.

Y para terminar, señores, invoco en este acto la figura prócer de Yrigoyen, en cuya actuación inspiraré mi acción de gobierno, como la más alta expresión de civilización democrática, de argentinidad y del significado humano de nuestra acción.



Manifiesto del Comité Nacional al pueblo de la República

A raíz de los sucesos políticos de pública notoriedad y a que se hacen referencias en el documento que publicamos, el Comité Nacional de la U. C. R., dió un manifiesto al pueblo de la República, señalando los actos de regresión que importaban las últimas sanciones legislativas, que se vieron culminadas con la intervención nacional a Santa Fe, sin que la sanción del Senado fuese tratada en la Cámara de Diputados y obtuviese, por consecuencia, fuerza de ley. También cabe agregar, como es notorio, que la tentativa de postergar las elecciones nacionales, a que se alude en el manifiesto, fué resuelta por la sanción de ambas Cámaras y formulada posteriormente por el Poder Ejecutivo.

La Mesa Directiva del Comité Nacional de la U. C. R., considerando los últimos actos políticos realizados por los partidos gobernantes, por intermedio de sus representantes en las legislaturas de las provincias y en el Congreso de la Nación, resuelve formular ante el pueblo de la República su más enérgica protesta por las leyes electorales que acaban de sancionarse, por la tentativa de postergación de los comicios de diputados nacionales, para una fecha que ni siquiera se determina con exactitud, y, principalmente, por la de modificar la Ley Saenz Peña, que denuncia el comienzo de un vasto plan tendiente a anular o abrogar definitivamente esta ley, que constituye una de las serias conquistas del derecho público argentino y que permitió el ejercicio honesto de las libertades ciudadanas.

Las leyes y las tentativas a que nos referimos, además de violar las garantías políticas expresa e implícitamente consagradas por la Constitución Nacional y por las respectivas Constituciones provinciales, evidencian el propósito apenas disimulado tras una dialéctica vergonzante e ineficaz, de privar al pueblo de la libre expresión de su voluntad, y al partido Radical, en consecuencia de la posibilidad de contribuir pacíficamente con su acción cívica al restablecimiento efectivo de la normalidad institucional y al afianzamiento de la paz interna de la República.

Esas actitudes legislativas, significan un avance insólito contra la soberanía popular. Precisamente porque el Parlamento constituye, por lo menos en circunstancias normales, una expresión inmediata de la soberanía y de la voluntad nacional, está más que ninguna otra rama del gobierno, obligado a respetar al pueblo que lo elige directamente. La postergación de los comicios de diputados por el actual Congreso, en vísperas de su caducidad legal, cuando ya el electorado de la República se aprestaba a responder a la convocatoria que debía producirse dentro de pocos días, constituye, además de una falta de seriedad inadmisibles e incompatible con el funcionamiento regular de los Poderes del Estado, una burla y una provocación al pueblo argentino.

La coincidencia fundamental de las actitudes asumidas por las legisla-

HECHOS E IDEAS

ras de las provincias y por el Congreso de la Nación, aunque no hayan sido exactamente iguales los propósitos aparentes, transparentan la intención común que los identifica. Todo el aparato legal movilizado tiende, en efecto, nada más que a cerrar al radicalismo, a todo trance y a costa de cualquier transgresión, el camino pacífico del comicio. Esa intención y esa táctica comunes, son, por lo demás, explicables, cuando se piensa que los mismos intereses banderizos inspiran, en las esferas locales y en la nacional, a los hombres que tienen la responsabilidad de dirigir la política de los partidos oficialistas. Esos hombres aferrados a sus posiciones usurpadas bajo condiciones y en circunstancias que el juicio contemporáneo ya ha calificado debidamente y que la posteridad juzgará aun con mayor dureza, no vacilan en sacrificar a sus vinculaciones de camarilla o a sus intereses de grupo, las conquistas más sagradas e intangibles de la civilización política argentina, llevando al seno de los altos cuerpos legislativos sus pasiones personales, manifestadas últimamente con un desenfado que causa amargura y estupor por los voceros de las mayorías regimentadas, que desde sus bancas han declarado con todo desembozo su propósito de imponer su voluntad arbitraria, con total despreocupación de los intereses colectivos, del sentimiento popular y de la opinión pública. Y lo más grave es que esas manifestaciones de incomprensión e insensibilidad han tenido por escenario incluso al Parlamento Argentino. Asombra ver cómo las pasiones lugareñas han podido invadir el recinto que debió ser reducto inviolable de la ciudadanía y de la libertad, imponiendo al Congreso de la Nación, un criterio de comisión de aldea.

La Unión Cívica Radical, consecuente con su prédica invariable y con su política tradicional de estabilización y perfeccionamiento de las instituciones democráticas argentinas, ha resuelto retomar el camino del comicio, olvidando agravios en beneficio de la paz. Con esa actitud, entendió refirmar su fe en el pueblo, fuente única de la soberanía, y con su confianza en el porvenir de la República. Para abandonar su posición de abstencionismo beligerante, no pudo dejar de escuchar las solicitaciones y las exigencias de la opinión pública, y la palabra empeñada solemnemente por el Presidente de la Nación ante el Congreso y en declaraciones periodísticas, comprometiéndose a respetar los derechos ciudadanos y a garantizar con toda la fuerza moral y material del Estado, la libre expresión de la voluntad del pueblo, en comicios honorables y al abrigo de cualquier sospecha. El Presidente cumplía, así, el deber elemental que la Constitución le impone, y el radicalismo, al decretar su concurrencia a los atrios comiciales, probaba su decisión categórica de ofrecer al país una solución de libertad y orden.

Los acontecimientos últimos: leyes electorales en las provincias, que constituyen verdaderas sanciones de proscripción política contra el partido mayoritario de la República; violencias y fraudes comiciales en elecciones recientes, bajo la inspiración, el amparo o la tolerancia de gobiernos surgidos después de 1930; la tentativa de postergación de los comicios nacionales votada en la Cámara de Diputados, burlando la voluntad del pueblo soberano; la reforma de la Ley Saenz Peña; todos esos hechos, decimos, traducen una regresión política y social que amenaza destruir nuestra estructura fundamental de Nación civilizada, arrasando con los derechos ciudadanos y las libertades públicas. La U. C. Radical denuncia esta amenaza ante la opinión nacional y declara que sus autores cargarán con la responsabilidad de su actitud.

El proceso reconstructivo de la Nación no podrá ser detenido, apesar de

HECHOS E IDEAS

todo. Apesar de esa ola de violencia legalizada, el radicalismo continuará con firmeza su camino y serenamente luchará, como se ha propuesto, por la paz y la libertad. Empujado por las circunstancias, no se detendrá en ningún sacrificio para abrir los atrios y despejar el acceso del pueblo a las urnas. La U. C. Radical se ha impuesto el deber de concurrir a los comicios, y cumplirá su designio, despreciando las amenazas, el fraude y la violencia.. Lo hará de cualquier manera, para que el pueblo tenga la oportunidad de poner en evidencia, frente a la inspiración superior que la anima, la actitud de los gobiernos.

La U. C. Radical tiene plena conciencia de su fuerza. Su doctrina y su acción arrancan desde lejos en nuestra historia, y se prolongarán indefinidamente en el tiempo, gravitando de una manera decisiva en la elaboración de la conciencia nacional, sean cuáles fueren las contingencias del futuro. Ella sabrá interpretar la voluntad del pueblo y luchará con él para realizar el destino histórico de la Nación. Pero, frente a las circunstancias del momento, no puede dejar de decir que ve con amargura el empeño con que algunos gobiernos provinciales y la mayoría del Congreso de la Nación se esfuerzas en alejar la posibilidad de la colaboración efectiva de todos los argentinos en la reconstrucción del país, retardando el advenimiento de la normalidad, quebrantada por una honda crisis política, económica y social, que aquéllos aparentan ignorar, incurriendo en actitudes que no les honran.

(Firmado): M. T. de Alvear. — E. M. Mosca. — A. J. Paz. — R. R. de la Torre. — E. C. Boatti. — C. Zavala. — S. Avellaneda. — R. Rojas.

Buenos Aires, septiembre 28 de 1935.



España y la Libertad de los pueblos de América Indolatina

Por LUCIANO R. CATALANO

El mismo proceso de liberación política y económica que agita a España para emanciparse de la opresión del capitalismo imperialista extranjero que la esclaviza, es el que anima a todos los pueblos de la América indolatina.

Señalaremos los principales elementos que concurren al planteo científico e histórico de la libertad integral de estos pueblos, y veremos en ellos el justificativo de la acción de España en la inspiración de los mismos.

Tenemos la plena convicción que América será el asiento de la nueva civilización, donde la humanidad, tomada como unidad soberana, ha de establecer la patria social. América sin parias, sin analfabetos, sin esclavos, sin clases humanas de explotados y explotadores, es la patria que forjamos.

Es indudable que donde existen privilegios no existe la democracia. Es por eso que la estructuración de la nueva civilización americana debe extirpar, de raíces, todo cuanto sostenga o alimente alguna forma del privilegio.

Es muy interesante conocer lo que hicieron las generaciones pasadas. Más interesante es saber lo que debemos hacer hoy. Aprovechemos las enseñanzas del pasado y preparemos racionalmente lo porvenir.

* * *

El descubrimiento de América, que plasmó en realidad la genial y perseverante idea de Cristóbal Colón debido al apoyo que le prestara España, marca la transición del fin de la sociedad feudal y el nacimiento de la civilización burguesa. Es evidente que toda estructura social nueva tiene gestación previa y desarrollo dentro de la misma sociedad que ha de suplantar.

La brújula, la imprenta, la filosofía y las exploraciones al Africa y al Asia, así como los primeros trabajos sistemáticos de la producción técnica, que no eran otra cosa que una consecuencia de la naciente ciencia (química, física, astronomía, etc.), que en la alquimia y otras ramas del conocimiento inquietaban al hombre del medioevo para el hallazgo de la piedra filosofal y el elixir de la vida, se sumaban todas ellas al escudriñamiento del origen del mundo y sus relaciones con los demás mundos. Fueron todas esas corrientes del trabajo científico y filosófico, que tomaba formas serias, ordenadas y sistemáticas, las que propendieron a dar las resultantes sociales en lo económico y político. Ellas

HECHOS E IDEAS

hicieron viables las grandes exploraciones geográficas y la penetración resuelta al estudio de los misterios que rodeaban y amasaban la civilización medioeval.

El medioevo puede considerarse como una larga noche de incertidumbres místicas, en las tinieblas y de religiosidad tenebrosa, enfermiza; que llenaba de angustias al hombre de su medio ante el desconocimiento de su propia vida y del mundo.

Los descubrimientos de nuevas tierras, de nuevos mundos, traía, como consecuencia, el hallazgo de nuevas razas humanas; de nuevas faunas y floras; de nuevas costumbres: de nuevas tareas y utilización de cosas desconocidas en occidente, tales como, por ejemplo, la pólvora, la brújula, la cerámica, la seda, etcétera, todas cosas y hechos de interés social, no solamente económico, sino también político y científico.

Son esos antecedentes o factores humanos generales los que avivaron la inquietud épica de los exploradores, que se lanzaron a la conquista de nuevas tierras y mundos, en embarcaciones minúsculas, con la audacia y la convicción guiadora que anima a todos los aventureros, que es la esencia de los genios.

Fué la plasmación de esas fuerzas e inquietudes de investigación, para abrir las tinieblas; para romper en un nuevo día, en un amanecer de la oscura y larga noche del medioevo, la que produjo la conjunción de anhelos e inquietudes para enrielar en una senda de luz. Así se polarizaron en el siglo XV los grandes descubrimientos, engendrando un Colón que habría de dar a un mundo, otros mundos: las Indias, las Américas.

* * *

La civilización latina, la más adelantada socialmente, habría de agrandar los horizontes humanos, agrandando su propia morada, la tierra, concretando a los siglos de inquietudes de todos los pueblos, el más grande de los hechos y la más grande de las conquistas: el descubrimiento de América.

El iluso Colón y la fuerza aventurera de España rompen las tinieblas medioevales, naciendo de esas dos fuerzas fecundas la realidad de una ilusión: América, el nuevo mundo.

Los intrépidos navegantes italianos, portugueses y españoles de la región civilizada de Europa, de cuna latina, llenaron toda la historia de conquistas y progresos que estructurarían definitivamente la civilización burguesa, con un marcado sentido democrático, aunque de clase, pero más humana y más racional que la civilización feudal, que languidecía y que por fin moría tres siglos más tarde en La Bastilla.

* * *

El descubrimiento de América y en nuestro caso particular, la conquista ibérica (española - portuguesa) que desde Méjico se extendió hasta la Tierra del Fuego, abrió nuevos horizontes al comercio internacional y propulsó a la navegación a límites importantes.

América, su descubrimiento, ampliaba el espíritu de conquistas humanas; verificaba una idea cosmogónica, la redondez de la tierra, que como consecuencia ulterior realizara Magallanes y finalizara Elcano en la Nao Victoria; aportó nuevas razas e idiomas que más tarde serían reabsorbidas por los conquistadores; obtuvo nuevas fuentes de productos o materias primas, unas desconocidas en

HECHOS E IDEAS

Europa y otras como centros de mejor obtención (cacao, tabaco, patata, quinina, coca, tomate, etc.), y una inmensa cantidad de especies y variedades zoológicas y botánicas, así como metales nobles y preciosos, etc.; trajo como consecuencia el vuelco de un pueblo para la conquista y colonización del nuevo mundo y el aporte de nuevas floras y faunas . . . , y engendró más tarde una nueva civilización uniformada con el aliento vivificador que habría de inspirarla y comunizarla: el idioma (español - portugués), asimilando a las razas indígenas a sus creencias, costumbres y tareas, y, finalmente, creándose una prodigiosa legislación de Indias, que iría modelando y asentando el nacimiento de las democracias americanas, que tres siglos más tarde, impregnadas de las ideas de los enciclopedistas y en la transformación política y económica engendrada por la Revolución Francesa, dieran el nacimiento a las repúblicas hispanoamericanas, como una unidad de civilización, que, sumado a la del Brasil (portuguesa), constituyen la América indolatina, unidas en iguales propósitos, historia, costumbres y anhelos de liberación económica y que fundamentan la actual posición de organizarla en una sola y armónica unidad social: la confederación indolatinoamericana de productores, que el radicalismo propulsa y vivifica.

LA REVOLUCION

Establecidos los antecedentes culturales, dinámicos y sociales en lo político y económico de la América indolatina, fácil es colegir que estando unidas espiritualmente, por origen y por esencia, a la civilización latina de Europa occidental, se producirá en esta América latina la culminación o plasmación de su misma civilización, capaz de superarla. Esto está siendo Latinoamérica.

La fase completa de la Revolución Francesa; de las Leyes de Castilla sintetizadas en los Comuneros; del pensamiento de sus hijos y pueblos rebeldes y creadores de una civilización sin esclavos, oprimidos y opresores, explotados y explotadores y que ya en la madre patria latina se agita y se agiganta y la convulsiona. Ese anhelo se realizará en América con suma facilidad, porque su esencia es la justicia social y porque toda su trayectoria es de libertad y su alma está preñada del alma de los conquistadores, que soñaron en sus conquistas con más riquezas y libertad.

Mas tal liberación, que dará nacimiento al ciclo de una nueva civilización, que extirpará definitivamente el privilegio, no podrá hacerlo ajena y aislada de la madre patria, gestadora de su civilización: España en particular y Europa latina en general.

Otra vez, en la historia del heroísmo para la realización de una nueva civilización, España, su pueblo, es el que la anima. Sus fermentos libertarios se están realizando. Ya ha caído la monarquía, y aunque la sustituye una república burguesa y en manos de monárquicos y traidores, no por eso habrá de torcerse la trayectoria trazada por el heroico y revolucionario pueblo español.

* * *

Ya hizo un año; el 6 de octubre de 1934 se produjo el primer levantamiento revolucionario netamente popular y esencialmente democrático, que con un sentido realista del proceso de transición de la república burguesa a la democracia social, tomara en sus manos todo el poder político y económico de España, hasta la completa liquidación del régimen conservador del privilegio, sos-

HECHOS E IDEAS

tenido por el clero, la monarquía y los socialdemócratas burgueses y el imperialismo económico extranjero.

Una prueba del sentido práctico y realista de la actual revolución incubada por el pueblo español, ha quedado expresado con toda claridad en el documento revolucionario mencionado, que a los pocos días del alzamiento en armas, recibiéramos por avión en Buenos Aires e hiciéramos conocer públicamente en "La Víspera".

Aquel documento revolucionario sintetiza todo un plan de liberación social del estado español, y sus anhelos y consignas deben servirnos de guía e inspiración.

FUNDAMENTOS CIENTIFICOS E HISTORICOS DEL RADICALISMO

Hemos dicho que nadie quiere ni puede ocuparse sino de la idea que desea vivir. Esa es la inquietud de todos los pueblos del orbe. En eso reside la prueba del estado revolucionario mundial. Hasta tanto no enrielen en el mismo sendero las ideas que animan a los hombres, viviremos en continua zozobra.

Hay ansiedad de justicia social y ceguera en los que detentan el poder y las riquezas.

En la canalización del movimiento de liberación del pueblo productor, el radicalismo es la solución histórica.

Retomamos el punto inicial de la revolución indolatinoamericana plasmado en un objetivo esencial por Bolívar y San Martín, que, como dos polos de fuerza libertaria, uno norteño y otro sureño, movilizaron los pueblos rebeldes y soberanos alrededor de una idea nuclear: constituir la Confederación Indolatinoamericana, en base a un orden humano de justicia, bienestar y libertad social.

Esa es la base de la nueva civilización democrática del nuevo mundo. Ese punto inicial anima al radicalismo de la Argentina y le asigna el carácter de un movimiento histórico de liberación económica y política de sus pueblos.

Por eso afirmamos que el radicalismo tiene raíces profundas en el alma de los pueblos americanos, y por eso afirmamos que sus soluciones de justicia social son el elemento positivo del derecho a tomar las direcciones públicas.

Hemos dicho que la patria es la unidad geográfica e histórica que ubica una determinada civilización.

Bien; esa unidad geográfica e histórica es, desde la conquista ibérica, toda la América latina, desde Méjico hasta los confines australes de la Argentina y Chile.

Aunque la acción del imperialismo económico extranjero mueva todos sus infernales resortes de corrupción y engaño, para establecer celos y disputas que tiendan a tener aislados y como a enemigos a los pueblos hermanos de Indolatinoamérica; aunque sus agentes vendepatrias ocupen los más altos cargos en los distintos poderes políticos y económicos detentados; aunque sus lacayos serviles propaguen por la prensa y el libro las más extrañas e inconfesadas defensas de los opresores explotadores, el imperialismo extranjero; por más que maestros, profesores, literatos y eruditos figurones de la cultura a sueldo, siembren el desconcierto y la confusión en la enseñanza primaria, secundaria y superior, creando y sembrando rivalidades y rencillas entre los pueblos americanos; por más que toda la diabólica acción conjurada de agentes gobernantes, presidentes,

HECHOS E IDEAS

ministros, parlamentos, jueces, militares, abogados, literatos, periodistas y bolsas negras se movilizan para tener engañado a esos pueblos, existe una permanente visión del verdadero camino a seguir, que se mantiene vivo en las masas productoras, que son las eternas guardadoras de todo su destino. Son las poblaciones laboriosas indolatinoamericanas, las que tienen el firme propósito de unión fraternal entre todos los pueblos de este continente. La mente aclarada y sus propósitos concretados, van tomando cuerpo titánico, y dentro de pocos años estaremos en plena obra de realización del ideal americano: constituir la patria originaria de su libertad, la democracia social.

El planteo de la democracia social en América es anterior a cualquiera de los planteos de otros países del orbe. La vida y desarrollo de los pueblos dentro de un contenido democrático, tiene una historia y tradición gloriosa en América. Podemos afirmar que la democracia social es fruto del nuevo mundo.

La comprensión de ese hecho histórico por el radicalismo, y su plasmación dentro de los fundamentos que lo definen, es la razón por la cual el radicalismo representa la corriente social americana de arraigo en el pueblo.

Esa posición histórica del radicalismo define con contenido propio a la revolución radical indolatinoamericana, y la diferencia de los demás intentos de revolución integral bosquejados, planeados y ensayados por los pueblos de extra-América. Nada nos diferencia en cuanto al anhelo de implantar la democracia social, mas sí divergimos en la naturaleza y trayectoria histórica de ambas corrientes libertadoras.

Como ya lo hemos dicho, la conquista de América fué el vuelco de un pueblo en otros pueblos, incorporándose a las masas indígenas autóctonas y formando una sola entidad humana y social. Hubo cruzamientos. A estas tierras llegaron los aventureros y libertos de todo el mundo. La grandeza épica de sus conquistadores se mezcló al pueblo conquistado. Si bien su afán de riqueza los agitaba, no menos cierto era su anhelo de gloria, libertad y prosperidad. Llegaban al nuevo mundo, a labrar una nueva patria; una nueva civilización sin abolengos de sangre ni títulos nobiliarios, con un contenido igualitario amplio, base de la democracia social americana.

Llegaron a estas tierras para conformar el propio espíritu de libertad y anhelo de bienestar.

Fué conquista de pueblos para vivir en común la libertad. No fué conquista para la sumisión y esclavitud de sus pueblos, como sucediera en la India, el Africa y otros países del Asia.

La misma civilización se implantó en toda esta América. El idioma común en todos ellos (español o portugués). El mismo tipo de labores y explotaciones. La misma concurrencia de exploradores y pobladores.

La independencia de los pueblos indolatinoamericanos, con raras excepciones, se inicia por las mismas circunstancias. Se laboran los mismos o semejantes Estatutos. Se organizan gobiernos del mismo tipo. Se lucha y combate en toda Indolatinoamérica por la misma libertad política y económica; con idénticos propósitos; con guerreros y combatientes del pueblo, que se confunden desde Colombia hasta las poblaciones más australes del Virreynato del Río de la Plata.

Sus ejércitos son un solo ejército: el Ejército Libertador.

El radicalismo, lo volvemos a reafirmar, es un movimiento histórico, que surge del mismo pueblo, desde los albores de la conquista ibérica, y se propaga hasta nuestros días.

HECHOS E IDEAS

EL FUNDAMENTO FILOSOFICO DEL RADICALISMO

Las soluciones de democracia social, bosquejadas desde los comienzos de la revolución indolatinoamericana, antes aún, que fué sembrada por el espíritu libertario de sus primeros conquistadores - pobladores, imprimiéronle a ésta un contenido de libertad, igualdad y fraternidad social, que engendraron las bases inspiradoras de aquella agitación de pueblos que gestaba una nueva filosofía de la vida.

Aquella fué la guía de una nueva concepción humana del derecho: el **derecho social**.

La idea científica o filosófica fundamental se concreta en la **universalización** de sus soluciones, base de la justicia humana: esencia del derecho social.

Ese principio filosófico, que le asigna una posición científica al radicalismo, completado por el contenido histórico de su desarrollo, característicamente democrático, constituyen la filosofía de la vida, que lo justifican como un movimiento de gobierno de pueblos esencialmente justiciero y social.

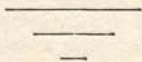
El radicalismo organizará el trabajo para engendrar bienestar común, en contraposición del trabajo establecido para otorgar ganancias.

Es el contenido de justicia social que inspira a la revolución radical argentina y americana, lo que le asigna una posición histórica destacada. Sumada al principio general de gobierno de pueblos, donde sus directivas y hechos no generan contradicciones sociales de oprimidos y opresores, colocando al hombre contra el hombre, fundamentan su cuerpo filosófico. Sus soluciones tienen carácter universal. Esa es la democracia social.

El radicalismo afirma, en consecuencia, que la **unidad humana es la sociedad**, como concepto político de la organización de los pueblos, porque en ello reside la solidaridad que involucra la **universalización del bienestar del elemento constitutivo: el individuo**.

En síntesis, el radicalismo se diferencia de las demás corrientes políticas liberales, en el hecho de representar la fuerza histórica de un movimiento popular permanente encaminado a implantar científicamente la totalización de los derechos sociales.

Es por eso que el radicalismo sienta el derecho del pueblo a disponer de todos los recursos y elementos que concurren a asegurarle satisfactoriamente: el alimento, el abrigo, la vivienda, la cultura, la movilidad y la defensa integral de los derechos sociales de todos y cada uno de los habitantes de nuestro suelo.



Hipólito Yrigoyen y la Instrucción Pública

Por RICARDO MACHADO

Todos los grandes argentinos han tenido noble pasión educadora: Moreno, Rivadavia, Urquiza, Sarmiento, Avellaneda. Hipólito Yrigoyen, patriota de la nueva democracia, no podía ser distinto de aquéllos; con una visión concreta de los problemas sociales de su patria, entre los que está el de la cultura, quiso realizarlos con visión clarovidente y salvadora.

No fué, ciertamente, su pasión educadora, una característica esencial de su obra, como en el caso de Sarmiento; pero es que era tan grave para la democracia y la vida integral del país, el momento histórico en que le tocó actuar, que mil cuestiones importantes en el orden político y social debían atraer primariamente su afán de patriota y de estadista.

Pero él, que fué un renovador, él, que marcó rumbos a la democracia destruyendo los viejos moldes de la corrupción oligárquica, sabía que, para hacer brillar al fin la luz de la honestidad, del bien y la verdad, era menester difundir y perfeccionar los medios de cultura.

Es que a nuevas prácticas y sistemas, a nuevos tiempos, corresponde una nueva concepción educativa más en consonancia con los ideales y necesidades del momento.

Hay, además, una estrecha relación entre la orientación y la calidad de la cultura de un pueblo y su modo de ser, su carácter y sus sentimientos.

Yrigoyen llegó al gobierno del país en un momento histórico; cuando era necesaria la presencia de una poderosa individualidad revolucionaria y constructiva a la vez, que salvara al país del caos y la incertidumbre, y cuando la crisis política y social del Estado argentino, era también una crisis de su cultura.

Y estaba escrito que él, mezcla de revolucionario y estadista, debía ser el valiente renovador, el profético orientador y el genial precursor de la nueva Argentina.

Su obra de reparación oportuna y terminante abarcó todos los aspectos de la vida social argentina, y entre ellos el de la cultura que es uno de los más importantes.

ENSEÑANZA UNIVERSITARIA.

En lo referente a la cultura universitaria, como acto fundamental, el que por sí sólo bastaría para glorificar su gobierno, se realizó durante su primera administración: la reforma universitaria.

HECHOS E IDEAS

Lo mismo en el orden político que en el de la enseñanza superior predominaba una notoria oligarquía silenciosa y cerrada. La vieja Universidad burocrática y pacífica llevaba una vida lánguida e improductiva, guiada por un hermético oficialismo reacio a toda innovación democrática. Pareciera que sus directores no se hubiesen dado cuenta de que el saber conquistado en las altas casas de estudios, como depósito que se les ha confiado, pertenece también al pueblo.

Habían pasado, mientras tanto, los tiempos en que la Universidad tenía como misión exclusiva la elaboración de la ciencia pura, la habilitación profesional y la preparación de la clase dirigente de la sociedad; beneficios de los cuales podía gozar sólo la clase rica y privilegiada.

Como lo resolvió el "Congres International d'Enseignement Supérieur de París", en 1900, la Universidad tiene también una misión de vulgarización del saber y formación del espíritu público.

Francisco Giner de los Ríos condensa en estas bellas palabras el mismo pensamiento: "la Universidad se dirige hacia el tipo de vida cada vez más completo, no al adiestramiento de una minoría presumida, estrecha y gobernante, sino a una educación a todos los horizontes del espíritu, que llegue a todas las clases e irradie hacia todos lados su acción vital".

El conocido educador y escritor Julio R. Barcos, en su programa para la U. C. R. propone: "Poner a la Universidad al servicio del pueblo y frente a los fenómenos históricos, sociales, políticos y económicos del mundo y del país. Que sus fines académicos, profesionales o culturales, se completen con su acción práctica de servicio a la comunidad, asesorando a los gobernantes y a la masa ciudadana sobre cada uno de los arduos problemas de la vida argentina que se debaten en la prensa, las asambleas políticas o el Parlamento."

Este fué precisamente el ideal que inspiró la reforma universitaria en nuestro país, y en su conquista tuvo un papel preponderante la juventud estudiosa, que hizo triunfar al fin el noble pensamiento.

Y el ideal se abrió camino, pasó las fronteras de la patria, y lo que comenzó siendo una revuelta de estudiantes, se convirtió en definición ideológica de una nueva generación de la América Latina.

Cúpole a Hipólito Yrigoyen la gloria de ser el orientador de ese movimiento que, con tan alto auspicio, en Córdoba, Buenos Aires y La Plata, transformó saludablemente el ambiente de la cultura superior.

Durante su gobierno se fundó, además, respondiendo a un alto propósito civilizador, sobre un plan absolutamente nuevo y de acuerdo con las necesidades de la sociedad actual, la Universidad del Litoral, con sus siete Facultades, desde la de Ciencias Jurídicas y Sociales hasta la de Agricultura y Ganadería.

Fácilmente se comprende la importancia de esta fundación; y los frutos que ha producido en sus tres lustros de vida, dicen a las claras el feliz acierto de sus fundadores.

LA ENSEÑANZA MEDIA.

La enseñanza secundaria, la normal y la especial, recibieron bajo este gobierno mencionado, orientaciones seguras tendientes a realizar con mayor eficacia los fines esenciales de la cultura media y vocacional.

El propósito expresado por el entonces Ministro, Dr. Salinas, de pre-

HECHOS E IDEAS

parar al estudiante para las necesidades reales de la vida, proporcionándoles conocimientos concretos y útiles, echando mano de procedimientos tales que desarrollen e inculquen en ellos la seguridad de juicio y la exacta visión de las cosas y sus relaciones, fué el pensamiento director en las escuelas y colegios durante la primera administración radical.

La solución definitiva de este importante problema deberá encararse en lo futuro.

Conviene aclarar, sin embargo, que la fundamental cuestión del éxito y eficacia de la enseñanza secundaria estriba especialmente en la selección del profesorado. El futuro gobierno radical la hará, llevando a los establecimientos docentes personal diplomado, competente y de moralidad probada, haciendo justicia a los buenos y eliminando a los malos, como lo son el noventa por ciento de los profesores nombrados por la dictadura.

Durante la primera presidencia quiso el Dr. Yrigoyen dar cumplimiento a la cláusula constitucional, según la cual el Congreso deberá dictar planes de instrucción general y universitaria, mandando a las Cámaras el notable proyecto sobre "Ley orgánica de la enseñanza pública" preparado por su entonces Ministro de Instrucción Pública.

Puede decirse que no se ha producido en el país, hasta hoy, un más importante documento educacional; el profesorado y la prensa del país hicieron de él los mayores elogios.

El proyecto organizaba la enseñanza pública en todas sus ramas desde el Jardín de Infantes hasta la Universidad y las reunía a todas en un conjunto armónico y orgánico.

De haberse sancionado por las Cámaras ese proyecto, se hubieran evitado en gran parte los males notorios que a la educación del país causó el desorbitado ministerio Rothe, durante la dictadura, males de los que aún estamos sufriendo las consecuencias.

LA ENSEÑANZA PRACTICA Y VOCACIONAL.

La enseñanza práctica y vocacional en el país, adquirió formas concretas y estables bajo el primer gobierno radical.

El propósito había surgido, en verdad, durante el gobierno anterior — Ministerio Saavedra Lamas—, quien dió forma a su pensamiento creando la escuela intermedia. Pero la reforma fracasó por defectos de organización, porque no existían los profesores que debían impartirla, ni los elementos materiales necesarios.

Con menos pretensiones y con mayor eficacia las escuelas de artes y oficios, tales como las doce creadas en el país por Superior Decreto de fecha 10 de agosto de 1917, y a las que han seguido otras muchas del mismo tipo, están resolviendo el importante problema que encierra un alto pensamiento de gobierno.

Aspiran estas escuelas, según los considerandos del Decreto mencionado, a dar a los aspirantes que a ellas concurren un oficio liberal, propendiendo así a formar obreros hábiles y operarios mecánicos suficientemente preparados para dedicarse de inmediato a las artes y oficios correspondientes, fuentes de su propio bienestar y su independencia económica, contribuyendo de igual manera a la mayor y mejor producción de los factores que requieren las indus-

HECHOS E IDEAS

trias y a satisfacer las necesidades de las distintas explotaciones en que se dividen las labores.

Alberdi lo dijo, hace casi un siglo: "Nuestra juventud debe ser educada en la vida industrial y para ello instruída en las artes y ciencias auxiliares de la industria. El tipo de nuestro hombre sudamericano debe ser el hombre apto para vencer el grande y agobiante enemigo de nuestro progreso: el desierto, el atraso material, la naturaleza bruta y primitiva de nuestro continente." Pero ningún gobernante hasta entonces había procurado una solución a esta cuestión cuya importancia estaba en el ambiente.

Con el primer gobierno radical la enseñanza vocacional, técnica y profesional ocupó el preferente lugar que en verdad le corresponde dentro de nuestro ambiente pedagógico.

LA ESCUELA PRIMARIA.

El patriótico interés que siempre preocupó al Dr. Yrigoyen por la enseñanza primaria que afecta a la mayoría del pueblo de las ciudades y campaña, lo puso en evidencia, como se recuerda, cuando ordenó personalmente, las medidas oportunas para remediar la situación de la provincia de Santa Fe, en donde se descubrió que había sesenta mil niños sin escuelas.

En este sentido, ha sido consecuente con el electorado del país. Una inmensa mayoría del pueblo de la nación impuso su candidatura presidencial, precisamente porque confiaba en la eficacia de su obra en beneficio de todo el pueblo y sus instituciones.

Durante su primer gobierno fué un propósito fundamental de su acción la lucha contra el analfabetismo en todo el país y especialmente en las regiones más lejanas y menos pobladas. Por eso se fundaron más de setecientas escuelas primarias nacionales en todas las provincias, en forma tal que algunas de ellas como Catamarca, Jujuy y San Luis, casi se han desentendido de la obligación que les impone el artículo 5º de la Constitución.

Durante su segundo gobierno, por intermedio del entonces Presidente del Consejo Nacional de Educación, Dr. Rodríguez Jáuregui, introdujo una reforma fundamental y provechosa en nuestro régimen escolar primario al establecer escuelas infantiles de orientación práctica y vocacional en los centros urbanos, y de tendencia agrícola ganadera en las rurales.

Esta sencilla innovación encierra en sí una de las cuestiones de mayor importancia con relación a la enseñanza primaria: la reforma del espíritu de la Ley de Educación Común del año 84.

Esta ley, que durante medio siglo ha servido de base a la escuela primaria, es hoy anticuada y no contempla las nuevas necesidades del ambiente social y escolar.

El mínimum de instrucción obligatoria que señala no puede ser hoy el mismo de ayer, ni la orientación intelectualista de los programas responde a las exigencias apremiantes de los nuevos tiempos, cuando ya no basta para actuar con eficacia en la vida saber leer, escribir y contar.

Naciones más adelantadas que la nuestra tienen ya establecida en sus legislaciones la enseñanza profesional obligatoria y entre otras, se debate el problema con interés propio de las cuestiones que afectan directamente a la cultura popular.

La reforma proyectada por el entonces Presidente del Consejo Nacional

HECHOS E IDEAS

de Educación, que pretendía proporcionar a la mayoría de la niñez argentina una educación útil e integral, era necesaria e impostergable.

Las escuelas de "nuevo tipo", como se les llamó, que debían orientar la enseñanza rural hacia las ocupaciones comunes de la vida de campo, tendían además, a solucionar el importante problema de la educación rural, que aún no está resuelto en el orden nacional; sólo la provincia de Entre Ríos lo ha hecho.

Los técnicos de la dictadura no lo comprendieron así, y suprimieron de un plumazo las escuelas del nuevo tipo; y suprimieron otras muchas escuelas, nada más que para destruir la obra radical, sin pensar que con ello cometían un crimen de lesa patria.

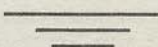
Y no es ésta una afirmación antojadiza. En una estadística gráfica publicada recientemente por *La Prensa*, puede verse la obra negativa de los educadores de la dictadura.

Se ve en ella que desde 1916 la población escolar del país, que era de 940.000 niños, aumentó, en 1932, a 1.450.000. Las escuelas primarias que en 1916 eran 8.000, ascendieron en 1930 a 11.200; pero durante la dictadura descendieron a 11.100 en 1931 y a 11.000 en 1932. El personal docente que en 1916 era de 25.800 maestros, llegó, en 1930 a 55.600; pero bajó durante la dictadura a 54.900 en 1931 y a 54.800 en 1932; es decir, que 800 maestros fueron echados a la calle! . . .

Pero no es mi propósito señalar los errores que en materia de educación, como en todo, cometió la dictadura, aunque el parangón resulta, para que se vea la obra constructiva de los gobiernos radicales.

Cuando se escriba la historia de éstos, se dirá que ellos, que democratizaron el Estado, que defendieron la nación contra el imperialismo y las asechanzas extranjeras, que aumentaron la red ferroviaria en el país, que resguardaron la riqueza del subsuelo, que respetaron la libertad de prensa y levantaron el nivel de vida de la clase obrera, con la nacionalización de las universidades, con la fundación de escuelas y colegios, con el fomento del arte argentino, con la organización de la enseñanza práctica y vocacional y la reforma liberadora de las casas de estudios superiores, han hecho más por la cultura argentina que lo que hicieron en cincuenta años los gobiernos del régimen.

Córdoba—Octubre—1935.



Del Proteccionismo a la Dictadura a través de la Economía Dirigida

Por GUSTAV CASSEL

(Profesor de Economía en la Universidad de Estocolmo)

La primera cuestión que se plantea abarca el desarrollo inesperado del proteccionismo y la investigación de la causa esencial del cambio radical y repentino experimentado por las condiciones de la economía mundial. En mi opinión esta causa es de naturaleza monetaria. Sin embargo, no pierdo de vista la importancia de la falta de ajuste entre los precios ni el desequilibrio de la producción, que fueron una consecuencia de la guerra, y cuyos aspectos más graves se manifestaron en la agricultura. Pero estos hechos han existido, también, durante todo el período que va desde la terminación de la guerra hasta 1929, no impidiendo que se registrara un resurgimiento importante. La Conferencia de Ginebra de 1927 aconsejó al mundo la vuelta a una política de mayor libertad de intercambios comerciales. Si se hubiera escuchado este consejo, es legítimo suponer que la vida económica del mundo habría pasado por un período de ajuste progresivo a las nuevas condiciones existentes y hubiera sido posible, de este modo, evitar una catástrofe generalizada. Pero, cuando a las dificultades ya existentes se ha añadido la destrucción del sistema monetario mundial, la marcha natural hacia la curación se ha interrumpido y el mundo se precipitó en la crisis económica más violenta que se recuerde.

* * *

El factor fundamental de esta crisis es el proceso de deflación que comenzó manifestándose en 1928 cuando los Estados Unidos detuvieron la exportación de capitales y adoptando una serie de medidas destinadas a restringir los créditos internos y, cuando, contemporáneamente, Francia volvió al patrón oro e inició una fantástica acumulación de oro en proporciones enormes. La caída de los precios obligó a las empresas comerciales privadas, en todos los países, a pagar sus deudas y buscar su más alto límite de disponibilidades, con el resultado que, para la sociedad considerada en su conjunto, las disponibilidades de capitales han sufrido una disminución progresiva. El oro ha sido atesorado y los precios de las mercancías relacionados al oro han entrado en un camino de baja continua. Frente a semejante evolución los productores no han visto otro remedio que el proteccionismo —y un proteccionismo agravado progresivamente— contra la competencia extranjera que, desde el punto de vista de los individuos, aparecía responsable de la baja de los precios. Los economistas no cesaban de señalar la verdadera causa de la crisis y la inutilidad de los esfuerzos

HECHOS E IDEAS

para remediarla mediante medidas proteccionistas que, a pesar de los alivios que podían llevar a esta u otras ramas de la producción nacional, sin embargo, con el tiempo, frente a la economía nacional en su conjunto —para no hablar de economía mundial— debían tener un efecto de destrucción total. Los políticos, en general, no dieron ninguna importancia a estas advertencias, demasiado ocupados por las apremiantes dificultades de cada día.

He ahí cómo un poderoso movimiento proteccionista se ha adueñado de todo el mundo. El acontecimiento más dramático, el abandono del libre cambio por Inglaterra, aparecerá algún día a la luz de la historia como el resultado más directo de la baja continua de los precios de las mercancías, vale decir, como un resultado del craso error de la dirección del sistema monetario mundial que fué la deflación progresiva a partir de 1928.

Al mismo tiempo, los métodos de protección habían llegado a desarrollos inconcebibles en el antiguo período del libre cambio. En Inglaterra cuando se hablaba de proteccionismo era habitual emplear el término “de tarifas aduaneras” como si esto bastara para señalar el conjunto de esta política económica. En verdad las tarifas aduaneras han sido aumentadas prodigiosamente y, sin embargo, hoy no son sino uno de los tantos medios —y probablemente de los secundarios— utilizados al servicio de la protección. La reglamentación de las importaciones, mediante las cuotas y medidas análogas, va asumiendo hoy un papel cada vez más importante. Hay que agregar, además, lo que los alemanes llaman “el control de las divisas”, esto es, la reglamentación, por parte de la autoridad, de los medios de cambio exterior, lo que con toda evidencia implica una reglamentación absoluta y detallada de las importaciones. Los movimientos internacionales de los capitales también han sido sometidos a una reglamentación rigurosa y en muchos casos han sido virtualmente suprimidos. A estas medidas defensivas hay que agregar las subvenciones y las primas de distinta naturaleza, ya sea bajo forma de préstamos o garantías o como contribuciones directas del tesoro.

Todas estas medidas concurren a un efecto de acumulación, cada una de ellas por su cuenta, dando lugar a pretextos para reclamar otras medidas de compensación. Este efecto de acumulación se produce en la política nacional de los distintos países y en las relaciones internacionales. Toda forma de proteccionismo o de subvención contribuye a formar una carga que alguien tiene que soportar y, naturalmente, provoca llamados de ayuda al Estado de algún otro grupo de intereses que se ven expuestos a ser perjudicados o, solamente, menos beneficiados que aquellos sobre quienes recae la protección. Además la protección siempre tiende a desarrollar la producción nacional y es así cómo desarrolla la competencia bajo su forma más artificial y malsana. Este exceso de producción, a su vez, reclama una serie de medidas calculadas para restringirla con la consecuencia que el individuo interesado se encuentra en situación de quien, por un lado, es estimulado a producir por toda una serie de medidas de protección y de subsidios y, por otro, se ve impedido bajo la amenaza de severas sanciones, a aumentar su producción. Actualmente todos los países ofrecen numerosos ejemplos de estos círculos viciosos que resultan de las medidas protectoras que se solicitan sin término y que no pueden ser armonizadas ni equilibradas y, por lo tanto, conducen a los más extraños absurdos.

Esto es aún más cierto y evidente en las relaciones comerciales internacionales. Toda medida proteccionista adoptada en un país provoca inmediatamente medidas defensivas o represalias agresivas de otros países o, al menos, alguna

HECHOS E IDEAS

forma de subvención acordada a aquellos intereses nacionales que se consideran lesionados por una competencia desleal extranjera. Este efecto de acumulación lo hemos visto durante años producirse bajo nuestros ojos y en proporciones tales que todos deben tenerlo presente en la mente. Me complaceré en recordar las primas a la navegación, para las cuales una serie de países han destinado sumas fantásticas, con la consecuencia que la misma Inglaterra corre el peligro de verse arrastrada a una política parecida en completa oposición con sus principios fundamentales de competencia leal.

* * *

Acabo de señalar que todos tenemos presente esta evolución y, por desgracia, todos la tenemos demasiado presente en nuestras mentes. Parece que el interés natural de reaccionar contra esta forma de proteccionismo acumulado se ha ido apagando muy sensiblemente por la prueba a través de la cual se ha pasado en estos últimos años. Parece que el mundo va aceptando, cada vez más, con una especie de fatalismo, la destrucción progresiva de la economía mundial, considerándola como una fatalidad a la que no hubiera posibilidad de eludir. En esta actitud mental yo advierto el más grande peligro de la crisis que estamos soportando.

Bajo la influencia del proteccionismo acumulado, la autarquía, esto es, la pretensión a bastarse a sí mismo en el interior de una nación o de un imperio, ha ido afirmándose cada vez más en primer plano como ideal de la política económica. Es, naturalmente, la negación misma del comercio internacional, llevando a una destrucción progresiva el bienestar en el mundo. La división del trabajo entre las naciones es en cualquier caso de importancia capital y debe ser el principio director de toda política económica razonable. Cada nación, en particular, debe acostumbrarse a considerar cierta especialización de la producción como una cosa natural y contentarse con producir las mercancías para las cuales tiene ventajas particulares. Solamente de la cooperación entre las naciones especializadas puede esperarse una satisfacción general y efectiva de todas las necesidades humanas y la elevación progresiva de nuestro nivel de existencia. Un rasgo curioso del proteccionismo reciente es la reaparición de la vieja idea que no hay que comprar a una nación extranjera más de lo que esa nación nos compra, lo que significa que nuestra balanza comercial debe estar en equilibrio frente a toda nación con quien comerciamos. La realización de semejante programa no puede tener otro resultado que el de reducir el comercio internacional del mundo a una proporción insignificante frente a lo que sería bajo un régimen de libertad, causando así un daño incalculable al bienestar de la humanidad en su conjunto. Esta vieja idea pertenece al más puro mercantilismo primitivo, así como existía, por ejemplo, en el siglo XVI. Posteriormente el mismo mercantilismo adoptó una concepción más amplia, admitiendo que bastaba conseguir el equilibrio de la balanza comercial del comercio exterior del país en su conjunto. La doctrina liberal hizo que se abandonara íntegramente la idea que este equilibrio de la balanza comercial debía alcanzarse por una reglamentación del Estado bajo una forma cualquiera y, durante decenas y decenas de años transcurridos en el progreso económico más acentuado, la verdad de este principio de la economía liberal ha tenido plena comprobación. De esta comparación tenemos cómo poder juzgar cuán bajo ha ido el nivel del pensamiento económico.

* * *

HECHOS E IDEAS

La división internacional del trabajo económico y la cooperación económica tienen como base previa que las diferentes economías nacionales más o menos especializadas estén en un estado de cierto equilibrio internacional, vale decir, deben estar ajustadas de manera que se engranen como elementos orgánicos de la economía general del mundo. Es importante que nos demos cuenta con la mayor claridad cómo este resultado se alcanzaba en el sistema económico prebélico. El eje central del mecanismo era el patrón oro, que obligaba a todas las naciones a conservar una paridad de cambio más o menos estable con Londres. Este sistema monetario internacional exigía de las diferentes naciones una adaptación permanente a las condiciones de la competencia sobre el mercado mundial. Esta adaptación era esencialmente el resultado obtenido por la libertad de las empresas privadas. Indudablemente, había, aún entonces, medidas protectoras; pero se trataba de un proteccionismo moderado en comparación con el nivel actual, y además presentaba cierto carácter de estabilidad, lo que permitía a la empresa privada adaptarse a las condiciones dadas sin perjudicarse.

El tipo de cambio entre dos países debe ser siempre, y esencialmente, determinado por lo que yo he llamado la paridad de poder adquisitivo entre las divisas. Esta paridad constituye el punto de equilibrio natural al cual las operaciones efectivas de cambio deben siempre tender a volver apenas los factores que han causado las oscilaciones temporáneas cesan de obrar. Si las paridades oro legales estuvieron fijadas, una vez, de manera que correspondían más o menos a las paridades de poder adquisitivo, las diferentes economías nacionales debían ajustarse continuamente a la situación así creada. Este ajuste abarcaba tanto la producción como los precios en todas las ramas de la producción y tendía a realizar aproximadamente un estado de equilibrio en que el nivel de los precios de las mercancías, al igual que el nivel de los salarios y el del costo de la vida en cada país, correspondieran al valor internacional fijado para cada moneda. En el mundo de los negocios, este ajuste era automático en el sentido que, toda empresa privada debía ajustarse al estado actualmente fijado, prácticamente estable, de los cambios extranjeros. Únicamente los Bancos de Estado tenían la obligación de aplicar conscientemente una política de regulación del valor de sus divisas. Pero el objeto final de esta política estaba fijado por las leyes que obligaban a los Bancos de Estado a mantener el patrón oro.

Este sistema está hoy abandonado. Nunca llegaremos a comprender claramente nuestras dificultades actuales y las condiciones particulares en que hoy debe desenvolverse el comercio internacional hasta tanto no tengamos una idea exacta del cambio radical que significa la ruina del antiguo sistema monetario que reunía las diferentes divisas en relaciones fijas entre ellas. Cuando ya no existe ninguna necesidad de mantener los cambios a un nivel determinado, las diferentes economías nacionales no serán impulsadas por la necesidad de ajustarse a las condiciones internacionales determinadas. Por ejemplo, en un país el nivel general de los salarios o el nivel de los mismos en las ramas particulares de industrias, podrá ser elevado a un tipo incompatible con el sistema existente de las paridades de cambio, o también, ese nivel podrá ser mantenido a su altura a pesar de la baja de los salarios en otros países. Nada obligará a los salarios a ajustarse a un sistema determinado de paridades de cambios extranjeros. Por el contrario, los cambios se han vuelto tan elásticos que deben ajustarse a niveles de salarios fijados más o menos arbitrariamente. Esto es verdad, igualmente, para otros elementos del costo de producción y de los precios de las mercancías manufacturadas. En estas condiciones no puede existir ninguna esta-

HECHOS E IDEAS

bilidad en el sistema económico del mundo, y el desequilibrio continuo en que el comercio internacional se ve arrojado, servirá como motivo de continuas intervenciones gubernativas, tendientes todas a establecer al menos un equilibrio parcial y temporario, que, sin embargo, será en su esencia inestable e imposible de mantener.

Estas son, pues, las condiciones en las que nos vemos obligados a vivir como consecuencia de la destrucción del sistema monetario mundial. A su vez esta destrucción era la consecuencia inevitable del proceso desastroso de deflación sobre el cual he llamado la atención. La carrera absurda hacia el oro, necesariamente, debía llevar su valor a un nivel tal que haría imposible hacer de él el patrón de la moneda, y sino imposible, por lo menos, extremadamente peligroso, haciendo inconciliable esta política con las más elementales exigencias de estabilidad en los sistemas económicos nacionales. Pero el abandono del patrón oro ha sido seguido como lo hemos demostrado por una inestabilidad absoluta de las relaciones comerciales internacionales, con un desarrollo, no conocido hasta hoy, del proteccionismo bajo las formas más arbitrarias y destructoras.

Cuando todas las relaciones fijadas por la ley entre las diversas divisas fueron abandonadas, la regulación de los tipos de cambio se convirtió en un asunto de política económica y, en seguida se descubrió que esta reglamentación podía emplearse como útil y, también, como un arma terrible sobre el campo de batalla en que se ha convertido el mundo del comercio internacional. Un tipo de cambio que corresponde a la paridad de poder adquisitivo de las divisas de dos países puede ser considerado como neutro o indiferente con respecto a las relaciones comerciales de los dos países. Pero si el valor internacional de una divisa puede ser mantenido a un límite más bajo que el poder adquisitivo de la divisa en el interior del país, la nación ganará, por lo menos, una ventaja temporaria en su comercio internacional de exportación y, al mismo tiempo, un suplemento de protección de su mercado interior contra las importaciones extranjeras. He ahí, como una devaluación voluntaria de la divisa de un país ha terminado por ser considerado como un medio particularmente eficaz para hacer efectiva la nueva política de nacionalismo económico.

Antes un valor elevado atribuido a la moneda de un país era considerado como una prueba de confianza para ese país; y la economía y los esfuerzos de la nación se dirigían hacia el mantenimiento de la divisa nacional a su entera paridad legal. Al abandonarse este criterio, la dirección de la política monetaria ha cambiado completamente. Ahora la política nacional tiende a establecer la paridad internacional más baja posible para la moneda nacional. Si, al desarrollarse esta política, una divisa se encuentra devaluada en relación con otra, esto quiere decir, evidentemente, que esta otra divisa aparece "supervaluada" y que el otro país está expuesto a las desventajas que esta situación implica en su comercio internacional. Este otro país, por lo tanto, se esforzará en hacer descender el valor de su divisa en el extranjero, y de ahí, como una guerra monetaria perpetua se agrega a las guerras de las tarifas que es general.

Es natural que ninguna nación, tomada particularmente, se resolvería en reconocer que ella adopta una política de devaluación de su propia moneda. No se puede obtener la prueba definitiva de tal devaluación voluntaria si no en la base de un conocimiento exacto de la paridad de poder adquisitivo de la moneda de este país. Pero en las condiciones actuales, que son anormales y dinámicas, en su más alto grado, el cálculo de paridad de poder adquisitivo es

HECHOS E IDEAS

necesariamente más inseguro que en las condiciones normales. Es así como nos es dable comprobar que las estimaciones ofrecidas por las partes opuestas de semejante conflicto, en lo que se refiere a las verdaderas paridades de poder adquisitivo suelen diferir considerablemente entre ellas. Así las cosas, parece imposible allanar las diferencias y llegar a un acuerdo equitativo. Naturalmente, un acuerdo de esta naturaleza debe resultar un compromiso entre dos maneras distintas de apreciar. Semejante solución no se conseguirá sino en un acuerdo general tendiente a la restauración de las relaciones comerciales normales entre las naciones, permitiéndole un margen razonable de libres intercambios de mercaderías entre ellas. Por lo tanto, una estabilización racional de los cambios es tan solo un aspecto del gran problema de la restauración del comercio internacional sobre bases más o menos normales.

* * *

Más adelante estudiaremos con qué método se podría llegar a semejante solución. Antes, sin embargo, debemos examinar el empleo de un remedio que, ordinariamente, se considera como el más natural, vale decir, el restablecimiento del antiguo patrón oro que cada cual cree conocer bien. Pero la cuestión no es tan fácil como parece: el antiguo patrón oro se basaba en la confianza absoluta del individuo, en su derecho a cambiar sus billetes de banco por oro o por otros valores-oro. Esa confianza hoy está destruída de tal manera que no se ve la posibilidad de resucitarla. Los que habían adquirido oro bajo el régimen del antiguo patrón oro han sido tratados como si fueran enemigos de sus países. Y se han registrado casos en que se les ha obligado a entregar a su gobierno todo el oro legítimamente adquirido, con la aplicación de los más severos castigos por el hecho de conservarlo en su poder.

Hoy podemos comprobar que los fautores más decididos de la vuelta al patrón oro han abandonado definitivamente la idea de volver a la posesión del oro en manos de particulares. En realidad, lo que quieren es establecer nuevos sistemas monetarios en el cual todas las reservas de oro del mundo pertenecerían a los Bancos del Estado, los cuales tendrían la función de manejar esa reserva, exclusivamente, para corregir los desequilibrios transitorios que se produjeren en el comercio internacional. Sea cual fuere nuestra posición frente a esta manera de ver, tenemos que confesar que por la misma novedad de este plan no tenemos ninguna experiencia realizada. En todo caso, ha perdido lo que constituiría su mérito característico que es lo que se atribuye a favor del sistema del patrón oro, esto es, el hecho que se deje al tenedor de billetes de Banco o de certificado de depósitos algo tangible que responda de su derecho. Además, nadie puede determinar cuáles fuerzas determinarían el valor del oro en este sistema. Es evidente que este valor dependería casi exclusivamente de la política adoptada por los diversos Bancos del Estado y que, únicamente, una cooperación racional entre éstos podría asegurar una estabilidad cualquiera al valor del oro. ¿Pero, en qué consistiría la ventaja de elegir el oro como patrón de los valores si el mismo no tiene el valor estable?

Agregaremos que las últimas experiencias del empleo del patrón oro han puesto de relieve serios inconvenientes que se tornan cada día más evidentes y hacen poco deseable la vuelta a una forma cualquiera del patrón oro. No examinaré detalladamente los inconvenientes del patrón oro, porque esta discusión me conduciría muy lejos de la teoría monetaria y me alejaría del tema que estoy tratando. Me bastará decir que no veo manera de evitar nuestras dificultades

HECHOS E IDEAS

actuales mediante la vuelta a una forma cualquiera del patrón oro. Resulta una fórmula sin sentido la idea muy común de que Gran Bretaña debiera volver al patrón oro apenas "ciertas condiciones" necesarias para la normalidad de su juego internacional estuvieran garantizadas, pues no hay ninguna probabilidad que dichas condiciones se presenten. Lo que necesariamente hay que restablecer, en cambio, es un sistema cualquiera de cambio aproximadamente fijo entre las distintas divisas. Este resultado, volvemos a repetir, no se obtendrá sino mediante una estricta cooperación entre los Bancos de Estado. Es, pues, esta cooperación, la llave maestra de todo plan racional de reconstrucción monetaria. He ahí lo que juzgamos como el dominio natural de una economía dirigida del mundo entero. Volveré sobre este punto, pero, por ahora, concentremos nuestra atención sobre la idea general de economía dirigida y sobre lo que podemos conocer experimentalmente de semejante política.

Un proceso acumulativo de proteccionismo que compromete, inevitablemente, a los gobiernos a intervenir en los negocios de las empresas privadas, lógicamente fortalece la idea de economía dirigida bajo el contralor y la dirección de una autoridad única. Es significativo ver cómo esta idea, que hasta ahora había sido defendida casi únicamente por teóricos del socialismo, sin ningún contacto directo con el mundo de los negocios, se va ahora difundiendo en círculos cada vez más amplios, los mismos que, hasta ahora, se habían opuesto fuertemente al socialismo bajo todas sus formas y defendían sinceramente una sociedad fundada esencialmente sobre la libertad de las empresas privadas. Esto quiere decir, que el resultado importantísimo y lleno de consecuencias de siglos de práctica y de teoría económica, se larga por la borda con indiferencia y se lo juzga sin ningún valor. Quiero aludir al principio esencial del liberalismo económico, aquél que afirma que puede prescindir de aquella dirección autoritaria que los mercantilistas consideraban como una necesidad ineluctable, la que puede ser reemplazada por el juego automático de la libre concurrencia. Conforme a la doctrina liberal, la economía social debe ser dirigida por una fijación automática de los precios. Este proceso de establecimiento de los precios, de acuerdo con aquella teoría, llenaba su función solamente a condición que estuviere libre de toda intervención arbitraria, vale decir, sólo cuando los precios se determinasen por el juego natural de la oferta y la demanda. En una economía así concebida, todos los factores de la producción estaban obligados a cooperar para la satisfacción de las necesidades de la comunidad, y sus direcciones divergentes u opuestas debían ajustarse al equilibrio necesario del conjunto de la economía. No había nada de arbitrario en este proceso. Cada mercadería y cada factor de la producción debían encontrar su nivel de precio natural y, por consiguiente, su lugar subordinado en el gran proceso de la economía social. Sobre esta concepción liberal, considerada como fundamental, hemos construido nuestra civilización actual. Por lo menos deberíamos considerar como un acto muy serio el abandono de una idea que ha tenido tan inmenso alcance en el progreso económico del mundo.

Es, precisamente, este abandono lo que proclama el movimiento proteccionista actual y lleva a tantas intervenciones en el proceso de la libre fijación de los precios que este proceso ya no puede llenar su función de sostén del equilibrio necesario en la economía social.

Sin embargo, el problema del establecimiento de este equilibrio reclama soluciones. Los que creen en la economía dirigida simplifican demasiado el problema: admiten la hipótesis que semejante economía debe ser dirigida por

HECHOS E IDEAS

la ciencia y la razón absoluta, por encima de los mezquinos problemas del antiguo orden social periclitado. El jefe de la economía dirigida, empero, se encontrará, de hecho, frente a una enorme cantidad de problemas y complicaciones muy superiores en número a lo que cualquiera pudiese imaginar al escoger esta economía dirigida, tranquilamente sentado en su oficina o al realizar la propaganda de ella con fórmulas simplistas para uso popular. He aquí, porqué toda economía dirigida, inevitablemente, cae en una serie de errores que reclaman inmediatas rectificaciones causando una nueva serie de errores. Desde este punto de vista, las experiencias recientes de economía dirigida, como por ejemplo, las restricciones o las medidas de fomento de la producción en la agricultura, han dado tantas lecciones que ya la idea de dirección en la economía tendría que haber perdido hoy muchos de sus encantos, al menos, a los ojos de los observadores sin ideas preconcebidas.

Evitaré una enumeración ociosa de ejemplos de errores prodigiosos y de las continuas contradicciones que incesantemente surgen en las economías llamadas dirigidas. No puedo dejar de llamar la atención, sin embargo, sobre la carencia casi completa, en la mayoría de ellas, de todo plan racional para la solución de uno de los problemas centrales de la economía social, esto es, la distribución del rédito entre el ahorro y el consumo. En las antiguas condiciones de la economía, esta distribución estaba determinada por el monto total de los ahorros voluntarios de los individuos libres. En efecto: este proceso de ahorro era uno de los elementos más estables en la economía de la sociedad individualista y, la consecuencia, era un progreso económico continuo de la mayor regularidad, cuyo tipo de interés del tres por ciento anual parecía ser la característica de la civilización occidental, tomada en su conjunto, desde muchas generaciones. La producción se adaptaba muy bien a esta distribución del rédito y, por lo tanto, se repartía por sí solo entre las mercancías - capitales y las mercancías - consumo en proporciones correspondientes. Es natural que hubiera fallas temporarias de ajuste, las que provocaban depresiones comerciales y crisis, pero, la fuerza de restauración de la libertad económica, ordinariamente, eran suficientes para restablecer el equilibrio en un lapso de tiempo relativamente breve.

* * *

La economía dirigida debe dar solución al mismo problema: pero como los apóstoles de la dirección autoritaria raramente se han ocupado con seriedad de este problema, hoy por hoy, no existe ningún plan determinado para llevar a buen fin esta importantísima tarea de la economía social. La Rusia soviética ha emprendido la ejecución de un plan, llamado quinquenal, sobre la hipótesis de un aumento de capital en una proporción muy superior a cuanto se haya nunca concebido por una sociedad llamada capitalista. La realización de semejante economía, naturalmente, no es posible sino a condición que los consumidores mueran de hambre; y sabemos muy bien que en Rusia han sido reducidos al hambre hasta un límite increíble a fin de que esa economía dirigida pudiese procurarse los medios para levantar las más gigantescas construcciones y crear un desarrollo, sin precedentes, de los recursos del país, siguiendo la fórmula capitalista. Hoy las autoridades, en Rusia, parecen haberse apercibido que han ido demasiado lejos en este sentido y, actualmente, están preparando un nuevo plan que, a lo que se dice, está en absoluta contradicción con el anterior, por cuanto ahora el propósito final es satisfacer las necesidades del consumidor.

HECHOS E IDEAS

Estos cambios radicales en los principios directivos de la economía autoritaria corresponde a las crisis ordinarias de la antigua sociedad capitalista, pero las superan infinitamente en severidad.

Una de las paradojas más notables de la historia económica es el hecho que América capitalista al convertirse a la economía dirigida ha orientado sus esfuerzos, sobre todo, en favor de los intereses de los consumidores; y que la administración Roosevelt hace todo lo posible para elevar el nivel del consumo en la Nación, mientras se descuida el aumento del capital para no decir que se le hostiliza. Con el tiempo, la aplicación de estos principios en economía resultan naturalmente incompatibles con el establecimiento de un progreso estable y, por lo tanto, con toda probabilidad veremos en América, al igual que en Rusia, que se operará un cambio brusco en la política económica, tan solo que allí lo será en sentido contrario.

Estas observaciones demuestran la ausencia total de todo plan bien establecido en cuanto a la distribución racional del rédito entre el ahorro y el consumo. Pero una economía dirigida que no tiene un plan definido para su aumento anual de capital, resulta en realidad, una economía que carece de toda dirección. Es pura ilusión la que nos dice que las experiencias realizadas, hasta hoy, en economía dirigida han hecho avanzar la sociedad en un solo paso hacia la racionalización, comparándola con su estado normal pre-bélico. Acerca de los puntos esenciales los resultados dicen absolutamente lo contrario.

En lo referente al equilibrio internacional, la economía dirigida ha presentado la misma carencia de comprensión y de eficiencia. Hemos visto que el equilibrio en el comercio internacional no se obtiene sin que las paridades de cambio entre las distintas monedas se han hecho corresponder, al menos aproximadamente, a las paridades de poder adquisitivo de esas divisas. Mediante el empleo del antiguo patrón oro combinado con cierta libertad en el comercio, esta correspondencia se realizaba automáticamente. Hoy, cuando el patrón oro internacional ha dejado prácticamente de existir y cuando no podemos contar sobre su restablecimiento, el único medio para llegar a una estabilización de los cambios es el de fijar paridades definidas entre las diferentes divisas papel. Pero como las verdaderas paridades de poder adquisitivo no pueden nunca ser determinadas con real exactitud, debemos contentarnos con una fijación legal de los tipos normales de cambio en concordancia aproximada con las verdaderas paridades de poder adquisitivo en el momento de la estabilización. Una vez hecha esta fijación, será necesario que los precios, los salarios, los costos de producción, en fin, todo el conjunto de las economías nacionales, se ajusten a los nuevos tipos normales de cambio, los que irán representando siempre más exactamente las paridades de poder adquisitivo y convertirán en una base siempre más sólida el equilibrio económico internacional.

Es este el único medio de salir del caos actual. Las discusiones teóricas sobre los verdaderos niveles de precios, que deberían ser la base de los cálculos de las paridades de poder adquisitivo, no llegarán nunca a nada. Y esto es aun más evidente si se piensa que las condiciones del comercio internacional están en estado de perpetua variación y han perdido toda estabilidad por la ausencia de paridades determinadas de cambio. Así las cosas, no se llega nunca a un verdadero equilibrio y tampoco a uno aproximado: todas las tentativas de cálculos de las paridades "correctas" de cambio son necesariamente vanas. La estabilización debe empezar con la fijación de paridades normales de cambio, elegidas racionalmente de tal modo que obliguen a los diferentes países

HECHOS E IDEAS

extranjeros a ajustar sus economías de acuerdo con cierto equilibrio internacional. La manera más simple de calcular tales paridades es la utilización de los números índices de los precios al por mayor que se tienen. La objeción que se formularía de que esas cifras no representan con exactitud todos los elementos que hay que equilibrar no tiene ningún valor cuando se trata del problema práctico de que nos ocupamos. Los otros elementos no representados deberán ajustarse a las paridades normales de cambio cuando éstas hayan sido fijadas una vez para siempre. Pero, es evidente, que deberemos fijar nuestras paridades de manera que las dificultades de ajuste estén reducidas al mínimo.

Se ha hablado mucho, especialmente a propósito de la Conferencia de Londres de 1933, de volver gradualmente a un patrón oro internacional, intentando fijar nuevas paridades oro de las monedas que serían provisorias. Mi modesta opinión es que no hay ninguna esperanza de resolver así el problema. Si una paridad de cambio es considerada como provisoria habrá lugar para la especulación en vista de nuevos cambios: y las condiciones económicas de los países interesados no se encontrarán jamás frente a la necesidad imperativa de ajustarse a paridades normales de cambio. Pues bien, crear esta obligación, es de una suprema importancia.

Si verdaderamente existiera algo que pudiese llamarse economía dirigida, he ahí el primer problema que le correspondería plantearse. En un sistema de regularización monetaria como este, el Estado tiene una función natural que no puede ser substituida por la acción individual. Pero, de hecho, la economía dirigida se ha revelado manifiestamente incapaz de llenar esta tarea y, apenas, si ha llegado a entender la suprema importancia de ella. Por el contrario las medidas adoptadas por las autoridades "dirigentes" en lo referente a las monedas y a la reglamentación de los cambios no han tenido otro resultado que arrastrar los cambios de todo el mundo a la completa confusión que hoy reina. Para eso me basta mencionar la reglamentación monetaria alemana, con la creación de casi una docena de "marcos" distintos y el record de la arbitrariedad alcanzado en las recientes experiencias americanas en el manejo del valor oro del dólar.

Si los distintos gobiernos hubieran comprendido y realizado realmente sus funciones en cuanto al sistema internacional de las monedas, entonces hubiera podido confiarse a la iniciativa privada para adaptar gradualmente las economías nacionales a las paridades normales de cambio fijadas una vez por todas autoritariamente. Se habría llegado a esta adaptación dando la más grande libertad posible al comercio internacional y a los desplazamientos internacionales de los capitales. Nosotros, no entenderemos jamás la verdadera función del libre cambio si lo considerásemos como un medio para obligar las diferentes economías nacionales a ajustarse a paridades fijas de cambio y a encontrar, así, su lugar en la economía mundial. Hasta tanto el sistema monetario internacional permanecerá indeterminado y sujeto en cualquier momento a sufrir intervenciones arbitrarias, es inconcebible toda restauración del libre cambio y, aun aceptándolo en principio, no tendría función definida en la economía mundial. Es de suma importancia establecer esta verdad y ella debe ser objeto de la atención particular de los partidarios del libre cambio.

Con el antiguo patrón oro, los librecambistas podían dedicarse exclusivamente al estudio de las condiciones del comercio, y tratarla como un capítulo de la economía política enteramente independiente de la teoría y de la po-

HECHOS E IDEAS

lítica de la moneda. Esta independencia no es ya posible actualmente. La línea de separación entre la política monetaria y la política comercial general que se imponía naturalmente antes de la guerra, está hoy tan completamente borrada que esos dos aspectos del gran problema de la reconstrucción económica no pueden ser tratados sino conjuntamente. El punto esencial de esta mi exposición es evidenciar la unidad de esta tarea de reconstrucción y la necesaria interdependencia de sus diferentes aspectos.

Una vez llegados a comprobar que no se puede contar con la vuelta al patrón oro, es natural preguntarse con qué lo substituiremos. En la actualidad hay centenares de proyectos que pretenden resolver este problema. La mayoría de ellos nacen del puro diletantismo económico y sería grave culpa nuestra perder el tiempo en discutirlos. En contra de otros que tienen mayores visos de seriedad existe siempre la objeción que surgen de las hipótesis de las experiencias arbitrarias en un terreno donde es de primordial importancia salvaguardar la continuidad y que los elementos aun sanos de la organización actual se utilicen como base del progreso orgánico futuro. Yo no tengo ningún remedio patentado, pero opino que haríamos bien en estudiar la situación monetaria actual y real y sus desarrollos, mejor de como se realiza ordinariamente y, sobre todo, sin ninguna idea preconcebida.

Permítaseme mostrar con algunos ejemplos, cuán lejos estamos de un planteamiento racional del problema. Algunas naciones han abandonado el patrón oro sin ser capaces de liberarse de la antigua mentalidad apegada al oro. La gente continúa pensando en términos de valores-oro y lo que ellos tienen presente en el espíritu cuando hablan de "estabilidad" de una moneda, no es sino el valor-oro de esa moneda. Esto quiere decir que se sigue considerando el oro como un patrón estable de la moneda, lo que no es exacto. Se sigue sosteniendo que una moneda vinculada al oro es la única en que se puede tener confianza; y que la estabilidad de los cambios no puede existir sino entre monedas vinculadas al oro. Una mirada a las condiciones reales del sistema monetario del mundo como es hoy, nos hará ver instantáneamente la vanidad de esta manera de ver. En efecto: la confianza en las monedas - oro ha llegado a un grado mínimo, y la única moneda que goza de la confianza general es una moneda papel, esto es, la libra esterlina. Podríamos llegar aún más allá y afirmar que la confianza en la libra esterlina depende precisamente del hecho que ella no está basada en el oro. Si la moneda británica volviera a estar vinculada al oro se vería inmediatamente surgir la sospecha y la duda que ella no deba volverse a ver obligada a abandonar esta paridad oro. Con los ojos abiertos a las realidades, debemos advertir también que no hay estabilidad de cambio hoy, sino entre las divisas papel. Los dominios británicos, los países escandinavos y los demás que han vinculado su moneda a la libra esterlina, conservan siempre notablemente estables, sus paridades de cambio sobre Londres, mientras que la inestabilidad de los otros cambios constituyen actualmente el factor más inquietante en las relaciones internacionales.

* * *

La primera lección que hay que deducir de estos hechos parece ser que deberíamos insistir en una política de consolidación del bloque de las monedas vinculadas a la libra y de estabilización de sus relaciones internas, política ésta que obligaría a otros países a seguirla. La misma libra esterlina podría

HECHOS E IDEAS

ser dirigida de acuerdo a un plan análogo al presentado por el gobierno británico en la Conferencia de Londres, de 1933, vale decir, deberían darse garantías definidas contra toda deflación ulterior y en favor de una reinflación moderada tendiente finalmente a una estabilización general de los precios. Hay que observar que el oro no tiene ningún papel en este programa. La estabilidad final a la que se quiere llegar debería ser la estabilidad del poder adquisitivo de la libra esterlina en términos de mercaderías. Hasta cierto punto, el programa de 1933 se ha realizado y la política monetaria británica, por lo menos, ha conseguido detener la deflación que amenazaba la vida económica del mundo con una bancarrota completa. A mi juicio el resurgimiento efectivo que se ha producido debe ser atribuido principalmente a este hecho. El mundo de los negocios está cada vez más convencido que no habrá continuación en la baja de los precios, y esta convicción inspira la confianza.

El alza de los precios durante el 1933 hubiera podido ser más considerable y, a esta hora, deberíamos hallarnos más cerca del punto en que los precios tuvieran un nivel suficientemente elevado para dar probabilidad de éxito a una estabilización.

Pero estos son detalles de política monetaria y no me propongo seguir con más detalles. He aludido a estas cuestiones tan solo para poner de manifiesto que existe un terreno muy importante y, naturalmente, destinado a la acción de la economía dirigida. Si la política económica de Gran Bretaña se concentrara en este sentido, no sólo representaría un inmenso servicio para Gran Bretaña, sino esto contribuiría poderosamente al restablecimiento de la salud económica en todo el mundo. Los otros países que se vinculan al patrón de la libra esterlina no deberían hacer otra cosa, entonces, sino fijar sus paridades de cambio sobre Londres, exactamente como hacían bajo el régimen del antiguo patrón oro. Con este medio se establecería una base sólida con miras a futuros progresos económicos: pero estos progresos en sí deben ser dejados a las fuerzas de la iniciativa individual y libre. En este terreno la economía dirigida con sus experiencias siempre renovadas de intervención gubernativa es, sin duda, el obstáculo principal para el normal y sano desarrollo y para el ajuste a las paridades de cambio fijadas de manera que aseguren a cada país su lugar propio en el vasto sistema de la economía mundial.

La conclusión práctica es que debemos tender a reforzar internamente y a extender externamente el bloque de las naciones vinculadas a la libra esterlina y que en el seno de este bloque debemos asegurar el mayor espacio posible a la libre circulación de las mercancías, de los servicios y de los capitales. Esta libertad será por sí sola la mejor garantía para un reajuste gradual y eficaz de las diferentes economías nacionales constitutivas del bloque en la base de un equilibrio general entre sus niveles de precios, su producción y sus intercambios comerciales. En las circunstancias actuales yo creo que este programa es la mejor manera de afirmar nuestra fidelidad a los principios fundamentales e invariables de las antiguas tradiciones del libre cambio. Así como fueron presentadas especialmente por hombres como Ricardo Cobden.

* * *

La dirección del Estado en los asuntos económicos tal como los partidarios de la economía dirigida quieren establecerla, hemos visto que implica necesariamente una desconcertante acumulación de intervenciones interferentes que

HECHOS E IDEAS

deben siempre sumarse las unas a las otras. La arbitrariedad, los errores y las contradicciones inevitables de una política semejante, la experiencia cotidiana no demuestra que no pueden dejar de aumentar la urgencia de una coordinación más racional de las diferentes medidas adoptadas y, por ende, conducir a la dirección única. Por esta razón la economía dirigida se transformará siempre en dictadura. El peligro de esta evolución es, sin duda, mayor en los países que más han sufrido y donde los ciudadanos por tradición están acostumbrados a aceptar una forma cualquiera de dictadura. Puede esperarse una fuerte resistencia, solamente en los países en donde la libertad individual desde siglos ha sido considerada como uno de los más preciosos tesoros de la civilización y, al mismo tiempo, como una condición necesaria para todo desarrollo futuro. Pero, aun en estos países, el espejismo actual de la economía dirigida ha empujado a los ciudadanos sobre el camino de la dictadura mucho más de lo que ellos mismos advierten.

La existencia de un sistema parlamentario cualquiera no es ninguna garantía de que la economía dirigida no asuma las formas de la dictadura. Por el contrario, la experiencia demuestra que los cuerpos representativos son incapaces de cumplir todas las múltiples funciones que importa la dirección de la política económica sin encontrarse cada vez más enredados en los conflictos de intereses en lucha; y como consecuencia la corrupción de los partidos cuando no de los individuos. Los ejemplos de esta evolución degradante se multiplican en muchos países con tal rapidez que todo ciudadano que posea una idea del honor debe sentirse lleno de los más graves temores por el porvenir del sistema representativo. Pero, aparte de esta consideración, el sistema no puede sostenerse cuando los parlamentos se ven agobiados por la tarea de desenredarse de entre una mole infinita de cuestiones a cuál más complicada, referentes a la economía privada. El sistema parlamentario no podrá ser salvado sino mediante una sabia y consciente restricción de las funciones parlamentarias.

La dictadura económica es mucho más peligrosa de lo que se cree. Cuando la dirección autoritaria se ha establecido no siempre será posible mantenerla en un terreno puramente económico. Al dejar destruir la libertad económica y la confianza en sí mismo, los poderes que representan la libertad habrán perdido tanto de su fuerza que no podrán ofrecer ninguna resistencia eficaz cuando se quiera extender esta destrucción a la vida de la Constitución, a la vida pública en general. Con el abandono gradual de esta resistencia — talvez sin que los ciudadanos lo adviertan— valores fundamentales como la libertad personal, la libertad de pensar y hablar, la independencia de la ciencia se encontrarán frente a un peligro inminente. Lo que hoy está en juego es nada menos que la totalidad de esta civilización que hemos heredado de las generaciones que lucharon para fundarla y que por ella dieron su vida. Lo que nuestros mayores hicieron y nos transmitieron, es una herencia preciosa que impone a los hombres de la generación presente la suprema responsabilidad de mantener intactos estos tesoros para el bien de las generaciones venideras.

"El que
a buen árbol
se arrima..."



Arrímese Vd., diariamente, a una botella de VISCONTI, el mejor Fernet; bébase una copita y lo cobijará el *apetito*, que es salud.

Adquiera, Vd. también, para su hogar, una botella de VISCONTI, el mejor Fernet; las hay de 1, $\frac{1}{2}$, y $\frac{1}{4}$ lt., de *apetito líquido*. En su compra economizará el 50% de su dinero.

CONSULTORIO JURIDICO

— DE —

"HECHOS E IDEAS"

a cargo del doctor

Alfredo Monla Figueroa

Gratuitamente atenderemos consultas por carta o personalmente a nuestros lectores, con relación a cualquier asunto de carácter profesional.

Estudio: AV. R. SAENZ PEÑA 628 (2º Piso) — U. T. 33 - 7406

BUENOS AIRES

TRIBUNA LIBRE

UNA VOZ HECHA CLAMOR PARA GRITAR VERDADES

TELEFONOS { 35 - 4700
35 - 3600
37 - 0542
35 - 1300

RIVADAVIA 631

DIARIO INFORMATIVO DE LA MAÑANA

AMPLIAS INFORMACIONES DEL EXTERIOR E INTERIOR.
DEPORTES. -- CARRERAS. -- TEATROS. -- CINES. -- AUTOMOVILISMO. -- MOVIMIENTO OBRERO. -- RADIOTELEFONIA, etc.

PRECIO \$ 0.05 EN LA CAPITAL
Y PUEBLOS SUBURBANOS

EN EL INTERIOR: 0.10

Pídale Diariamente

HECHOS e IDEAS

REVISTA RADICAL

PUBLICACION MENSUAL

SUBSCRIPCION ANUAL \$ 4 60
NUMERO SUELTO 0 40

LOS PEDIDOS DE SUBSCRIPCIONES Y
GIROS DEBEN HACERSE A NOMBRE DE

Juan U. Baillinou

Administrador General

Distribuidores en la Capital:

CAVALLO Y MAÑIRICUA

DIRECCION Y ADMINISTRACION:

Avenida PRESIDENTE ROQUE SAENZ PEÑA N° 628 (2° piso)

U. T. Av. 33 - 7406

BUENOS AIRES